estudios clásicos

57

ESTUDIOS CLÁSICOS

ÓRGANO DE LA SOCIEDAD ESPAÑOLA DE ESTUDIOS CLÁSICOS

PUBLICADO POR EL PATRONATO "MENÉNDEZ Y PELAYO" DEL CONSEJO SUPERIOR DE INVESTIGACIONES CIENTÍFICAS

TOMO XIII — MAYO DE 1969 — NÚM. 57

DIRECTOR: MANUEL FERNÁNDEZ-GALIANO.

COMITÉ DE REDACCIÓN: JOSÉ ALSINA, ALBERTO BALIL, CARMEN CODOÑER, V. EUGENIO HERNÁNDEZ VISTA, R. P. JOSÉ JIMÉNEZ DELGADO, SEBASTIÁN MARINER, FRANCISCO RODRÍGUEZ ADRADOS Y JOSÉ S. LASSO DE LA VEGA.

SUMARIO

Págs.

J. CAMÓN AZNAR, *El mármol* ... 81
T. KEEBLE, *Los orígenes de la parodia de temas mitológicos en la poesía española* ... 83
M. F. GALIANO, *Iris Murdoch, Alcmán, Safo y la siesta* ... 97

INFORMACIÓN BIBLIOGRÁFICA:

Notas bibliográficas sobre el prólogo en la literatura grecolatina, por J. L. LAURENTI y A. PORQUERAS-MAYO ... 109
Reseñas, por E. GANGUTIA ELÍCEGUI, C. GARCÍA GUAL, A. RUIZ DE ELVIRA y A. PERIS JUAN ... 117
Revista de revistas ... 135
Otros artículos o folletos de tema clásico ... 137
Las memorias de Licenciatura de tema clásico ... 139

(Sigue en tercera de cubierta)

Francisco Brines

EL MÁRMOL

En el mármol las sombras y la Idea.
Carne de dioses.
Canta el martillo; una, dos, tres,
y número y Olimpo crea el mármol.
No más allá del arte: y eso es el dios.
Ni más acá del diálogo: es la filosofía.
Y el dios quiere volar
y esparcirse
y ser espíritu.
Pero en su perfección lo encierra el mármol.
Y el pensamiento,
ser alma
y congoja
y música interior.
Y el diálogo en su malla lo aprisiona.
En la cárcel del número
el universo cabe:
el árbol es columna, geometría el cielo.
Entre Horas numeradas
nace Afrodita de oro.
Ya es dueño de los límites
y ya por eso es Zeus.
Toro cuando el amor,
rayo cuando la ira.
La embriaguez y la muerte:

las dos colman la boca de Dioniso.
Pero el dios baila
y sus pasos
dentro del número crean la armonía.
Y cuando canta Orfeo
—cinco tonos la flauta,
siete cuerdas la lira—
la piedra ya ordenada se levanta.
Uno, dos, tres,
y el infinito en olas agoniza.
Uno, dos, tres,
y con golpes de remo
el número en el mar se hace camino.
Con medidas exactas
el hombre se hace dios:
así es la estatua.
Con la mente enlazada,
una, dos, tres verdades,
la rosa se hace Idea.
Centro, matrona, Gea,
a su redor los astros.
Los tiempos la coronan.
Pero los tiempos vuelven y vuelven a volver
—pájaros tristes, el hoy es el ayer—
los tiempos ya la cercan,
ya la ahogan.
En un bloque de mármol cabe Grecia.

JOSÉ CAMÓN AZNAR

LOS ORÍGENES DE LA PARODIA DE TEMAS MITOLÓGICOS EN LA POESÍA ESPAÑOLA

En su amplio estudio sobre los mitos clásicos en la poesía española, *Fábulas mitológicas en España,* José M.ª de Cossío [1] examina el tratamiento burlesco de temas mitológicos [2]; sugiere que la composición de fábulas mitológicas burlescas es un fenómeno típico del culteranismo y añade [3] que *quien primero las compone en España es Luis de Góngora.* Y asimismo apunta [4] que el 1589, la fecha atribuida por Chacón a la primera parodia clásica de Góngora, el romance *Arrojóse el mancebito* sobre Hero y Leandro, es la primera ocasión en que *un poeta español toma una actitud irónica ante un tema clásico siempre tratado como historia grave o, como decían entonces, heroica.*

Las investigaciones que yo llevé a cabo hace muchos años en este aspecto [5] tienden por una parte a confirmar la opinión de Cossío, según el cual Góngora fue el primer español que compuso versiones paródicas de mitos completos, aunque yo no diría que esto haya quedado probado de manera absoluta. Pero, por otra, muestran que Góngora no fue en modo alguno el primer poeta español que adoptó una postura irónica ante los mitos heroicos de la edad clásica. Ya otros varios escritores habían tomado esta actitud.

---

[1] J. M. Cossío *Fábulas mitológicas en España,* Madrid, 1952.

[2] Cossío o. c., caps. XIX, XXV y XXVIII.

[3] Cossío o. c. 517.

[4] Cossío o. c. 520.

[5] Para una tesis inédita titulada *The Burlesque of Mythology in Seventeenth Century Poetry in Spain* y aceptada por la universidad de Londres para el grado de "Ph. D." en 1948.

Antes de considerar a estos poetas y las formas en que expresaron su ironía es necesario dedicar una breve ojeada a la historia de la fábula clásica en España y a las condiciones que provocaron el afán paródico.

Hasta el momento en que éste surge, la mitología en España había sido tratada en dos modalidades. Teníamos, ante todo, la ininterrumpida tradición medieval, cuya antigüedad se pierde en la oscuridad de los siglos, que buscaba una interpretación histórica, moral o alegórica en cada fábula que se relatara (recuérdese, por ejemplo, que tanto en las *Etimologías* de san Isidoro como en la *General estoria* de Alfonso X se acude al tipo evemérico de interpretación [6]); y al lado de esto encontramos el método, procedente del Renacimiento italiano, que usaba del mito, sin necesidad de complicarlo con ninguna interpretación moral, como base de imitación literaria. *De propósito tomaron los poetas de nuestro tiempo* —dice Pedro de Cáceres [7]— *los argumentos de las fábulas antiguas, y quisieron aventajarse a los griegos y latinos en el estilo y conceptos.* Este método, ciertamente, no fue aceptado tan sin reservas en España como en Italia ni tuvo aquí apenas efectos por que toca al arte, pero no careció, en el campo de la poesía, de entusiásticos partidarios que narraron, por ejemplo, en estilos varios la mayor parte de las historias de las *Metamorfosis* y llenaron cada vez más sus versos, fuera cual fuera el contenido de éstos, con alusiones clásicas tan excesivas en cantidad que, en fecha tan temprana como 1569, Barahona de Soto recomienda ya [8] moderación en el uso de referencias antiguas, mientras que, en 1576, Sánchez de Lima nos presenta [9] a un hombre de la calle que quiere informarse sobre las excelencias de la poesía, pero *con tal condición, que no me contéis fábulas de Ovidio..., porque no puedo sufrir oir esas ficciones... Tampoco me agrada oir tratar de Nerei-*

---

[6] Cf. *Etim.* VIII 11, 1 (capítulo *De diis gentium): Quos pagani deos asserunt, homines olim fuisse produntur.*

[7] Citado por F. RODRÍGUEZ MARÍN *Luis Barahona de Soto,* Madrid, 1903, 291.

[8] Por ejemplo, en su sátira *A Gregorio Silvestre* (RODRÍGUEZ MARÍN o. c. 699-712).

[9] M. SÁNCHEZ DE LIMA *El arte poético en romance castellano,* Madrid, 1944, 36.

das, Napeas, Dríadas... ni los que Ovidio llama semideos, que contino los poetas traen... en la punta... de la pluma para escrevillas...

He aquí, pues, una buena razón para que se adoptara una nueva e irreverente actitud hacia los dioses paganos: es que, sencillamente, estaban empezando a aburrir. Pero había también otras causas; una de ellas es que, en la última mitad del siglo XVI, el *ethos* clásico no estaba ya en consonancia con la vida en España como lo había estado durante un breve período del reinado del emperador Carlos, cuando *el Renacimiento hacía de la Antigüedad una vivencia... El cortesano imperial... soñaba con revivir la manera pagana y cesárea de un ciudadano romano* [10]. Pronto se rompió este equilibrio: los dioses paganos ya no despertaban los mismos sentimientos, y el fervor fue sustituido por una admiración no exenta de objeciones. Díaz-Plaja elige a Arguijo como *el mejor ejemplo del momento en que lo grecolatino deja de ser un ejemplo vital para convertirse en un repertorio de cultura,* y agrega [11] que los sonetos de aquél dedicados a temas clásicos nos producen la impresión de que su autor es *un coleccionista de efigies antiguas.* Habiendo, pues, desaparecido la adulación, el respeto, incluso el amor, del Renacimiento hacia los dioses clásicos, quedaba abierto el camino para la irreverencia burlesca.

Además, hacia el 1570 comenzaba a despuntar la edad del barroco. La severidad clásica, la disciplina y la confianza del Renacimiento habían empezado a ceder ante el desequilibrio, la artificialidad y el pesimismo de la generación de Góngora y Quevedo, mientras, al mismo tiempo, la tradición humanística empezaba a dar muestras de decadencia y en las creaciones de los escritores renacentistas se observaba cierto convencionalismo y falta de vida [12]. El arte iba quedando reducido a mera fórmula; se hacía, por tanto, esencial algún procedimiento de revivificación o de nueva presentación. En la fábula clásica, el argumento y los personajes habían perdido su significado e interés: existía, pues, en la parodia una

---

[10] G. DÍAZ-PLAJA *Historia de la poesía lírica española,* Barcelona, 1948², 148.

[11] DÍAZ-PLAJA o. c. 149.

[12] Cf. A. F. G. BELL *Notes on the Spanish Renaissance,* en *Rev. Hisp.* LXXX 1930, 319-650, s. t. 476.

manera de reavivar este último, y el cambio de humor de aquella edad se prestaba a este modo más o menos cínico e irónico de abordar los temas antiguos. Mientras que otro sistema era simplemente el tratar el mito como andamiaje para la construcción de un elaborado poema barroco. De estos métodos, el primero que se manifestó fue el género paródico, porque no llevaba consigo necesidad de experimentación ni evolución de un nuevo estilo poético, sino simplemente una inclinación hacia lo burlesco y satírico.

Los primeros signos de esta novedosa e irrespetuosa actitud ante la mitología clásica aparecieron por primera vez en la segunda mitad del siglo XVI, en las obras de un pequeño grupo de poetas andaluces y valencianos. Parece probable que esto se debiera al desarrollo en aquellas regiones de España, gracias a contactos directos con los grandes centros del Renacimiento italiano, de una valoración vivaz, humanística y sincera de los autores clásicos. En cambio, Castilla y el Norte, más remotos, más pobres y más austeros que el Sur y Levante, continuaron durante cierto tiempo en la postura más erudita y dogmática en que se había mantenido la Edad Media [13].

Vemos, pues, que los primeros poemas en que los dioses paganos aparecen parodiados pueden ser hallados entre las obras de un pequeño grupo de escritores naturales todos del sur de España. Estos poetas son Diego Hurtado de Mendoza (1503-1575), que nació en Granada; Baltasar del Alcázar (1530-1606), sevillano; el canónigo Francisco de Pacheco (1535-1599), nacido en Jerez; Luis Barahona de Soto (1548-1598), médico que vivía en Granada; y Juan de la Cueva de Garoza (ca. 1550-1609), también de Sevilla. Y todos ellos, salvo Hurtado de Mendoza, tenían, además de su paisanaje, una serie de afinidades comunes: los otros cuatro eran amigos de Fernando de Herrera, pero también hombres de notable independencia e individualidad de los que no puede decirse que estuvieran de acuerdo con las teorías literarias del propio Herrera. Para éste, poeta esencialmente serio, la mito-

[13] Cf. la pág. XLVIII de la introducción de la ed. de *El infamador, Los siete infantes de Lara* y el *Ejemplar poético*, preparada por Francisco de Icaza para "Clásicos castellanos" (Madrid, 1924, última reimpr. de 1965).

logía no proporcionaba más que un medio para ennoblecer el verso y desplegar erudición, mientras que para ellos, aunque este uso resultara admisible, no era en modo alguno el único; antes bien, la mitología podía servir como base para sátiras o epigramas o quizá, en señal de repulsión contra el exagerado respeto en que hasta entonces se había tenido a los clásicos, se haría posible llevarle hasta la más extrema ridiculización.

Hurtado de Mendoza, que fue el autor de versiones serias de las fábulas de Venus y Adonis e Hipómenes y Atalanta, simples amplificaciones de Ovidio, escribió también varios sonetos [14] en los que se salía de la reverencia tradicional hacia los dioses paganos poniendo de relieve sus defectos morales o despachándolos con breves epítetos o frases despectivas, como en el cuarto:

Don Marte capitán y crespa Aurora;
Venus, la novia del herrero flaco;
Ceres la panadera, brindis Baco;
Palas, mujer del duelo esgrimidora;

Apolo el antorchero y su señora,
la dama del laurel y del tabaco;
Eco la emparedada, Lepe, Caco,
Narciso el puto, la hortelana Flora;

Júpiter el farsante hecho toro;
Juno celosa, perro de hortelano;
Mercurio, su cartero con alones...

Otras veces parodiaba temas mitológicos de modo general, fingiendo una historia imaginaria e indecorosa y plasmándola en un molde clásico; así la *Fábula del cangrejo* [15], escrita en octavas al modo épico:

---

[14] *Obras poéticas de D. Diego Hurtado de Mendoza,* Madrid, 1877; cf. s. t. 435.
[15] Ed. c. 469-473.

En las secretas ondas de Neptuno
sus miembros recreaba Glauca un día
por huir del calor grave, importuno
que en el ferviente julio el cielo envía...

En dos estrofas de este poema Hurtado aludía a varios dioses y hacía ver sus acciones como en general determinadas por un puro y simple espíritu de sensualidad.

Baltasar del Alcázar, en varios de sus epigramas [16], utilizaba fábulas clásicas como pretextos humorísticos, aunque su intención primaria no fuese lo burlesco, sino la expresión clara de una idea ingeniosa. En el epigrama *A Siringa,* el poeta juega con las palabras *pan* y *siringa,* es decir, *jeringa,* tentación a la que muchos escritores sucumbieron más tarde. En otra poesía se preguntaba dudoso si Hero gozó a Leandro. Pero donde más patente se ve lo burlesco es en los dos sonetos [17] sobre Dido y Eneas:

Ana, decilde a vuestra hermana Dido
que me acoja esta noche en su posada,
porque soy de la sangre colorada
de Porras y Negrete decendido;

que le quiero contar cómo he venido
huyendo aquí por cierta cuchillada;
que concierte el negocio de callada
por honra de Siqueo, su marido.

Y que sólo al estruendo de mi nombre
ningún Virgilio habrá que dello escriba;
y que le mando un manto, aunque me empeñe.

---

[16] *Poesías de Baltasar del Alcázar,* ed. de la R. A. E. (Madrid, 1910), págs. 68-69 (*Duda si Hero gozó a Leandro*), 75-77 (*Epitafio a los mismos, otro*), 110 (*A Siringa*), 190 (*A Píramo y Tisbe*).

[17] Ed. c. 144-145 (sonetos XV-XVI, *A Dido* y *En respuesta del pasado* (*con los mismos consonantes*). Cf. también el soneto *A la Luna* (XIV, pág. 143).

Demás, que doy la fe de gentilhombre
de no pasar a Italia en cuanto viva
ni de dalle ocasión que se despeñe.

Dido y Eneas han bajado aquí de las alturas épicas de la *Eneida* a los barrios bajos de cualquier gran puerto español.

También escribió Alcázar una oda *A Cupido* en que se le caricaturiza [18] y *El amor propio,* con burla de Mercurio, que, viendo que en una tienda se venden pinturas de los dioses, incluido él mismo, entra a informarse del precio:

—Esta tabla principal
de Júpiter, ¿cuánto vale?

—Ésa de ordinario sale
vendida en medio real.

—Y ésta de la diosa Juno
¿en qué se suele vender?

—Ésta, por ser de mujer,
suele venderse por uno.

—Y ésta del famoso dios
Mercurio, ¿en qué sueles dalla?

—De balde suele llevalla
quien me compra esotras dos.

Barahona de Soto usó el mito de Atis y Cíbele como tema para su sátira *A una vieja enamorada, amiga de mochachos* [19], en la

---

[18] Cupido, desde luego, había sido tema de tratamientos burlescos desde los tiempos de Anacreonte. Hay muchos ejemplos en la poesía del Siglo de Oro; cf. la edición de las *Obras completas* de Góngora preparada por J. MILLÉ Y GIMÉNEZ e I. MILLÉ Y GIMÉNEZ, Madrid, 1967[6], 249-257 (I-V de los *Romances atribuibles*). Las odas de Alcázar, en ed. c. 135-136 (*A Cupido*) y 215-216 (*El amor propio*).

[19] RODRÍGUEZ MARÍN o. c. 740-747.

cual se burla de las modas femeninas de su tiempo suponiéndolas en boga entre las deidades mitológicas; y al mismo tiempo, aunque éste no sea su objeto primordial, con el anacronismo deliberado de situar a Cíbele en la España del siglo XVI logra el autor un efecto burlesco en el propio mito. La madre de los dioses es descrita con vestimenta contemporánea:

...con los chapines altos, cobra
nuevo cuerpo gentil, y enhiesta el lomo
y el pecho con tablillas; que tal obra,

aunque le llaman invención de Momo,
no pudo ser, porque antes que él naciese
pasó esta historia que entre manos tomo.

Bien pudo ser que nadie la supiese
della, porque en hacello fue secreta,
y que Momo después la descubriese.

El poeta supone que, como la dama a quien estos versos se refieren, Cíbele, enamorada de Atis,

por él fingió la vana hermosura
de esos afeites que heredastes della
con que se encubre vuestra edad madura;

por él fingió melindres de doncella:
el esconderse, y el tapar la boca
con que se disimula tanta mella;

el cecear; el ser, por moza, loca
teniendo tanto seso que le sobra;
el hallar cardenal do hombre le toca...

Dan otro ejemplo de este modo indirecto y ambiguo de mezclar temas contemporáneos con la parodia las figuras de Apolo

y de las Musas tales como fueron trazadas por el canónigo Pacheco[20] en su *Sátira apologética en defensa del divino Dueñas,* de 1569, dirigida contra la plaga de poetas que infestaba Sevilla por entonces[21]. Su baja calidad ha terminado con la gloria de Apolo y humillado a las Musas:

Y ¿tú ves esto, Apolo, muy ufano
y sufres en tus hijas tal ultraje
teniendo el arco cierto y diestra mano?

¿Quién las hizo, bardaje, deste traje
las que solían ser castas doncellas
y de reyes llevaban rico gaje?

También Juan de la Cueva recurrió a lo burlesco de este modo indirecto en un romance[22] sobre tema parecido al de la sátira de Pacheco, y también él dirigió de modo general sus burlas al Olimpo[23] en su *Viaje de Sannio,* de 1585. En esta obra, el poeta Sannio, deseoso de ver reconocidos su mérito e integridad, es llevado por la Virtud a las puertas del Olimpo, donde, con enojo por parte de Júpiter, pide admisión de modo importuno. El hijo de Crono envía a los dioses para que, conducidos por Marte, le expulsen; el jefe toma sus disposiciones militares:

¡Ea, dioses, dejad tanto sosiego!
Armaos conmigo, hayamos tal victoria
y atentos escuchad en esto el orden
que os daré, no suceda algún desorden.

---

[20] Publicado por RODRÍGUEZ MARÍN *Una sátira sevillana del licenciado Francisco Pacheco,* en *Rev. Arch. Bibl. Mus.* X 1907, 1-25 y 433-454.

[21] Cf. también los tercetos en loor de la mosca publicados por RODRÍGUEZ MARÍN *Dos poemitas jocoserios del licenciado Juan Arjona,* Madrid, 1936.

[22] *Yo, Apolo, dios de la ciencia,* en ff. 87-88 del *Romancero general (1600, 1604, 1605),* ed., pról. y notas de A. GONZÁLEZ PALENCIA, publ. en Madrid, 1947 (n.º 206, págs. 141-142).

[23] *Poèmes inédits de Juan de la Cueva publiés...* par F.-A. WULFF, I, Lund, 1887 (los dos pasajes citados están, respectivamente, en los libros II 78-79 y III 85).

Tú, Hércules, has de ir a mano diestra;
tú, Vulcano, tú, Apolo, y tú, Neptuno,
en forma de escuadrón, y a la siniestra
los demás dioses sin quedar ninguno...

Pero Sannio no se deja convencer ni se va, sino que, dirigiéndose por turno a cada uno de los dioses, pone de relieve los más vergonzosos aspectos de sus biografías. Hay también un lugar en que aquello se convierte en franca payasada:

Sannio, viendo que Baco se dormía
a su lanza arrimado, con sosiego
el asta blandamente le desvía,
y, como quedó en vago, cayó luego...

De todos modos, aquí lo burlesco desempeña un papel accidental, porque el largo poema es realmente una alegoría, como indica el sumario del cuarto libro:

Que, considerados bien y entendido todo el discurso destos cuatro libros del viaje de Sannio y la Virtud, son propiamente los naufragios y calamidades que en este miserable siglo padecen los hombres virtuosos, sin ser ya galardonada la virtud ni favorecidos los que con estudios y otros ejercicios la siguen y acompañan.

También de Juan de la Cueva son dos imitaciones o paráfrasis, del tipo clásico de épica burlesca, cuyos caracteres son animales —*La muracinda* y *La batalla entre ranas y ratones*— y un largo poema sobre tema mitológico, *Los amores de Marte y Venus*[24]. Esta fábula está tratada con humor según el precedente de Ovidio. Su autor, que se extendió sobre ella a lo largo de más de cincuenta páginas manuscritas, la amplió hasta convertirla en un relato contemporáneo sobre un esposo débil a quien su mujer engaña y en que hay largos pasajes de conversación entre los principales personajes, inteligente y graciosamente caracterizados. Marte es

[24] En págs. 81-135 del ms. 4116 de la B. N. de Madrid, titulado *Obras poéticas de Juan de la Cueva, poeta del siglo XVI, natural de Sevilla. Inéditas*. Se indican en cada lugar las páginas.

un típico fanfarrón y al principio se muestra inepto como amante, se olvida de hacer regalos a Venus y la aburre con sus jactancias y extravagantes profesiones de amor. Por fin la diosa da muestras de su gran tedio manifestando que para las mujeres resultan preferibles los dones a las ampulosas hipérboles. Vulcano, cuando Apolo va a su fragua a contarle la infidelidad de Venus, aparece descrito como un artesano obsequioso y entrometido. Apolo, dándole la noticia, pone de relieve la ofensa sufrida en su honor por el esposo, que, compungido, se echa a llorar. La descripción de sus lágrimas (102-103) es una bien lograda parodia épica:

Cual suele la boreal furia, trabando
contra húmidas nieves cruda guerra,
que, de repente abriéndose y lanzando
el agua que en su cóncavo se encierra,
de las enhiestas cumbres abajando,
cuanto delante halla, hoja o tierra,
lleva, cual de Vulcano el llanto hacía
en hollín, humo y tizne que tenía...

Vulcano decide vengarse y, después de haber hecho la red en que va a aprisionar a los adúlteros, se marcha a casa. La escena siguiente es típica de la comedia renacentista. Vulcano llega a una hora desacostumbrada, por lo cual Venus y Marte están todavía juntos, pero, deseando el marido capturarlos en la red, da tiempo a la diosa, antes de entrar, para que oculte a su amante. Entra entonces Vulcano, fingiendo no saber nada, y Venus le saluda (115) con pasión ficticia

(con alegre semblante y con fingido
regalo, al tosco esposo ligó el cuello
con los hermosos brazos...)

y le pregunta (116) por qué se ha presentado en casa a aquella hora de la noche, a lo cual

le responde que el deseo
era tan grande que tenía de vella,
que lo traía a haber aquel trofeo.

Así dice Vulcano, y durante su conversación se las ingenia para poner la red sobre el lecho, tras de lo cual desaparece. Sale Marte de su escondrijo (119), abraza a Venus y

de esta suerte, llegándose a la cama,
ella se acuesta y él le ocupa el lado
y, apenas en las sábanas tocaron,
cuando en la fuerte red presos quedaron.

Otros ejemplos de parodia mitológica en Juan de la Cueva son un soneto[25] copiado por Gallardo

(un mal de madre a Venus le dio un día
de achaque de comer una ensalada
con vinagre, y estaba embarazada,
según Marte a Vulcano le decía...)

y algo que, si no es de tipo enteramente burlesco, resulta[26] un tratamiento muy libre: la introducción de Némesis, Venus, Diana, Morfeo y el río Betis personificado en su obra *El infamador.*

Estos poemas que hemos examinado, aunque fueron escritos por gentes de una misma región de España que conocían los unos las obras de los otros, difieren grandemente en forma y método: entre ellos hay sonetos, romances, "terza rima" y octavas. Lo único que tienen de común es una actitud, nueva en el siglo XVI, de falta de respecto hacia los dioses paganos.

Los medios por los que esta actitud se manifiesta son distintos. Baltasar del Alcázar, en cuyos citados epigramas hay ya barruntos de ella, adopta el método directo de alterar la condición de figuras tradicionalmente veneradas en su también mencionado soneto sobre Dido y Eneas, donde aquélla se convierte en una especie de patro-

---

[25] B. J. GALLARDO *Ensayo de una biblioteca española de libros raros y curiosos,* II, Madrid, 1866, col. 679.

[26] Ed. c. 1-67, s. t. 60.

na de casa de huéspedes. Hurtado de Mendoza expone descarnadamente la inmoralidad y sensualidad de los dioses, y Juan de la Cueva elige la fábula más reveladora de esta parte impúdica de la mitología, la del adulterio de Venus con Marte, y procede a elaborarla. Otros poetas usan de mitos o personajes míticos como vehículo para la sátira de hechos contemporáneos.

Estos escritores andaluces iniciaron el ataque al respeto hacia la mitología del Renacimiento y, demostrando que en los mitos había temas burlescos muy explotables, sugirieron maneras de obtener efectos cómicos poniendo a figuras mitológicas en un ambiente contemporáneo muy distinto de la condición en que se las suele situar [27] o enfocando el lado peor de sus naturalezas o narrando sus hazañas en lenguaje coloquial o actuando con impertinencia directa al dirigirse a ellas o al describirlas. Pero aunque iniciaron, como se ve, el género de la parodia mitológica, no fueron los poetas de que hemos hablado quienes dieron lugar a la modalidad en que lo burlesco iba a ponerse de moda durante el siglo XVII. Hasta el XVIII no se volvió a componer ningún poema épico de parodia mitológica según el precedente de la extensa elaboración del mito de Venus y Marte por obra de Juan de la Cueva [28]; y, si bien es cierto que a lo largo del XVII son frecuentes los epigramas mitológicos de tipo humorístico o los sonetos burlescos sobre temas mitológicos, la forma de la parodia que de mayor favor gozó en dicho siglo fue la versión semijocosa, escrita normalmente en romance, de una fábula mitológica, género burlesco desarrollado por Góngora y tan popularizado, que en él fue escrita la mayor parte del material paródico-mitológico, y a me-

---

[27] En las fábulas serias del siglo XVI, los dioses paganos son frecuentemente contemplados a través de una visión contemporánea, pero sin intención humorística. Esto se debe quizá a la persistente tendencia española, común por otra parte a toda Europa en la Edad Media, a asimilar y naturalizar importaciones extranjeras. Cf. BELL o. c. 348.

[28] Cf. *La Proserpina, poema épico burlesco* por D. Pedro Silvestre del Campo, publicado en 1721. El canto I fue recogido por J. J. LÓPEZ DE SEDANO *Parnaso español. Colección de poesías escogidas de los más célebres poetas castellanos,* VII, Madrid, 1773, 347-370. En sus notas (pág. XXIV del índice final), Sedano comenta: *Nuestra lengua tenía los cuatro célebres poemas épicos burlescos de la "Gatomaquia", la "Mosquea", el "Orlando" y la "Burromaquia"..., pero faltaba uno tomado de la mitología.*

diados del XVIII todavía gozaba del favor de un autor[29] como Nieto de Molina.

THOMAS KEEBLE

[29] Cf. *La perromaquia* en las páginas 577-593 del vol. XLII (Madrid, 1915) de la B. A. E. y *El fabulero* de Francisco Nieto Molina, publicado en Madrid, 1764. Polo de Medina (cf. la ed. de *Obras escogidas de Salvador Jacinto P. de M.*, con estudio y notas de J. M. DE COSSÍO, Madrid, 1931) introdujo un tipo de tratamiento burlesco algo distinto, pero el romance jocoserio fue con mucho la forma más popular de todas.

IRIS MURDOCH, ALCMÁN, SAFO Y LA SIESTA

Es ya añeja en mí la preocupación por buscar precedentes clásicos en los autores modernos: no hace mucho dediqué, en esta misma revista, tres respectivas notas a posibles fuentes en Ben Quzmán [1], Galdós [2], Kasantsakis [3]. Por cierto, que una frase empleada en la segunda de estas aportaciones ("hay que andarse con pies de plomo en todo lo referente a 'Quellenforschung' ") hizo gracia a Mariano Benavente [4]. Hoy día experimento en cabeza propia la veracidad de tal aserto. La alusión posible de Galdós al fr. 110 Sn. de Píndaro, γλυκὺ δὲ πόλεμος ἀπείροισιν, que yo más bien negaba, queda desvirtuada si se tiene en cuenta que Erasmo dedicó muchas páginas [5] al *Dulce bellum inexpertis* con que él traduce la cita pindárica, y que Galdós admiraba y sin duda leía a Erasmo, como demuestran varias escenas de su *Santa Juana de Castilla.*

Ahora se trata, en cambio, de ecos que no ofrecen duda. Iris Murdoch, escritora desigual que, por otra parte, no es de mis preferidas, tiene en su haber una brillante educación clásica demostrada en pasajeras estancias docentes en dos colegios femeninos que conozco muy bien, el Somerville de Oxford y el Newnham

---

1 GALIANO *Píndaro y Ben Quzmán: coincidencia, no influencia* (*Est. Cl.* VIII 1964, 210-211).

2 GALIANO *Píndaro y Galdós: ¿influencia o coincidencia?* (ibid. VI 1961-1962, 550).

3 GALIANO *Más ecos clásicos en Kasantsakis* (ibid. XII 1968, 67-70).

4 BENAVENTE *Similia. Comentario a dos pasajes de la poesía griega* (ibid. VII 1962-1963, 321-323).

5 En págs. 1031-1059 de la edición (Madrid, 1964²) de *Obras escogidas* preparada por Lorenzo Riber (quilíada IV, centuria I).

de Cambridge. Todo esto se nota en sus obras. No es que se trate de una de esas figuras literarias que siembran a voleo el material humanístico de sus remotos estudios. En Iris Murdoch rara vez se entrevé la veta; pero que está ahí es indudable. He aquí una de las grandes ventajas que el excelente humanismo inglés de todos los tiempos[6] aporta a las Letras. ¿En cuántos autores españoles se transparentan lecturas grecolatinas? Y, lo que es peor, ¿en cuántos se traslucirán cuando las nuevas reformas litúrgicas y pedagógicas hayan raído el poco griego y latín que entre nosotros hubo siempre?

Pero dejemos para otra sazón los lloros. Ahora hablábamos de la Murdoch y de cómo, por ejemplo, en la obra menos clásica que pueda imaginarse, *The Flight from the Enchanter,* hallamos (pág. 65 de la edición "Penguin") a un pintoresco obrero polaco que, hablando de su amor hacia un hermano, dice en su inglés incorrecto: *Wife is nothing... Where is "this" thing is wife. But mother is much and brother is much. Always can be made a new wife. But brother is only one. And sister too...* En seguida vemos que el tema es el tan conocido[7] de la insustituibilidad de los hermanos que aparece en la *Antígona* de Sófocles (905-912) y en Heródoto (III 119).

No menos interesante es un lugar de *The Unicorn* (págs. 103-104 de la misma colección) en que, en *the dead time of the afternoon,* el personaje Effingham recuerda *a poem of Alcman about sleep which (he) had always imagined referred to the night. He murmured it now, seeing it as the account of a sinister enchanted siesta. The day was hot and still enough to seem a day of the south. The mountain peaks and deep ravines, the trees, the honey bees, the wide-winged birds, asleep: like creatures round the castle of the sleeping beauty.*

¡Toma, pues es verdad! El fragmento, hoy 89 Page[8], es famosísimo. Y rarísimo. El propio profesor de Cambridge[9] nos ha

---

[6] Recuérdese otra nota de GALIANO *Una escena platónica en C. P. Snow* (ibid. X 1966, 191-192).

[7] Cf., p. ej., LESKY *Historia de la literatura griega,* tr. esp., Madrid, 1968, 310.

[8] PAGE *Poetae melici Graeci,* Oxford, 1962, 62.

[9] PAGE *Alcman: the Partheneion,* Oxford, 1951, 158-163.

dado una relación de puntos que lo hacen intrigante: el tema ante todo, a que en seguida me referiré; el dialecto, nada lacónico y lleno de clarísimas influencias homéricas (y no parece demasiado convincente el argumento de Gentili [10] sobre "jonificaciones" de la tradición indirecta); el hecho de que Apolonio el sofista, que jamás cita a Alcmán en otros lugares, sea la fuente absolutamente única del fragmento. También hay objeciones con respecto al metro: "sehr bedenklich", dice Wilamowitz [11]; "can hardly be genuine", afirma la traducción inglesa del manual de Maas [12], aunque cautamente el editor Lloyd-Jones agregue una nota sobre el juicio positivo de Pfeiffer [13]. Se ha discutido también, sin motivos de juicio, sobre cuál podría ser el contexto del misterioso fragmento. En poetas posteriores, como ahora veremos y como Page hace notar, es un τόπος el contraste entre la paz de la Naturaleza y la inquietud angustiosa de un alma atormentada. A Pfeiffer le parece aventurado trasladar esta idea tan moderna al mundo arcaico; pero a Treu [14], afirmativo también en cuanto a Alcmán, le parece indudable, frente a las vacilaciones de Fränkel (que tropieza también en el metro [15] y, si bien considera la supuesta idea demasiado "moderna" [16], apunta con razón que los nuevos fragmentos del lidio, con sus pujos filosóficos [17], nos confirman que de los antiguos sabemos todavía demasiado poco), el doble tema "Ruhe der Natur - Unrest des Herzens".

Pero de lo que no ha dudado nadie es de que el fragmento describe la gran paz y el sueño de hombres, bestias y cosas en una noche serena. Citemos, un poco a voleo, media docena de

---

10 GENTILI en pág. 536 de res. de DEL GRANDE-PISANI *Enciclopedia classica* II 5, 1-2, Turín, 1960, en *Gnomon* XLI 1969, 533-544.

11 WILAMOWITZ *Griechische Verskunst,* Darmstadt, 1958², 422 n. 1.

12 MAAS *Greek Metre,* Oxford, 1962, 9 (cf. n. 1).

13 PFEIFFER en pág. 6 n. 1 de *Vom Schlaf der Erde und der Tiere (Alkman, fr. 58 D.),* en *Hermes* LXXXVII 1959, 1-6.

14 TREU en págs. 171-172 de res. de PAGE (o. c. en n. 9) y FARINA *Studi sul partenio di Alcmane,* Nápoles, 1950, en *Gnomon* XXVI 1954, 168-174.

15 FRAENKEL en pág. 59 n. 1 de *Eine Stileigenheit der frühgriechischen Literatur,* en págs. 40-96 de *Wege und Formen frühgriechischen Denkens,* Munich, 1960².

16 FRAENKEL *Dichtung und Philosophie des frühen Griechentums,* Munich, 1962², 189 n. 25.

17 Cf. FRAENKEL ibid. 183-185.

textos filológicos en que nos saltan a la vista en seguida expresiones como "Nachtlied"[18], "night song"[19], "Nacht"[20], "night"[21], "note"[22], "in nächtigem Schlummer"[23], etc.

Claro está, todo el mundo piensa en Goethe y en la excelsa poesía de *Über allen Gipfeln.* Y no es sólo Goethe. En la edición de Garzya[24] hallamos un montón de ecos clásicos y modernos del famoso poema. Los ejemplos más claros son latinos; más aún, virgilianos. Tomemos *En.* IV 522-527:

> *Nox erat et placidum carpebant fessa soporem*
> *corpora per terras, siluaeque et saeua quierant*
> *aequora, cum medio uoluuntur sidera lapsu,*
> *cum tacet omnis ager, pecudes pictaeque uolucres,*
> *quaeque lacus late liquidos quaeque aspera dumis*
> *rura tenent, somno positae sub nocte silenti.*

O bien VIII 26-27:

> *Nox erat et terras animalia fessa per omnis*
> *alituum pecudumque genus sopor altus habebat...*

O bien IX 224-225:

> *Cetera per terras omnis animalia somno*
> *laxabant curas et corda oblita laborum.*

Con el claro eco dantesco de *Inf.* II 1-3:

> *Lo giorno se n'andava, e l'aere bruno*
> *toglieva gli animai che sono in terra*
> *da le fatiche loro...*

---

18 BIESE *Die Entwicklung des Naturgefühls bei den Griechen,* Kiel, 1882, 25-26.

19 AGARD *The Craftmanship of Alcman's "Night Song"*, en *Cl. Journ.* XXXIII 1937, 164-167.

20 BERNERT *Alkman frg. 58 (Diehl),* en *Philologus* XCIV 1941, 229-231.

21 PAGE o. c. (en n. 9) 159.

22 GARZYA en pág. 126 (fr. 49) de *Alcmane. I frammenti,* Nápoles, 1954.

23 FRAENKEL l. c. en n. 16.

24 GARZYA o. c. 127.

Aquí sí tenemos, cosa nada sorprendente en el delicado cantor de las *lacrimae rerum*, un profundo, modernísimo sentimiento de que, en la misteriosa oscuridad de la noche, todo duerme y reposa en espera del sufrir del nuevo día; pero no nos consta, en primer lugar, si las citas provienen directamente de Alcmán; y por otra parte, aun suponiendo, como habría que imaginar en tal caso, que en Roma se podía leer a Alcmán por poemas enteros, y no en el miserable estado en que hoy lo tenemos, si no se han aprovechado elementos de por sí indiferentes —el silencio, la paz, el sueño profundo de las bestias fatigadas— para trasladarlos a la noche de ese otro momento del mediodía estival en que también la modorra parece invadir al mundo entero.

Porque otros paralelos no están tan claros, salvo quizá Eurípides *I. A.* 9-10,

οὔκουν φθόγγος γ' οὔτ' ὀρνίθων
οὔτε θαλάσσης κτλ.

Ejemplos como Apol. III 744 o IV 1058-1060 son banales: la noche trae la tiniebla y envía a los hombres a la cama. Para decir eso no hace falta seguir ningún ilustre precedente. En Íbico fr. 5 P. se trata de plantas que duermen en invierno y florecen en verano, lo cual es muy distinto. En Simónides fr. 38, 22 P., Dánae pide al mar que duerma como su niño, es decir, que se amanse, lo cual tampoco es idéntico. En otros casos interviene un ingrediente nuevo: el silencio de la naturaleza provocado artificialmente, como una especie de éxtasis, por una aparición mágica. Así el famoso pasaje de Teócrito II 38-39:

σιγῇ μὲν πόντος, σιγῶντι δ' ἀῆται·
ἃ δ' ἐμὰ οὐ σιγῇ στέρνων ἔντοσθεν ἀνία.

En la edición de Gow[25] se nos dan una serie de lugares paralelos: Apol. III 1196 (πανεύκηλος γένετ' αἰθήρ), Horacio *Ep.* V 51-52 (*Diana, quae silentium regis / arcana cum fiunt sacra*), Tib. I 2, 61-52 (*nocte serena / concidit ad magicos hostia pulla*

[25] Gow *Theocritus* II, Cambridge, 1965², 43.

deos), Tib. I 8, 18 (*tacito tempore noctis*), Ovidio *Met.* VII 184 (*muta silentia noctis*), Séneca *Med.* 6 (*tacitis... sacris*). Pero estamos ya en pleno mundo helenístico, muy complicado ya y muy lejano de la simplicidad arcaica de Alcmán. Veamos sus versos:

εὕδουσι δ' ὀρέων κορυφαί τε καὶ φάραγγες
πρώονές τε καὶ χαράδραι
φῦλά τ' ἑρπέτ' ὅσα τρέφει μέλαινα γαῖα
θῆρές τ' ὀρεσκώιοι καὶ γένος μελισσᾶν
καὶ κνώδαλ' ἐν βένθεσσι πορφυρέας ἁλός·
εὕδουσι δ' οἰωνῶν φῦλα τανυπτερύγων.

Nada hay en ellos que en teoría excluya la posibilidad de una colosal siesta cósmica. La tierra no se llama μέλαινα porque esté oscura a causa de la noche, sino para marcar su fecundo poder germinador, y el uso aparece en muchos líricos; y el verbo εὕδω lo tenemos en E 524-525,

ὄφρ' εὕδῃσι μένος Βορέαο καὶ ἄλλων
ζαχρειῶν ἀνέμων

para referirse a una calma chicha, probablemente imaginada por el poeta para un mediodía, y en Esq. *Agam.* 565-566, la alusión a una siesta dormida por el mar en el momento más caluroso del día no puede estar más clara:

ἢ θάλπος, εὖτε πόντος ἐν μεσημβριναῖς
κοίταις ἀκύμων νηνέμοις εὕδοι πεσών.

Después de todo, la siesta en Grecia es aun hoy día una institución, motivada en parte por un clima inclemente. Tucídides VI 100, 1 habla de cómo sorprendieron los atenienses a los siracusanos κατὰ σκηνὰς ὄντας ἐν μεσημβρίᾳ, y el *Fedro* platónico está todo él regido por el "Leitmotiv" del bochorno del mediodía. Recuérdese, por ejemplo, 242 *a* (μήπω γε, ὦ Σώκρατες, πρὶν ἂν τὸ καῦμα παρέλθῃ· ἢ οὐχ ὁρᾷς ὡς σχεδὸν ἤδη μεσημβρία ἵσταται ἡ δὴ καλουμένη σταθερά; ἀλλά... ἐπειδὰν ἀποψυχῇ ἴμεν) y, todavía más significativo, 259 *a* (εἰ οὖν ἴδοιεν καὶ νῦ

καθάπερ τοὺς πολλοὺς ἐν μεσημβρίᾳ μὴ διαλεγομένους ἀλλὰ νυστάζοντας καὶ κηλουμένους ὑφ' αὐτῶν δι' ἀργίαν τῆς διανοίας, δικαίως ἂν καταγελῷεν, ἡγούμενοι ἀνδράποδ' ἄττα σφίσιν ἐλθόντα εἰς τὸ καταγώγιον ὥσπερ προβάτια μεσημβριάζοντα περὶ τὴν κρήνην εὕδειν). Aquí los animales duermen ya una verdadera siesta, como el σαῦρος de Teócrito que ἐν αἱμασιαῖσι καθεύδει (VII 22); como el campesino que tiene que prescindir del sueño al mediodía, τὸ μεσαμβρινόν, cuando es tiempo de aventar (X 48); como Pan, fatigado de la caza, para no molestar al cual (I 16-17) se prohibe tocar la siringe ἀπ' ἄγρας / τανίκα κεκμακὼς ἀμπαύεται; como el hombre feliz que duerme la siesta a pierna suelta (μεσημβριάοντα) gracias al mosquitero que le protege (Paulo el silenciario en *Ant. Pal.* IX 764, 5).

A mí este problema me ha recordado el planteado por el famoso *ostracon* sáfico [26], con su descripción que también respira toda ella quietud y silencio y de la que cabe preguntarse si la poetisa piensa en un mediodía o en una noche.

Tampoco aquí está claro el problema a partir del texto mismo. En el lugar descrito [27] aparece un agradable bosquecillo de manzanos, altares en que se quema incienso, agua fresca que corre por entre las ramas de los manzanos (se ha pensado que los árboles, muy cargados de fruta, dejan caer algunas de sus ramas hasta el agua de los canales o arroyos): una pradera floreciente, unas flores bienolientes, etc. Los pasajes clave (aparte del ψῦχροον del v. 5, aplicado al agua, que parece evocar más bien idea de frescura bienhechora frente al calor del mediodía) son los versos 6-7 (βρόδοισι δὲ παῖς ὁ χῶρος / ἐσκίαστ') y 7-8. Sobre los primeros surge una evidente perplejidad: ¿cómo puede decirse que un lugar está todo sombreado por las rosas? Los rosales no son árboles, sino arbustos, no capacitados además para dar sombra con grandes hojas. Únicamente cabe concebir una solución un poco traída por los pelos, la de Schubart [28]: los rosales arrojan

---

[26] LOBEL-PAGE *Poetarum lesbiorum fragmenta,* Oxford, 1955, 5 (fr. 2).

[27] Cf. un cómodo resumen de las muchas cosas dichas sobre el *ostracon* en MATTHIESSEN *Das Gedicht Sapphos auf der Scherbe,* en *Gymnasium* LXIV 1957, 554-564.

[28] SCHUBART en págs. 300-301 de *Bemerkungen zu Sappho,* en *Hermes* LXXIII 1938, 297-303.

grandes sombras porque es la hora del ocaso y tienen el sol a sus espaldas. Luego volveremos a esto: yo creo que lo único en que puede pensarse aquí es en un emparrado por el que los rosales, trepando, cubran en parte el sagrado recinto. Pero, entiéndase bien, cubran, no sombreen. La cosa es importante, porque, si entendemos σκιάζω en el sentido propio de "dar sombra", habrá que entender que se piensa en un mediodía, pues por la noche no hay sombras, o, mejor dicho, todo es sombra. A la idea de "cubrir" se llega por una comprensible evolución desde casos en que todavía se combinan los conceptos de sombra y ornato (Anacr. fr. 2, 1-2 P., κ[όμη]ς, ἥ τοι κατ' ἁβρόν / ἐσκί[α[ζ]εν αὐχένα) hasta otros en que ya no se trata de sombrear, sino de cubrir adornando (Semón. fr. 7, 65-66 D., χα[τ]ην... / ἀνθέμοισιν ἐσκιασμένην; metafóricamente, Pínd. *Pae.* I 2-3, τις εὐθυμίᾳ σκιαζέτω / νόημ', y *Pae.* VI 179-181, λαόν / ... στεφάνοισι... / [εὐ]θαλέος ὑγιε[ίας] σκιάζετε según la edición de Radt) o velando lo que el pudor manda que se vele (Fedra, la cabeza en Eur. *Hip.* 133-134; el coro, las mejillas en *I. T.* 1151) hasta llegar a casos en que la acción de cubrir no es beneficiosa, sino indiferente (la barbilla de Eteocles y Polinices se cubre de pelo en *Fen.* 63; la barba del fantasma visto por Epicelo cubre todo el escudo, Heród. VI 117, 3; las alas de Darío, visto en sueños por Ciro, cubren Europa y Asia, Heród. I 209, 1) u hostil (κατὰ δ' ἐσκίασαν βελέεσσι / Τιτῆνας en Hes. *Teog.* 716-717, cf. Esq. fr. 326, 9-10 M., νιφάδι... πετρῶν / ὑπόσκιον θήσει χθόν').

Llegados, pues, a la conclusión de que no se trata aquí de sombras, sino de cobertura ornamental, comprenderemos bien que las opiniones de los filólogos, sin asideros concretos, hayan oscilado. Gallavotti[29] habla de "un pomeriggio d'estate"; Alfonsi[30] cita posibles ecos en Virgilio (*Buc.* I 51-52, *hic inter flumina nota / et fontis sacros frigus captabis opacum*) y Tibulo I 1, 27-28 *(Canis aestiuos ortus uitare sub umbra / arboris ad riuos praetereuntis aquae)* que más bien apuntan a la hipótesis diurna y vera-

[29] GALLAVOTTI en pág. 198 de *L'ode saffica dell'ostracon fiorentino,* en *St. It. Filol. Cl.* XVIII 1941, 175-202.

[30] ALFONSI *Appunti sulla fama dell'ode saffica dell'ostracon fiorentino tra i poeti latini,* en *Aegyptus* XXVI 1946, 3-12.

niega; Turyn[31], con sus paralelos de tipo órfico y religioso en general, celestes visiones en que, como en textos cristianos, se utiliza ἀναψυχή o *refrigerium* como signo de beatitud, también parece pensar en lo mismo; y Lavagnini[32] precisa algo más con "l'afa delle prime ore pomeridiane".

Pero con iguales razones podemos suponer que se trata de una escena nocturna: o quizá de anochecer, según el citado argumento de Schubart, con el que cabría comparar, como hace Gallavotti[33], un lugar bellísimo del *Isotteo* de d'Annunzio, *quando più ne' profondi orti le rose / aulivano per l'aria della sera,* si no fuera porque también se habla, indicando una hora más tardía[34], del lugar *ove la luna / piovea gli encanti de l'estiva sera.* Pfeiffer[35] señala la frecuencia de los sonidos oscuros *o, u,* especialmente en torno al verso 7, como alusiones a "die Schattenregion von Baum und Strauch und Wasser"; von der Mühll[36] piensa en una "Frühlingsfest", quizá una "Pannychis"; Schadewaldt[37] dice con seguridad que "man ist des Nachts im heiligen Bezirk der Aphrodite beim Mahl versammelt"; Risch[38], comentando el πάννυχος del fr. 149 L.-P., dice que este lugar "inhaltlich der in Ostrakon beschriebenen Situation sehr nahe kommt".

Decíamos antes que había otro lugar decisivo, o que puede serlo: los versos 7-8, donde, después de αἰθυσσομένων δὲ φύλλων / κῶμα, tenemos un καταγριον o καταιριον en el *ostracon*; un καταρρεῖ de Hermógenes, cuya cita conocíamos ya antes, dialectalmente imposible; un inexistente κατέρρει de Sitzler defendido por Pfeiffer; el improbable participio κατέρρον de Rehm;

---

31 TURYN en pág. 313 de *The Sapphic Ostracon,* en *Trans. Proc. Am. Philol. Ass.* LXXIII 1942, 308-318.

32 LAVAGNINI en pág. 12 de *Ancora sull'ode di Saffo dell'ostrakon tolemaico,* en *Ann. Sc. Norm. Sup. Pisa* XI 1942, 8-19.

33 GALLAVOTTI *Lira ellenica,* Milán, 1949, 103.

34 GALLAVOTTI en pág. 197 n. 3 de o. c. en n. 29.

35 PFEIFFER en pág. 125 de *Vier Sappho-Strophen auf einem ptolemäischen Ostrakon,* en *Philologus* XCII 1937, 117-125.

36 VON DER MUEHLL en pág. 25 de THEILER - VON DER MUEHLL *Das Sapphogedicht auf der Scherbe,* en *Mus. Helv.* III 1946, 22-25.

37 SCHADEWALDT en pág. 78 de *Sappho. Welt und Dichtung. Dasein in der Liebe,* Potsdam, 1950.

38 RISCH en pág. 200 de *Der göttliche Schlaf bei Sappho. Bemerkungen zum Ostrakon der Medea Norsa,* en *Mus. Helv.* XIX 1962, 197-201.

κατ' ἴρρον, también contra el dialecto, en Medea Norsa[39]; καταίρει o κατάγρει, ambas llenas de inconvenientes, en Page[40], etc. La idea parece ser que el κῶμα desciende de las hojas al susurrar éstas movidas por el viento; o, según Schubart y siempre de acuerdo con su tesis, que el sueño κατέρρει, desaparece o se aleja, ante el vivo frescor de la brisa del anochecer. En todo caso, como han visto muy bien Page[41] y Risch, κῶμα no es un sueño cualquiera, sino el sopor o estupor religioso provocado por una fuerza sobrenatural. Así en Ξ 359 (Zeus y Hera duermen, nótese bien, la siesta protegidos del sol por una nube y sumidos en μαλακόν... κῶμα); σ 201 (Penélope es presa de un μαλακόν... κῶμα en pleno día); Hes. *Teog.* 798 (el perjuro permanece como castigo durante un año en coma, cf. la nota de West[42]); Píndaro *P.* I 12 (Ares cae en coma ante la música): Alcmán fr. 7, 2-3 P. (sobre el κῶμα σιῶν, el sueño alternativo de los Dioscuros); Teócr. epigr. III 6 (φεῦγε μεθεὶς ὕπνου κῶμα καταγρόμενον, donde ya el sentido no tiene connotación mágica y donde Risch ve apoyo para el citado κατάγρει); Apol. III 747-748 (el κῶμα invade a la mujer cuyos hijos han muerto); Hipócrates con el significado clínico que conserva hoy la palabra en nuestra lengua; la glosa de Hesiquio κῶμα· κοίμημα, ὕπνος, ληθώδης καταφορὰ ὕπνου βαθέος; y, en fin, según Cataudella[43] ha visto, un pasaje de S. Gregorio Nacianceno (*Carm. mor.* XIV 2-10) donde se usa κῶμα en relación con un bosque, agua fresca y pajaritos cantores[44].

Seguimos, en definitiva, dando vueltas a los mismos argumentos, pues los ejemplos homéricos nos muestran que el sopor puede producirse en pleno día, y más si se trata de una jornada calurosa. Yo en tiempos[45] me incliné por la solución nocturna, y ello sobre todo porque no parece que las horas de la tarde resulten más

---

39 NORSA *Papiri greci e latini* XIII 1, Florencia, 1949, 44-50 (núm. 1300).

40 PAGE *Sappho and Alcaeus,* Oxford, 1955, 34-44.

41 PAGE o. c. (en n. 40) 37.

42 WEST *Hesiod. Theogony,* Oxford, 1966, 375.

43 CATAUDELLA *Saffo fr. 5 (4) - 6 (5) Diehl,* en *At. e R.* VIII 1940, 199-201.

44 Cf. también CATAUDELLA *Saffo e i Bizantini,* en *Rev. Ét. Gr.* LXXVIII 1965, 66-69.

45 GALIANO en pág. 89 de *Algo más todavía sobre el óstracon sáfico,* en *An. Filol. Cl.* V 1950-1952, 81-90.

aptas que las de la noche para un festín con uso de incienso, diosa escanciadora de néctar, etc.; y, además, porque tengo notada en otro lugar[46] la gran frecuencia en Safo de las alusiones nocturnas (sobre todo con motivo de fiestas más o menos lunares), como en fr. 23, 13 (παν]νυχ[σ[δ]ην), 30, 1-3 (νύκτ[... / πάρθενοι... / παννυχισδο.[ ), 34 (la luna eclipsando a los astros), 43, 9 (ἄγχι γὰρ ἁμέρα), 96 (otra vez el eclipse), 104 (el más bello de los astros), 149 (πάννυχος, cf. supra), 151 (μέλαις νύκτος ἄωρος), 154 (la luna llena), 197 (Safo desea que la noche dure mucho), 199 L.-P. (sobre Selene y Endimión), aparte del famoso y discutido fr. 94 D., el de la luna y las Pléyades que se han puesto ya. Daniel Castellanos ha escrito a este respecto un bello librito[47] al que únicamente reprocharíamos, entre muchos méritos, el fiarse demasiado de las fantásticas reconstrucciones de Edmonds.

Pues bien, precisamente en esta hipótesis nos basábamos para sugerir *exempli gratia,* en la laguna de los versos 11-12, κάλας ζὰ νύκτος / ἰμεροέσσας. ¿Deberemos hoy mantenernos en esta opinión? Parece que sí. ¿Deberá este paralelo llevarnos a establecer como referencia a la noche, e incluso a una fiesta nocturna de muchachas que cantan un partenio según Page[48], el texto de Alcmán que arriba comentábamos? De eso ya no estoy tan seguro.

MANUEL F. GALIANO

---

[46] GALIANO *Safo,* Madrid, 1958, 30 n. 130.
[47] CASTELLANOS *Safo y la noche,* Montevideo, 1958.
[48] PAGE o. c. (en n. 9) 159.

información bibliográfica

NOTAS BIBLIOGRÁFICAS SOBRE EL PRÓLOGO EN LA LITERATURA GRECOLATINA

En la bibliografía que presentamos se agrupan por primera vez todos los datos bibliográficos que hemos podido recoger sobre el prólogo en las letras latinas (se incluyen la Edad Media latina y el período humanístico) y griegas.

Para una presentación teórica general y examen más detenido de algunos libros y artículos citados aquí puede consultarse el capítulo I del libro de uno de los presentes autores, ALBERTO PORQUERAS-MAYO *El prólogo como género literario. Su estudio en el Siglo de Oro español* (Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 1957).

I. GENERALIDADES

a) Antologías

1. BEROALDO, FILIPPO *Orationes, Praefationes, Praelectiones, &c.* París, 1505, 4.º

   Contiene también trabajos del mismo Beroaldo.
   Reimp.: París, 1507, 1509, 1515, en 4.º

2. MAN, P. *Epistolae et Praefationes.* Venetia, 1558, 8.º [sin imprenta].

3. [Anón.] *Epistolae, Libri et Praefationes.* Venecia, 1560, 8.º [s. i.].

4. [Anón.] *Praefationes et Epistolae CXX. A J. Alb. Fabricio Editae: Accedit P. Burmanni Oratio dicta in Graevii Funere.* Hamburgo, 1707, 8.°

5. CASAUBON, MERIC *Epistolae, Dedicationes, Praefationes, Prolegomena, et Tractatus quidam rariores.* Rotterdam, 1709 [s. i.].

Publicada como apéndice al final de las cartas de Isaac Casaubon, padre de Meric.

6. [RATERIO DE VERONA] *Ratherii. Opera omnia, juxta editionem Veronensem, Anno 1765, curantibus Petro et Hieronymo fratribus Ballerinis ...accedunt Liutprandi Cremonensis necnon Folquini S. Bertini Monachi, Gunzonis Diaconi Novariensis, Richardi abbatis Floriacensis, Adalberti Metensis Scholastici Scripta vel scriptorum fragmenta quae exstant. Accurante J. P. Migne...* Parisiis, excudebatur et venit apud J. P. Migne, editorem, 1853, Gr. in 8.°, 1347 páginas.

Obras del prelado Raterio de Verona (890-947), publicadas por primera vez por los hermanos Ballerini en 1765 y reproducidas por Migne en 1853. La primera parte es una colección de prólogos medievales dividida en seis libros.

7. BOTFIELD, BERIAH *Praefationes et epistolae editionibus principibus auctorum veterum.* Cambridge, 1861, 674 págs.

8. BOTFIELD, BERIAH *Prefaces to the First Editions of the Greek and Roman Classics and of the Sacred Scriptures.* Collected and Edited by Beriah Botfield. Londres, Böhn, 1861.

Valor por el ingente material contenido, aunque su estudio preliminar no ofrece interés.

b) Estudios

9. CELLARIUS, CHRISTOPHORI *Epistolae Selectiores et Praefationes.* Conlegit I. Georgius Walchius. Qui et Copiossiorem

Diatriven de Dedicationibus librorum veterum latinorum praemisit. Leipzig, Weidmann, 1715.

10. BREU, JANNES *De dedicationum litterariarum moralitate.* Estrasburgo, 1718.

Tesis doctoral.

11. JANI, DANIEL FRIED *De Fatis Dedicationum librorum, sive von dennen Zuschriften derer Gelehrten.* Dissertatio Historica et Litteraria. Wittenberg, 1718.

Tesis doctoral.

12. SPENGEL, C. *Die Definition und Einteilung der Rhetorik bei den Alten* (*Rhein. Mus.* XVIII 1863, 481-526).

13. GRAEFENHAIN, RUDOLF *De more libros dedicandi apud scriptores Graecos et Romanos obvio. Dissertatio inauguralis quam... scripsit Rudulfus Graefenhain Marpurgi Catorum.* Marburgo, 1892, 59 págs.

14. LIEBERICH, H. *Studien zu den Prooemien der griechischen und byzantinischen Geschichtsschreibung.* Munich, 1899-1900.

15. FRAUSTADT, G. *De encomiorum in letteris Graecis usque ad Romanam aetatem historia.* Leipzig, 1909.

Tesis doctoral. Se demuestra que los autores clásicos de poesías didácticas propenden a multiplicar los prólogos.

16. ENGEL, GEORGIUS *De antiquorum epicorum didacticorum historicorum prooemiis.* Marburgo, 1910, 101 págs.

Tesis doctoral.

17. STEPHAN, FRID. *Quomodo poetae Graecorum Romanorumque carmina dedicaverint.* Berlín, 1910, 80 págs.

Tesis doctoral.

18. RUPPERT, J. *Quaestiones ad historiam dedicationis librorum pertinentes.* Leipzig, 1911.

Tesis doctoral. Estudio para las fórmulas de devoción y la humildad en la literatura clásica.

19. MOORE, CLIFFORD H. Τύχη προλογίζουσα *and the Identification of the Speaker of the Prologue* (*Cl. Philol.* XI 1916, 1-10).

Tradición y costumbre de insertar el personaje ("superhombre" o dios) en los prólogos de la literatura griega.

20. KRANZ, W. *Das Verhältnis des Schöpfers zu seinem Werk in der althellenischen Literatur* (*Neue Jahrb. Paed.* LIII 1924, 65-86).

21. NESTLE, W. *Die Urform des Eingangs in der attischen Tragödie* (*Philol. Quart.* IX 1930, 23-32).

Importante trabajo que recalca el origen y las características estilísticas de las "introducciones" en la tragedia clásica.

22. NESTLE, W. *Die Struktur des Eingangs in der attischen Tragödie.* Stuttgart, Kohlhammer, 1930, X + 133 págs.

Estudio y análisis del prólogo en la tragedia aplicado a la comprensión del género.

II. TEMAS Y AUTORES ESPECÍFICOS

a) Literatura latina

23. SEYFFERT, M. *Erklärung des Prooemiums zum Brutus des Cicero.* Progr. Halle, 1837.

24. DZIATZKO, KARL FRANZ OTTO *De prologis plautinis et terentianis quaestiones selectae...* Bonnae, typis Caroli Georgi, 1863, III + 36 págs.

25. JORDAN, H. *Die Einleitung des ciceronischen Brutus* (*Hermes* VI, 1872, 196-213).

26. VAHLEN, H. *Über das Prooemium des Lucrez* (*Sitzungsb. Preuss. Ak. Wiss.* 1877, págs. 479 y ss.).

27. ROHDE, E. *Zu Apuleius* (*Rhein. Mus.* XL 1885, 66-113).

28. FABIA, PHILIPPE *Les prologues de Térence.* Thèse pour le doctorat présentée à la Faculté des Lettres de Paris par Ph. F. París, E. Thorin, 1888, IV + 322 págs.

29. TRAUTWEIN, PAUL *De prologorum plautinorum indole atque natura.* Berlín, 1890, 60 págs.

Tesis doctoral.

30. LEO, FRIEDRICH *Die Prologe,* en cap. IV (págs. 245-256) de *Plautinische Forschungen,* Berlín, 1912², VI + 346 págs.

31. FRENZEL, FRIEDRICH *Die Prologe der Tragödien Senecas.* Leipzig, 1914, 105 págs.

Tesis doctoral.

Res.: SONNENBURG en *Jahrb. Deutsch. Shakesp. Ges.* LV 1919, 185-186.

32. STADE, W. *Hieronymus in prooemiis quid tractaverit et quos auctores quasque leges rhetoricas secutus sit.* Rostock, 1925, 99 págs.

Tesis doctoral.

33. EGERMANN, W. *Die Prooemien zu den Werken des Sallust.* Viena, 1932.

Tesis doctoral.

34. POHLENZ, M. *Der Eingang von Ciceros "Gesetzen"* (*Philologus* XCIII 1938, 102-127).

35. WEINRICH, O. *Jean Paul and Ciceros Proömien* (*Rhein. Mus.* XC 1941, 71-77).

36. RAMBAUD, M. *Les prologues de Salluste et la démonstration morale dans son œuvre* (*Rev. Ét. Lat.* XXIV 1946, 115-130).

Análisis de los prólogos aplicado a la comprensión del contenido filosófico de la obra de Salustio.

37. GILLINGHAM, A. *The Prooemia in Cicero's Works on Philosophy, Politics and Rhetoric.* Cambridge, Mass., 1951 (resumen en *Harv. St. Cl. Philol.* LX 1951, 297-299).

Tesis doctoral.

38. HARDER, R. *Das Prooemium von Ciceros "Tusculanen"* (Ἑρμηνεία. *Festschrift zum 60. Geburtstag O. Regenbogen,* Heidelberg, 1952, 104-118).

39. HEUSCH, H. *Das Prooemium von Ciceros "Laelius"* (*Rhein. Mus.* XCVI 1953, 67-77).

40. ABEL, K. H. *Die Plautusprologe.* Mühlheim, Fabri, 1955, 160 págs.

41. RUCH, MICHEL *Le préambule dans les œuvres philosophiques de Cicéron. Essai sur la genèse et l'art du dialogue.* Publications de la Faculté des Lettres de l'Université de Strasbourg, fasc. 136. París, 1958, 459 págs.

Res.: BRUÈRE en *Cl. Philol.* LV 1960, 206-208.

b) Literatura griega

42. KLINKENBERG, JOSEPH *De Euripideorum prologorum arte et interpolatione.* Bonn, A. Marcum, 1881, 107 págs.

Tesis doctoral.

43. STENZEL, JULIUS A. H. *De ratione, quae inter carminum epicorum prooemia et hymnicam Graecorum poesin intercedere videatur*. Breslau, 1908, 37 págs.

Tesis doctoral.

44. VOGT, H. *Die Entdeckungsgeschichte des Irrationalen nach Platon* (*Bibl. Mathem.* III 1909-1910, 97-135).

Se pone de relieve el prólogo dialogístico en las obras de Platón.

45. MÉRIDIER, L. *Le prologue dans la tragédie d'Euripide*. Burdeos, 1911, 115 págs.

46. RUPPRECHT, A. *Die demosthenische Prooemiensammlung* (*Philologus* LXXXII 1927, 365-432).

47. GOLDWITZER, INGEBORG *Die Prolog- und Expositionstechnik der griechischen Tragödie mit besonderer Berücksichtigung des Euripides*. Gunsenhausen, Tuffentsamer, 1937, 94 págs.

Tesis doctoral de la Universidad de Munich.

48. PHOTIADÈS, P. J. *Pan's Prologue to the "Dyskolos" of Menander* (*Gr. Rome* V 1958, 108-122).

Se estudia el concepto ideológico y modelos similares del prólogo en la comedia de Menandro *El díscolo*. La autora indica que la aparición del "superhombre" o dios no es nueva en la literatura griega (cf. núm. 19).

49. LLOYD, ROBERT B. *Two Prologues: Menander and Plautus* (*Am. Journ. Philol.* LXXXIV 1963, 146-161).

III. APORTACIONES EN OBRAS DE CARÁCTER GENERAL

50. SPENGEL, C. Συναγωγὴ τεχνῶν *sive artium scriptores ab initiis usque ad editos Aristotelis de rhetorica libros*. Stuttgart, 1828.

Estudio estilístico del género prólogo en la literatura clásica.

51. DE AMICIS, V. *L'imitazione latina nella commedia italiana del secolo XVI.* Florencia, 1897.

Estudio sobre la influencia de las teorías dramáticas de Horacio y Aristóteles y sobre la forma de los "intermezzi" en los prólogos de las comedias italianas del siglo XVI.

52. MUELLER, KARL *Reden und Briefe italienischer Humanisten. Ein Beitrag zur Geschichte der Pädagogik des Humanismus.* Viena, 1899, 305 págs.

Contiene algunos prólogos y dedicatorias.

53. PETER, H. *Der Brief in der römischen Literatur. Literaturgeschichtliche Untersuchungen und Zusammenfassungen.* Leipzig, B. G. Teubner, 1901, I + 259 págs.

54. STEMPLINGER, E. *Das Plagiat in der griechischen Literatur.* Leipzig, B. G. Teubner, 1912, VI + 293 págs.

55. PLUMPE, J. *Wesen und Wirkung der "auctoritas maiorum" bei Cicero.* Münster, 1932.

Tesis doctoral. Hay partes dedicadas a los prólogos de Cicerón.

56. LAUSBERG, HEINRICH *Handbuch der literarischen Rhetorik. Eine Grundlegung der Literaturwissenschaft.* Munich, Hüber, 1960, 601 págs.

En las páginas 150-163 se habla de la retórica y del prólogo en la literatura grecolatina.

J. L. LAURENTI y A. PORQUERAS-MAYO

RESEÑAS

ESTUDIOS CLÁSICOS *publicará, en el grado en que lo permitan el espacio y la índole de la revista, reseñas bibliográficas de aquellos libros más o menos relacionados con nuestras materias cuyos autores o editores envíen un ejemplar a la Redacción.*

W. DE SOUSA MEDEIROS: *Hipponactea. Subsídios para uma nova edição crítica do iambógrafo de Éfeso.* Coimbra, Faculdade de Letras, 1969. Un vol. en 4.º de 106 págs.

En 1959, en el tomo II de *Líricos griegos* (Barcelona, Alma Mater), F. R. Adrados incluía una edición y traducción de los yambos de Hiponacte. En Coimbra, 1961, W. de Sousa Medeiros publicó su *Hipónax de Éfeso: I. Fragmentos dos Iambos,* con traducción y extensos y excelentes comentarios. Muy poco después apareció otra edición hiponactea de O. Masson (*Les fragments du poète Hipponax. Édition critique et commentée,* París, 1962). En cuatro años surgieron, pues, nada menos que tres ediciones seguidas del mismo poeta, cifra "record" para un autor sin una sola composición completa. Todos los editores iniciaron sus obras independientemente unos de otros. Masson tuvo en cuenta la edición de Adrados y conserva su numeración en algunos fragmentos; y aunque, por razón de lo inmediato de la fecha, no pudo tener en cuenta la de Medeiros, a última hora la incluyó en la lista de las principales ediciones. La de Medeiros llevaba, como decimos, el subtítulo *I. Fragmentos dos Iambos.* En lugar de II aparece ahora *Hipponactea,* que puede considerarse como la sistematización de las soluciones e interpretaciones dadas por las tres ediciones anteriores, que han intentado sacar el mayor partido posible de los yambos de Hiponacte, enrevesados y muchas veces "torturados pelos editores". En los fragmentos papiráceos, *Hipponactea* apenas señala diferencias con las ediciones anteriores. Es en las numerosas *cruces* y *loci*

desperati de los fragmentos llegados por tradición manuscrita donde Medeiros trabaja afanosamente y mejora, mantiene o varía sus opiniones en relación con las anteriores ediciones. Alguna vez reconoce su excesivo optimismo en cierto fragmento de su primera edición y repone *cruces* dando la razón a Masson. Felizmente varios fragmentos, después del pulimento entusiasta a que los somete Medeiros, consiguen salir de su estado de incomprensibilidad. Tal es el caso del 36, que aparecía en la edición de Masson con cuatro *loci desperati* en cinco versos y que ya es legible en *Hipponactea,* aunque con alguna reserva respecto a la anterior versión del propio Medeiros.

El problema de la adscripción de los epodos de Estrasburgo sigue en pie. Desde la edición de Adrados fueron incluidos por Masson y Medeiros como de Hiponacte, aunque con ciertas reservas por parte de este último. En *Hipponactea,* Medeiros se inclina por considerarlos ἀδέσποτα.

Por lo ya dicho puede advertirse que *Hipponactea* representa fundamentalmente la posición de Medeiros ante la edición de Masson. En varios casos se aceptan lecturas de Masson contra las del propio Medeiros anteriormente (frs. 12; 39, 2; 42; 48, etc.); en otros se adoptan lecturas diferentes de ambas (frs. 1; 2, 1; 23; 29; 34, etc.); lo más frecuente es que se reafirmen y se den más justificaciones y testimonios para la anterior edición de Medeiros (frs. 2, 3; 7; 8; 20; 31; 39, 4, etc.). Creo que es gratuito, como hace Masson, corregir, en el fr. 27, 1, ἐν χειμῶνι por ἐν λειμῶνι. Antes, Medeiros mantenía la lectura ἐν χειμῶνι, testimoniada por todos los códices; pero en *Hipponactea* rectifica su anterior opinión y acepta la de Masson porque cree que encierra una metáfora obscena muy del gusto del poeta efesio. Sin embargo, Hiponacte no está hablando del rito real del fármaco, sino de un castigo paródico que además se desea que ocurra en lo más crudo del invierno, no en las primaverales Targelias. La frase ἐν χειμῶνι aparece también en el fragmento 6.

Medeiros ofrece también bastantes nuevos fragmentos, aunque minúsculos, e innovaciones de traducción: la más interesante es τοὐτέρου τοίχου del fragmento 4, 3 como "de la otra clase (social)", según explicación inédita de Barigazzi, que se apoya en la glosa τοίχου· μέρους.

Es evidente que las sucesivas ediciones de Hiponacte, más que resolver los muchos problemas de comprensión, de métrica, de significado de palabras exóticas, lo que han hecho ha sido suscitarlos y dar una serie de posibilidades. Esto hace que fueran necesarios los *Hipponactea* de Medeiros. Sin embargo, mientras no aparezcan nuevos testimonios que aclaren o pongan en su sitio estas cuestiones, todo será un poco dar vueltas sobre lo mismo. Medeiros anuncia que, según Lobel, en un próximo volumen de Oxirrinco aparecerán nuevos fragmentos papiráceos que se refieren a Hiponacte. Esperemos que contribuyan a la aclaración de problemas hasta ahora insolubles. No creo, pues, que por el momento esté justificada una

nueva edición, sino que los laboriosos *Hipponactea* cumplen ampliamente esta misión. — E. GANGUTIA ELÍCEGUI.

CARLOS MIRALLES: *Tragedia y política en Esquilo*. Barcelona, Ariel, 1968. Un vol. en 4.º de 253 págs.

En la prestigiosa colección *Convivium*, y como "publicación del Instituto de Estudios Helénicos", que dirige el Dr. Alsina, aparece este estudio que es reelaboración de la tesis doctoral que el autor presentó en 1966 en la Facultad de Filosofía y Letras de Barcelona. C. Miralles ha publicado, también en estos dos años, una edición con traducción catalana de la novela griega de Jenofonte de Éfeso, con amplia introducción (Barcelona, Bernat Metge, 1967), y un estudio general sobre *La novela griega en la antigüedad clásica* (Labor, 1968), además de algunos artículos sobre Literatura griega antigua y moderna.

En este trabajo sobre el gigante trágico intenta relacionar la lección de Esquilo con nuestras preocupaciones y problemas esenciales; las de un mundo que, veinticinco siglos posterior, mantiene, sin embargo, una problemática vital para la que la visión del trágico ateniense puede representar aún un esquema iluminador. En esta relación entre dos épocas consiste el humanismo, y como humanista, a la vez que filólogo, pretende el autor ser juzgado (pág. 33).

El libro es, pues, un comentario a la obra esquilea en que se toma como hilo conductor la cronología de las piezas conservadas y de algunas de tratamiento reconstituible y como idea central la del evolucionismo optimista que sustenta la cosmovisión del trágico. Este dinamismo del pensamiento esquíleo es, para Miralles, el núcleo de la exposición.

Ésta comienza con una introducción general en la vida y época del trágico y una rápida idea sobre la tragedia griega para desembocar en un estudio detallado de las obras. En el prólogo, el autor anuncia el carácter "sociologizante" de su estudio y su alejamiento del formalismo de cierta crítica filológica. Junto a esta pretensión, que se deducía ya del título de la obra, el tratamiento en conjunto me parece, sin embargo, bastante conservador en su comentario, que destaca siempre la personalidad individual. Las referencias sociales y políticas no alcanzan casi nunca el carácter definitivo que tienen en Thomson, cuya influencia se observa en algunos puntos, y son, desde luego, menos sistemáticos que en *Ilustración y política en la Grecia antigua*, de Rodríguez Adrados (págs. 123-194).

La primera parte, bajo el epígrafe, tomado a Dodds, de *Cultura de vergüenza y cultura de culpabilidad*, trata de las tragedias perdidas sobre Aquiles y Áyax, reconstituidas a base de algunos fragmentos, y luego de *Los persas* y *Los siete contra Tebas*.

Comenzar por las dos obras reconstituidas a partir de fragmentos (especialmente la primera, según la reconstrucción trazada por Snell) me parece un acierto, para situar el planteamiento trágico como distanciado ya del homérico. La diferencia del enfoque del héroe no depende de Esquilo, sino que está condicionada por la evolución política. "Es obvio —dice— que la αἰδώς de Aquiles ha entrado en conflicto con lo que quizá podríamos llamar, para entendernos, el bien común, o el interés de la mayoría" (pág. 63). Esto ya estaba en Homero, puesto en alguna anotación indirecta, en boca de Patroclo y otros jefes, pero allí todavía el honor del héroe individual era el eje de la trama, mientras que el sufrimiento del pueblo en el ejército aqueo apenas era una razón. Sin embargo, en la Atenas democrática el héroe está al servicio de los ciudadanos, representados por el coro de Mirmidones (pág. 71), y desde este punto de vista el héroe, que prefiere su honor personal al público, corre el riesgo de ser lapidado. Miralles parece desconocer el libro de G. Else, *The Origin and Early Form of Greek Tragedy* (Cambridge, Mass., 1965), que ha vuelto a insistir en la tesis de que fue Esquilo "el creador de la tragedia", plástica expresión del sentido político de la democracia, de sus ideales en su época culminante. Con ello ha vuelto a poner al día la tesis de Murray, que aquí se cita como una teoría ya anticuada (pág. 40). Else, que subraya, con gran desconfianza crítica en los datos sobre otros autores, lo tardío de las piezas de Esquilo conocidas y nuestra ignorancia sobre lo anterior, cree también que un logro de la evolución propia del teatro de Esquilo fue la trilogía, que Miralles en cambio da aquí por heredada; aunque notemos que poco añaden las piezas siguientes a *Los mirmidones,* primera de la supuesta trilogía. Tanto Aquiles como Áyax cobraban ya para el demócrata Esquilo un valor crítico muy diferente del épico, que podía en parte conservar el aristocrático Píndaro. Las dos piezas siguientes, las más antiguas conservadas de Esquilo, son también bélicas; la primera expresa muy claro el ideal democrático opuesto al despotismo persa en la Atenas victoriosa regida por Pericles, y desde el punto de vista del griego manifiesta en su final el orden del cosmos y la providencia divina. De modo consecuente con su idea de la conclusión del tema en la trilogía, Miralles rechaza el final conservado de *Los siete*; pero, sobre este problema, podría haber visto el artículo de Lloyd-Jones *The End of the "Seven against Thebes"*, en *Class. Quart.* IX 1959, 80-115.

En la segunda parte, *"Las Danaides" y la "Orestía"*, se analizan estas trilogías. Para la fecha discutida de la primera, el autor se decide por la datación de Lesky, entre el 467 y el 458, probablemente hacia el 463 (posterior es el reciente libro de A. F. Garvie, *Aeschylus' Supplices. Play and Trilogy,* Cambridge, 1969, muy completo, y ejemplarmente cauto, acerca de esta discutida pieza). Sobre la *Orestía* confiesa Miralles: "Ciertamente, no se me ocurre qué decir para presentar la obra. Al comenzar a escribir me preocupa la infinidad de fichas que se aglomeran ante mí sin demasiado

orden" (pág. 147). Hay que reconocer que esa dificultad de la abundancia de excelentes y varios comentarios, a la que sinceramente se refiere, hace difícil añadir nuevos puntos de vista generales sobre estas obras. En puntos concretos hay anotaciones críticas interesantes. Suscribe algunas de las trazadas por Thomson y rechaza (pág. 157), apoyándose en la tesis de la evolución optimista y el aprendizaje a través del dolor, la idea, apoyada por Lloyd-Jones y Galiano, de un Dios que castiga al hombre incomprensiblemente y sin provecho ni justicia.

"Mi interés por la obra esquilea, debo decirlo, parte de la especial importancia que confiero a la tragedia de *Prometeo* y a la trilogía, en la que, creo, ocupaba el lugar correspondiente a la primera pieza", nos dice Miralles al comienzo de esta tercera parte. El análisis de esta obra, de la que Jaeger ha dicho que representa por su tema la expresión de "una idea filosófica de tal profundidad y grandiosidad humana, que el espíritu humano no la podría agotar jamás" (*Paideia: los ideales de la cultura griega,* trad. México, 1957, 244), concluye este estudio. Para el autor resultan esenciales la resolución final y el optimismo teológico que la trilogía, ahora limitada a una sola pieza, representa. Desde esta perspectiva teleológica el conflicto entre Prometeo y Zeus adquiere un tinte religioso optimista, en contra de ciertas piezas modernas, como el impío *Prométhée mal enchaîné* de Gide, que representa, como otras versiones románticas, una visión del problema como oposición insoluble entre el hombre y la injusta e incomprensible divinidad. La profundidad teológica del conflicto, tan subrayada por K. Reinhardt y L. Séchan en *Le mythe de Prométhée* (París, 1951; hay una buena traducción española de EUDEBA, Buenos Aires, 1960), se diluye un tanto al considerarse el conflicto como un problema generacional (pág. 236). "El tiempo, que hace envejecer, es maestro de todo", dice Prometeo en el verso 982, como Miralles subraya (págs. 236-237). El rebelde hijo de Temis, el filántropo titán, rebelde contra el nuevo soberano y su justicia, la Dike que impone tiránicamente, llegarán con el tiempo a entenderse. Es la vieja tesis de que "el buen dios era todavía joven", a la que se adhiere el autor del libro. Esta solución conciliadora, optimista, reflejaría las esperanzas políticas del viejo Esquilo en su exilio siciliano. "Espíritu religioso, armónico, superador", que pensaba encontrar tras las aparentes enemistades una armonía interior, como Heráclito; y que en la superación de los contrarios más allá de "la fructífera revuelta" veía un esperanzado final; así nos pinta el autor a Esquilo. Es una visión coherente, si bien en buena medida basada en hipótesis sobre la reconstrucción de las trilogías y la cronología de las piezas. Lección política para la democracia, dice Miralles. Y mucho más, claro. La educación por el dolor, camino que hasta en un dios es posible, puede servir de teodicea optimista y de esperanza en una solución al dilema trágico. Y, sin embargo, que el camino al saber sea el dolor deja siempre un amargo resabio. Es esperanzador pensar que en la trilogía se expresaba el pleno sentido del mito comprensible y resuelto; pero en el

dolor del héroe trágico —Áyax, Eteocles, Agamenón, Prometeo— hay siempre una herida individual que no compensa la trascendente solución. No es ésta una crítica, sino una indicación subjetiva al optimismo finalista que Miralles destaca con cierto exclusivismo. Quizás en la última pieza se resuelva siempre el conflicto de la trilogía esquilea. Y sin embargo...

En el intento de aproximarnos a Esquilo, el autor acude a comparaciones con otros poetas y nos cita traducciones de Riba y versos de Espriu o rememora a Kasantsakis y Seferis entre otros. Algunas de estas comparaciones dan luz y colorido a los versos clásicos, que se comentan con brío. Junto a los muchos aciertos, hay otros puntos en que disiento. Así, p. ej., me parece desafortunada la comparación entre ciertos pasajes de *Los siete contra Tebas* y unas escenas de *Le diable et le bon dieu* (pág. 100). Aunque en ambas existe una oposición entre el valor humano y el temor creyente en la providencia divina, son contrarias las conclusiones que se nos dan en Esquilo (donde Eteocles, representante de la confianza en la disciplina humana, acabará por desmoronarse trágicamente) y Sartre (donde la alusión a la providencia es un vano maquiavelismo que subraya su inutilidad). La alusión al misticismo de san Juan de la Cruz, que se refiere a lo inefable de Dios, a propósito del himno a Zeus de la *Orestía* (pág. 152) también me parece perturbadora.

Por otra parte, algunas distinciones políticas o sociológicas me parecen simplistas. Así, la oposición del prólogo (pág. 15), que toma por modelo a Platón, con su "evadirse sistemáticamente" y su "mentalidad utópica", frente a "una literatura de combate" ejemplificada en Brecht. Me parece indiscutible que también Platón, enemigo de la "sociedad abierta", como ha dicho Popper, y al menos de cierta democracia, pretendía hacer un arma política de su obra y no era un puro utopista ni mucho menos. También se presta a matizaciones alguna afirmación, como la que habla de una situación política con "tres polos opuestos: la izquierda crítica de Eurípides, el equilibrio objetivo de Tucídides y la derecha no menos crítica de Aristófanes" (pág. 237). Muy vago es igualmente su intento de definición de la tragedia (págs. 34 ss.).

Es natural que, en obra de tema tan importante como ésta, haya muchos puntos que se prestan a discusión. Creo que este comentario crítico lo postula también el autor, que quiere hacer de las tragedias de Esquilo un diálogo con su época y con nosotros. La obra está escrita con entusiasmo y soltura y logra su objetivo de aproximarnos a los antiguos versos de Esquilo.

A problemas formales no hay muchas referencias, pero sí algunas, especialmente en págs. 219 ss. Sería interesante relacionar éstas con la tesis en prensa de Javier de Hoz, que trata de este aspecto del teatro de Esquilo en relación a su vez con el contenido.

Sólo me queda por añadir que las traducciones de versos en castellano están hechas con gran cuidado y sentido poético. Cito como ejemplo, entre

otros posibles, los versos 59-64 de *Los persas* (pág. 79): "Tal es la flor de los guerreros persas / que ha partido; por ellos / su Asia nutricia llora, presa / de añoranza; sus padres y mujeres / tiemblan contando / día por día el tiempo que se alarga". El último verso es un excelente endecasílabo.

Hay muy pocas erratas; en el texto castellano la única importante es la de la pág. 171, donde se debe decir "a dos de sus hijos". En el texto griego hay que notar alguna más, de no gran importancia: hay que leer ἥξει (pág. 45), διαπεφρούρηται (72), Αἰγύπτου (113). — C. García Gual.

Luis Gil: *Platón. El banquete. Fedón. Fedro.* Traducción e introducciones de L. G. Madrid, Guadarrama, 1969. Un vol. en 4.º de 383 págs.

Luis Gil ha recogido en un solo tomo sus traducciones de estos tres diálogos, los más representativos de Platón. Las versiones de *El banquete* y del *Fedón* habían aparecido, respectivamente, en 1954 y 1959 (en la editorial Aguilar), y la del *Fedro* en la edición bilingüe de "Clásicos Políticos", en 1957. La reunión en un solo volumen de estas obras está justificada desde el punto de vista de su cronología y su posición dentro del pensamiento platónico. Ocupan un lugar central en la obra de Platón; son posteriores a los primeros diálogos y anteriores a los últimos, más esotéricos y doctrinales; el talento literario de su autor culmina en ellos. También de ellos se desprende en toda su grandeza la imagen de Sócrates, ya un tanto mítico, más estilizado que en los diálogos breves anteriores y más vivaz que en los posteriores. De ahí que para el lector no especializado sean los más interesantes de los diálogos socráticos. En los méritos expuestos y en amenidad dramática sólo pueden comparárseles otros de anterior época, como el *Protágoras* o el *Gorgias*.

No son muchas las traducciones aceptables de Platón en nuestra lengua: puede verse una nota sobre ellas del profesor Juan Adolfo Vázquez en apéndice a la traducción castellana de P. M. Schuhl, *La obra de Platón* (Buenos Aires, 1956), y, con posterioridad a esta fecha, puede consultarse la *Bibliografía de los estudios clásicos en España (1956-1965)*, publicada en Madrid, 1968. De entre las de los diálogos de que aquí tratamos, es hoy difícil ya de encontrar la notable versión del *Fedro* de María Araújo (Buenos Aires, 1948); dejando aparte las traducciones descalificadas de J. B. Bergua, copiadas de las francesas, y las de Azcárate en la colección Austral, muy difundidas, tienen atractivo las ediciones bilingües de J. D. García Bacca, hechas en Méjico en 1944 y 1945 con traducciones en un castellano castizo y prólogos harto personales. De los tres tomos que publicó, *El banquete* aparece en el segundo y el *Fedro* en el tercero.

Las traducciones de Gil superan a todas las anteriores en precisión y elegancia expresiva. Del mismo modo, las introducciones a los diálogos son, en su directa concisión, excelentes. De los tres prólogos, el del *Fedón*

pertenece a su edición de 1959, aunque presenta nuevas notas bibliográficas, que aluden oportunamente a algunos estudios platónicos recientes; el del *Fedro* es un breve resumen con modificaciones del más extenso de 1957, y el de *El banquete* es enteramente nuevo. Sobriedad clara y actualidad en las referencias bibliográficas y las notas son méritos de su autor, catedrático de Universidad en Filología Griega desde hace bastantes años.

Gil destaca en breve esquema las líneas esenciales de cada diálogo y apunta sus trazos definitivos. Así destaca en el *Fedón* la inconclusión del método lógico para desvanecer el temor a la muerte y demostrar la inmortalidad; y, junto a ello, la persuasión personal de Sócrates, "el gran encantador" (pág. 142), cuya presencia infunde ánimo ante "el hermoso riesgo" del más allá. A este propósito, quiero recordar la figura de Sócrates tal como se presenta en el *Axíoco,* diálogo apócrifo, tardío y de procedencia cínica. Allí también se nos muestra como "consolador de la muerte", aunque con ideas sobre la inmortalidad muy diferentes, que convendría cotejar para ver más claro cuánto hay de platónico en el protagonista del *Fedón.*

También en el prólogo al *Banquete* resalta Gil ese carácter casi místico, "extático", de Sócrates. La influencia de factores psicológicos, como el amor, y el uso del mito para conseguir su intento educativo, enlazan el argumento del *Banquete* con el del *Fedro.* Mito y dialéctica avanzan juntos cuando Platón trata del alma. Sobre este punto sigue siendo admirable el estudio de K. Reinhardt *Platons Mythen* (recogido ahora en *Vermächtnis der Antike,* Gotinga, 1960, 219-295).

Siempre hechiza la lectura de Platón. Nunca la Filosofía fue, como entonces, tan llena de gracia y tan vital. Que fuera diálogo y no soliloquio es mérito de aquella Atenas donde Sócrates supo encontrar interlocutores dignos. "Diálogo" es siempre un título de lo clásico; "soledades" es, en cambio, un título barroco.

Traducir ese lenguaje vivo de Platón es siempre arriesgado. La pericia filológica de Luis Gil ha logrado, como ya he dicho, una excelente versión, la mejor, sin duda, existente en castellano actual. — C. García Gual.

Luis Gil: *Therapeia. La medicina popular en el mundo clásico.* Madrid, Guadarrama, 1969. Un vol. en 4.º de 558 págs.

Comienza el autor indicando que el tema es "una especie de tierra de nadie entre la historia de la Medicina y la Filología clásica" y además un campo de estudio marginal para ambas disciplinas, que con preferencia discurren sobre aspectos más claros y sistemáticos de la medicina antigua, ardua y gloriosa ciencia cuya influencia dentro del pensamiento griego ha sido, desde W. Jaeger acá por lo menos, destacada. Sin embargo, junto y más allá de la medicina hipocrática, que pretende un método empírico y racional, se halla todo un variado mundo de prácticas y creencias de

base popular que lindan con la magia y anclan en un fondo anímico primitivo, cuyos rastros en el mundo clásico se exponen aquí. Se trata de creencias no sistematizadas, que se encuentran esparcidas y en lugares oscuros a que la ciencia no alcanza; creencias que, como de las mágicas ha dicho B. Malinowski, se sustentan como un recurso contra la desesperación de la incapacidad y la ignorancia humana y permiten un poder ilusorio sobre aspectos que la ciencia, más firme, pero desacralizada y limitada, no puede dominar. En el caso de una ciencia como la medicina antigua, cuyos éxitos y progresos suponían en sus comienzos una lenta y trágica marcha, llena de experimentos fracasados y de ignorancias mortíferas, se explica muy bien el amplio margen dejado a esa "medicina popular". Es un terreno éste que a menudo ha llamado la atención de los antropólogos al encontrarlo en pueblos primitivos; y es muy conocido, incluso anecdóticamente, cómo el enfrentamiento del médico blanco frente al hechicero curador de la tribu salvaje fue uno de los primeros conflictos típicos de la colonización de muchos pueblos. Esa misma lucha se desarrolló, como fenómeno interno de su cultura, en el mundo clásico. Y, si la victoria final es siempre de la ciencia, los restos de las antiguas creencias en retirada sobreviven largo tiempo. Muchas de esas creencias, aunque muy degradadas, han llegado hasta hoy. Todavía hay curanderos en regiones meridionales de Europa que utilizan arcaicas recetas de origen popular. Otras veces sobreviven sólo recuerdos vagos, un tanto irónicos y distanciados, entre cuya forma y la antigua creencia hay la misma distancia que entre los horóscopos de cualquier periódico y el fatalismo astrológico, o entre la influencia melancólica de Saturno, señalada por los antiguos, y el prólogo de Verlaine a sus *Poèmes Saturniens.*

Todo ello, además de que este saber médico popular es de un tipo que no aspira a comunicarse por escrito, explica que un libro comprensivo, que pretenda sistematizar en la medida posible este aspecto curioso, inquietante, del mundo antiguo, no resulta empresa fácil. Las 500 páginas que Gil dedica al tema, sin salirse nunca de los márgenes del contenido propuesto, con sobriedad formal, abundancia de datos y seriedad filológica que no excluye la ironía, son, sin duda, el producto de un notable esfuerzo. Es éste un estudio denso y amplio, como muestran los textos aducidos con pertinencia y las casi cincuenta páginas de notas y bibliografía (páginas 459-503), difícil de recoger por su dispersión y su peculiaridad: estudio al que el dominio expresivo de su autor ha sabido dotar de amenidad. Como señala Laín Entralgo en su prólogo a este libro, "sobre el tema en él tratado no hay en toda la bibliografía universal otro que pueda comparársele" (pág. 18).

El capítulo inicial, *Enfermedad, sociedad e individuo,* parte de algunas consideraciones etnológicas y psicológicas sobre la relación entre el enfermo y la sociedad y sobre la manera de considerar la enfermedad. El claro esquema de Laín sobre las maneras históricas de experimentar la enferme-

dad como vivencia (castigo divino, azar, desafío al poder humano y prueba moral) ayuda a un planteamiento teórico general, cuyo valor consiste en destacar la actitud humana que subyace a todo el problema médico y que es de utilidad para comprender la posición de algunos personajes en capítulos posteriores.

Los dos siguientes, *Médicos, "iatromanteis" y "hombres divinos"* y *Enfermedad y curación en la Mitología griega,* subrayan la figura social, real y también mítica del curador, que conocemos por la Literatura desde la épica, ya que el médico es una de las figuras profesionales más antiguas, ya especializada, probablemente en Creta y desde luego en Homero, y elevada a leyenda en figuras como la de Quirón el centauro. Aludido en narraciones de tipo popular, el médico es satirizado muchas veces. Gil recoge, en rápidos trazos, las principales citas sobre esta figura típica del médico, cuyo prestigio parece disminuir después de la época clásica y desde luego sufre duros choques en el ambiente romano. El rápido enfoque de estos capítulos pretende sobre todo una perspectiva general clara.

Además de los textos literarios citados, recordemos la familiaridad con que el médico es uno de los pocos oficios que aparece en las colecciones de fábulas de carácter popular. Sobre personajes míticos en relación con la medicina, además de los citados, y precisamente en paralelo con Quirón, creo que se podría recordar también a un héroe cuya figura se ha hecho muy borrosa, Jasón (Ἰάσων, "el curador"), cuyo nombre proviene de su educador Quirón, como Asclepio tiene una hija llamada Jaso; que probablemente en época antigua tenía un carácter que la tradición posterior no ha conservado (pero recuérdese que Píndaro le califica de sabio en *P.* IV 217) y cuya historia mágica quizá describiera Epiménides de Creta, el famoso chamán, en su obra en verso, de 6.500 hexámetros según Diógenes Laercio, hoy perdida. En la suerte de Quirón, herido de una llaga incurable, hay un símbolo trágico del médico que no puede curarse a sí mismo; también Asclepio es fulminado para que se reconozca la limitación de su arte.

En la parte cuarta, *Contagio, mancilla y transferencia,* se discuten algunas de las nociones más importantes para la comprensión de la enfermedad según los antiguos: mancha y catarsis, contagio y contacto, homeopatía y alopatía, etc., cuyo papel excede de la medicina para formar parte de una concepción de la vida y el cosmos. La esfera sacra y la causalidad física no se hallan bien separadas en este pensamiento. Del mismo modo fenómenos naturales como la vejez son asimilados a enfermedades, y así se cura la ancianidad raspándola en casos míticos (pág. 146). Ya Lévy-Bruhl decía que para los primitivos la muerte y la enfermedad no son nunca fenómenos naturales. Pero, sin embargo, la manera de contagiarse y curarse las enfermedades por sus semejantes o por sus contrarios guarda una clara relación con los principios, que también se aplican a los métodos científicos, de polaridad y analogía, según el título de la obra de G. E. Lloyd *Polarity*

and Analogy. Two Types of Argumentation in Early Greek Thought (Cambridge, 1966); con la añadidura de que, en su exageración, este pensamiento popular desprecia las causas mediatas, presupone influjos "místicos" y relaciones con causas divinas o demoníacas, y tampoco se habían descubierto todavía los microbios.

Sobre esta concepción se apoyan procedimientos curativos y explicaciones de las enfermedades que se estudian en las partes siguientes: *Terapéutica y farmacopea epódicas, La enfermedad como posesión demoníaca, Terapéutica y profilaxis expulsatoria,* con una riqueza de datos y de interesantes anotaciones a que resulta imposible, por no alargar en exceso esta reseña, aludir aquí.

La parte octava es *La medicina sacra de Asclepio,* campo más conocido en sus líneas esenciales; y sigue, como parte novena, *La iatromatemática o medicina astrológica.* Es curioso pensar, al leer estas páginas, la repercusión que este tipo de creencias supersticiosas ha alcanzado en Europa hasta más allá de la Edad Media. Causa cierto pesimismo observar con qué frecuencia, mientras las ideas nobles y elevadas se han esfumado con rapidez, las supersticiones de los fondos turbios mantienen unas muy duraderas raíces. Aunque muchos de los testimonios de estas prácticas y creencias medicinales proceden de fuentes tardías, p. ej. de eruditos del tipo de Plinio, que es un filón de datos, es muy lógico suponer la antigüdad de la mayoría de ellas, que en períodos de mayor prestigio intelectual pasan silenciadas. Frente a ellas hay que reconocer el esfuerzo de la razón por encontrar el camino penoso, lleno de renuncias y limitaciones, de la ciencia médica, y meditar una vez más cómo ese camino empezó por ser un sendero en una oscura selva de tradiciones ilusorias. La hazaña de la antigua medicina se esclarece mejor frente a ese fondo sombrío de la sabiduría mágica.

En resumen, creo que esta obra reúne varios méritos: en primer lugar, el plan de su construcción, que presenta un panorama completo del tema, reuniendo toda una serie de noticias cuya presentación en artículos dispersos o en libros de menos alcance no permite una visión de conjunto como la que se obtiene del conjunto y las relaciones de todos sus aspectos. En segundo lugar, la riqueza de datos, tratados con una seriedad y una notable precisión crítica. Y, finalmente, creo que el lector debe agradecer al autor su elegancia en la exposición, sin reiteraciones ni disquisiciones inoportunas, en un estilo preciso, con rasgos de humor, interés y amenidad.

Los índices de nombres al final del libro son de una gran utilidad. — C. García Gual.

Auguste Haury: *Cicéron. Orationes in Catilinam.* Édition, introduction et commentaire de A. H. París, Presses Universitaires de France, 1969. Un vol. en 4.º de 198 págs.

He aquí un nuevo volumen (el núm. 22) de la prestigiosa colección "Érasme", de textos latinos comentados, que dirige Grimal. La introducción comienza con los maravillosos versos de la sátira octava de Juvenal

(tantum igitur muros intra toga contulit illi
nominis ac tituli, quantum uix Leucade, quantum
Thessaliae campis Octauius abstulit udo
caedibus adsiduis gladio; sed Roma parentem,
Roma patrem patriae Ciceronem libera dixit),

procediendo a continuación Haury (de quien conocemos la excelente edición comentada de la *Ciris*) a hacer un justiprecio de las tendenciosas apreciaciones, desfavorables a Cicerón, que tantas veces, desde Fufio Caleno hasta nuestros días, se han repetido a placer y a propósito precisamente de su actuación en la represión de la conjuración de Catilina y muy especialmente del contenido y circunstancias de las brillantísimas oraciones *in Catilinam*. El resumen que de los acontecimientos presenta Haury es lúcido y exacto; se ha aprovechado fructuosamente el Drumann-Groebe, así como el resto de la bibliografía. Su simpatía hacia Cicerón es manifiesta y da a esta introducción, y a todo el libro, un valor excepcional en estos tiempos, siendo, por otra parte, el único bagaje intelectual que puede hacer, en efecto, aprovechable el Drumann-Groebe liberando de sus absurdas parcialidades el inmenso tesoro de sus datos. Enseñan tanto los sucesos de aquellos años (a saber, los que rodean al 63 tanto como los del propio año 63), que nada puede ser más grato hoy que una apreciación llena a la vez de exactitud y de simpatía hacia Cicerón, como la que Haury nos presenta. A continuación de la introducción ofrece Haury una bibliografía bien seleccionada (en la que con toda justeza se señala que la edición fundamental sigue siendo hoy el Orelli-Baiter-Halm), seguida de observaciones históricas y estilísticas, y después, en útiles apéndices, el texto de los fragmentos del discurso *In senatu in toga candida* transmitidos por Asconio Pedanio; los del epos *De consulatu suo* que se encuentran en el *De diuinatione*; la semblanza de Catilina de Salustio (*Coni. Cat.* V 1-8) y los resúmenes de los cuatro discursos. Y a continuación el texto de los cuatro, con aparato crítico sustancial, espléndido comentario y abundante colección de *testimonia*. — A. RUIZ DE ELVIRA.

M. RUECH: *Cornelius Nepos. Hannibal, Cato, Atticus.* Édition, introduction et commentaire de M. R. París, Presses Universitaires de France, 1968. Un vol. de 99 págs.

Otro volumen de la colección "Érasme". La elección, junto a las vidas de Catón y de Ático, procedentes del libro *De latinis historicis* (uno de los

dieciséis que componían la obra nepotiana *De uiris illustribus,* distribuidos en ocho parejas, con una vida romana y una extranjera en cada una) y únicas vidas romanas que quedan de toda la obra, de la de Aníbal (última de las veintitrés que comprende el libro conservado *De excellentibus ducibus exterarum gentium*) es justificada aquí por Ruech por considerarla la más romana de las extranjeras, por su relación inmediata con Roma y el perenne recuerdo de Aníbal en la literatura romana. En este tomito es especialmente digna de elogio la introducción, en que se nos da un cuadro del desarrollo de la biografía en Grecia y Roma. En la bibliografía falta la magnífica edición de van Staveren (Lugduni Bat., 1741-1742). El comentario es preciso y útil, aunque excesivamente sumario. Ningún lector de Cornelio Nepote dejará de echar de menos un mínimo rudimento de nota sociológica al problema incestual de la *Praef.* I 4 (*sororem germanam habere in matrimonio*), verdadera piedra de toque, junto a Plutarco, *Cim.* 4 y 15, de la frontera entre ética y sociológica. Y así sucesivamente. En el tratamiento de la cuestión textual se echa también de menos una mención del problema del nombre de Emilio Probo. — A. RUIZ DE ELVIRA.

JEAN PRÉAUX: *Horace. Epistulae. Liber primus.* Édition, introduction et commentaire de J. P. París, Presses Universitaires de France, 1968. Un vol. de 219 págs.

En la colección "Érasme" ha aparecido este excelente comentario del libro I de las *Epístolas* de Horacio precedido de una introducción lúcida y sensitiva, en la que Préaux ha sabido poner de relieve el significado de esta obra madura que, sobre las experiencias de los *Epodos,* de las *Sátiras* y de los tres primeros libros de *Odas,* ofrece a sus contemporáneos, y a la Humanidad, la serena meditación poética sobre temas morales, de casera modestia en su encuadramiento anecdótico, pero con toda la tensión íntima y todo el ímpetu de una auténtica búsqueda de la verdad y del bien. Para mostrar esto subraya Préaux acertadamente la solemnidad majestuosa de la invocación inicial a Mecenas, la cariñosa queja de Augusto por no dirigirse a él como si a Horacio no le gustase que la posteridad lo considerase amigo íntimo suyo (*irasci me tibi scito, quod non in plerisque eiusmodi scriptis mecum potissimum loquaris. An uereris ne apud posteros infame tibi sit, quod uidearis familiaris nobis esse?*), y, sobre todo, que, como bien afirma Préaux, el mensaje capital de las epístolas es la lección de la "conversión a los valores del espíritu" simbolizada, en la primera, por los versos 11 y 12 y, más aún, por el empleo de la palabra *cultura* en el verso 40. Acerca de esta *cultura,* que, a partir del empleo todavía metafóricamente agrícola de Cicerón en *Tusc.* II 13 (*cultura animi,* como, poco más de medio siglo más tarde, aparecerá *ingenii cultura* en Valerio Máximo, *si praediorum potius quam ingenii culturae uacasset*),

aparece aquí ya sin ningún genitivo y con un valor sumamente próximo al actual de la palabra "cultura", he de añadir, a cuanto indica Préaux, no sólo lo que he dicho, sino también que en algún celebrado pensador contemporáneo he visto la cándida afirmación de que el empleo de este término, y sólo en el giro *cultura animi,* con referencia al cultivo del espíritu aparece por primera vez (!) en Luis Vives. Para terminar, el comentario de Préaux es preciso y sustancioso, está fundado en casi todos los mejores y se lee con deleite; únicamente echo de menos la mención, junto a los comentarios de Kiessling-Heinze, Krüger-Hoppe, Dilke y Turolla, y, sobre todo, junto al más antiguo de Obbarius y Schmidius, del poco posterior y riquísimo de Orelli-Baiter. — A. RUIZ DE ELVIRA.

HENRI LE BONNIEC: *P. Ovidius Naso. Fastorum liber secundus.* Édition et commentaire de H. LE B. París, Presses Universitaires de France, 1969. Un vol. de 122 págs.

En la colección "Érasme" ha aparecido esta edición comentada del libro II de los *Fastos,* que sigue a la del libro I publicada por el mismo autor hace ocho años. A la bibliografía reseñada en la edición del libro I añade ahora Le Bonniec la mención de las obras *La religion romaine archaïque,* de G. Dumézil, y *Römische Religionsgeschichte,* de K. Latte, así como de sus reseñas por J. Heurgon y A. Brelich, sin adscribirse ni a la admiración sin reservas por Dumézil ni a la crítica despiadada contra Latte que han venido repitiéndose a placer en estos últimos años. Suscribimos gustosos esta postura de Le Bonniec, única que nos parece verdaderamente científica, pues tan saludable es no dejarse engatusar por las especiosas conjeturas de Dumézil como no desdeñar la utilísima recopilación de materiales que ofrece Latte, aun cuando el libro de éste no haya en modo alguno reemplazado la *Religion und Kultus der Römer* de G. Wissowa, ni deje yo de compartir el sentimiento de decepción que a todos nos produjo su aparición. Remite también Le Bonniec, como es natural, a sus propios artículos en el *Lexikon der alten Welt* y a los de Grimal en el mismo léxico y sobre todo en el magistral *Dictionnaire de la mythologie grecque et romaine,* así como, claro está, a los dos monumentales comentarios de los *Fastos* por Frazer y Bömer. El comentario de Le Bonniec es en general útil, discreto y preciso, pero referido casi exclusivamente al contenido, por lo que en él se echa mucho de menos el tratamiento de las cuestiones prosódicas y transcripcionales de los nombres propios, y en general de los temas lingüísticos, de primera importancia en los *Fastos.* Así, por ejemplo, la *i* larga de *Arion,* cuatro veces repetida y una de ellas en segundo pie; la *a* larga del acusativo de relación *canentia* en el v. 109; el ablativo instrumental *tergo recuruo* del v. 113 frente al dativo preverbial *oneri nouo* del verso siguiente; la calificación de aposición al predicado

verbal, y no en cambio complemento directo, para el *pretium uehendi* del v. 115; la *e* larga, no debida a la diéresis, del vocativo *Maeonide* en el v. 120; la *o* larga penúltima, transcripción caprichosa por el modelo de *eous* a partir de ἠῷος, del dativo *Naupactoo* del v. 43, ante un hiato casi tan poderoso como el de *iactari quos cernis in Ionio inmenso*; la mención, para los vv. 48-54, y más importante que la de Plutarco, *Numa* 18, de Cicerón, *Leg.* II 54, *februario autem mense, qui tum extremus anni mensis erat, mortuis parentari uoluerunt,* texto restituido por Lambin, adhiriéndose a indicaciones de Turnèbe, a partir de Plutarco, *Quaest. rom.* 34; la indicación de que en v. 156 aparece el nombre *Callisto* (en nominativo), siendo ésta en todo caso la única mención en Ovidio de tal nombre, en cuyo uso muestra la poesía clásica extraordinaria parquedad (en griego sólo en Eurípides, *Hel.* 374, en vocativo, y en latín, aparte de este pasaje de los *Fastos,* sólo en el dativo *Callisto Lycaoniae* del v. 66 de la *Coma Berenices* de Catulo, sin correspondencia en lo conservado de Calímaco, y en Propercio II 28, 23, en nominativo, pero con elisión de la *o* larga); la *a* larga y la *i* breve del vocativo *Lycaoni* del v. 173; el no abandono de la absurda rutina de seguir llamando meses "lunares", en el *decies* del *Luna nouum decies inplerat cornibus orbem* del v. 175, a lo que es un puro cómputo inclusivo de los nueve meses del embarazo, como tengo demostrado hasta la saciedad; la *e* larga, que tampoco se debe a la diéresis, del *Crater* del pentámetro 244, masculino siempre en poesía como se ve también en el v. 251; la *e* breve del nominativo de plural *Arcades* en v. 272; la *a* larga de *qua* en el v. 854, *nec metuit, ne qua uersa recurrat hiems,* un ablativo del mismo tipo que el *si qua fata sinant,* puesto que el sentido no admite ahí el nominativo *ne qua hiems* con *a* breve; y la *e* breve, por extensión esta vez de la desinencia griega, en el nominativo de plural de un patronímico griego, pero sobre nombre no griego, el *Tiberinides* del v. 597. Estas cosas y otras de este tipo son las que echamos de menos en el comentario de Le Bonniec, que no por eso deja de ser espléndido y digno de todo encomio. — A. Ruiz de Elvira.

G. Gamer: *Kaiserliche Bronzestatuen aus den Kastellen und Legionslagern an Rhein- und Donaugrenze des Römischen Imperiums.* Inaugural-Dissertation zur Erlangung des Doktorgrades der philosophischen Fakultät der Ludwig-Maximilians-Universität zu München. Giessen, Gahmig-Druck, 1969. Un vol. de 117 págs.

Esta tesis doctoral, que se publica ahora aunque fue leída hace seis años, se propone llenar un vacío existente en la bibliografía arqueológica, pues no existía hasta ahora ningún trabajo de conjunto sobre los abundantes fragmentos de estatuas de bronce procedentes de los fuertes y campamentos de las legiones romanas en las zonas fronterizas del Imperio romano junto

a los ríos Rhin y Danuvio. Durante el reinado de Domiciano se estableció, como conexión entre la línea del Rhin y la del Danuvio, un limes que iba de Confluentes (Coblenz) a Castra Regina (Ratisbona o Regensburg), cuya definitiva configuración quedó consolidada en el reinado de Antonino Pío y que subsistió hasta su destrucción por las oleadas de alamanos en la primera mitad del siglo III, volviendo a ser frontera la línea del Rhin y el Danuvio hasta la definitiva pérdida para el Imperio, a fines del siglo IV, de las provincias que dicha frontera defendía. Todas estas circunstancias explican en parte el estado calamitoso de la mayoría de las reliquias de dichas estatuas de bronce, siendo con frecuencia imposible determinar no ya sólo la identidad y la fecha aproximada, sino incluso si se trata de estatua masculina o femenina, o de estatua con coraza, con ropa ordinaria o ecuestre. Todo esto es lo que, en la medida de lo posible, se propone aclarar el presente trabajo, que puede considerarse exhaustivo, con una primera parte en que se catalogan los fragmentos por regiones y una segunda en que se estudian los tipos de estatuas, los modelos, la localización y finalidad de la erección y la técnica y talleres de fabricación. La mayoría de las estatuas representaron a miembros de la familia imperial. — A. RUIZ DE ELVIRA.

IIRO KAJANTO: *On the Problem of the Average Duration of Life in the Roman Empire*. Helsinki, Suomalainen Tiedeakatemia, 1968. Un vol. en 4.º de 30 págs.

En la colección de monografías de la academia finlandesa, editadas por el prestigioso Veikko Väänänen, máxima autoridad en latín vulgar desde hace treinta años, ha aparecido este interesante estudio demográfico acerca del problema de la duración media de la vida humana en la Antigüedad, con ámbito cronológico limitado al Imperio por ser de la época imperial la inmensa mayoría de las inscripciones sepulcrales que contienen la indicación de la edad del difunto. El problema, previamente estudiado, a partir de 1886, por Beloch, Macdonell, Armini, Willcox, Burn, García y Bellido (único que el autor del presente libro no menciona), Étienne, Moretti, Norberg y Degrassi, se plantea por la falta de uniformidad que, como era de esperar, presentan a este respecto los muchos miles de inscripciones sepulcrales de la época imperial que constituyen el material de trabajo. Pues ni todas ellas contienen el dato de edad, ni la frecuencia con que lo contienen es igual para las diferentes regiones del Imperio ni para las diferentes etapas de la vida. Así lo primero que salta a la vista es un índice bajísimo de mortalidad infantil que sólo puede explicarse a partir del hecho conocido de que habitualmente en la Antigüedad no se dedicaron epitafios a niños menores de un año. Otro dato muy llamativo es que el índice más alto de duración media de la vida que hasta ahora resultaba era el

de África del Norte, con cuarenta y cinco años, mientras la de Roma capital no pasaba de veintiuno. Ahora bien, ya Beloch señaló que una de las causas de esta desigualdad era que en Roma son mucho más frecuentes las indicaciones de edad para niños que para adultos, mientras que en Cartago dichas indicaciones son usuales para toda clase de difuntos. A partir de todo esto, pues, y teniendo en cuenta otras muchas precisiones que es necesario hacer en el estudio de esta materia, el autor del trabajo llega a la conclusión de que en realidad el índice medio de duración fue aproximadamente el mismo en todo el Imperio, de que el material epigráfico no permite obtener cifras seguras, y de que la mortalidad femenina fue en todo caso mayor que la masculina y afecta sobre todo a la edad de la maternidad. — A. RUIZ DE ELVIRA.

G. DOMINI y GORDON B. FORD, JR.: *Isidore of Seville. History of the Kings of the Goths, Vandals and Suevi.* Leiden, Brill, 1966. Un vol. de 146 págs.

El librito se compone de una introducción; la traducción propiamente dicha; y un pequeño índice de nombres propios y geográficos que remiten a los pasajes en cuestión.

En la introducción, los autores (pues no se sabe exactamente qué parte corresponde a cada cual) tratan brevemente de la vida de Isidoro, de sus obras, etc. Aluden luego a la existencia de las dos versiones conocidas de la obra y enumeran someramente las principales fuentes de Isidoro: la continuación del *Cronicón* de Eusebio por Jerónimo hasta el año 378; las *Historias* de Orosio hasta el año 417; la *Crónica* de Idacio para lo referente a España de los años 379-469; la de Víctor de Tununa para la historia de África de los años 444-566; el *Cronicón* de Próspero para los años 405-453, y el del contemporáneo de Isidoro, Juan de Biclaro, para los años 569-590. Además usó una *Crónica,* perdida en parte, de Máximo, obispo de Zaragoza.

El texto de la presente traducción es el de la edición de Th. Mommsen en los *Monumenta Germaniae Historica, Auctores Antiquissimi,* XI 241-303, Berlín, 1894, que recoge la segunda versión, más larga, de la *Historia de los Godos.*

La cronología de la obra isidoriana, confeccionada según la era hispánica, ha sido adaptada por los traductores al sistema actual.

En cuanto a la versión, los mismos autores recalcan que "is meant to be quite literal".

Se trata en definitiva de una traducción fiel, hecha con gusto, que merece el aplauso de todos los medievalistas y que debería servir de estímulo a la creación de colecciones de divulgación de autores medievales de este tipo. — A. PERIS JUAN.

GORDON B. FORD, JR.: *The Ruodlieb. The First Medieval Epic of Chivalry from Eleventh-Century Germany.* Translated from the latin with an introduction by G. B. F., Leiden, Brill, 1965. Un vol. de 104 págs.

En esta práctica colección de carácter divulgador aparece la traducción del poema medieval del *Ruodlieb.*

El autor en la introducción se plantea una serie de problemas como el nombre del autor, sin llegar a una conclusión final, limitándose a decir "that the author of the *Ruodlieb* was German", a juzgar por las reminiscencias que aparecen en el poema. Recordemos que ya mucho antes Manitius había negado la paternidad de la obra a Froumund de Tegernsee, a quien le había sido atribuida. Discute igualmente la fecha de su composición decidiéndose por la propuesta por el paleógrafo Anton Chroust (1060-1070 d. J. C.), algo posterior a la adoptada por Manitius (1050).

Tras hacer la historia del texto, consigna la existencia de dos manuscritos del poema: el que cree ser el autógrafo y la copia del monasterio de san Florián cerca de Linz, Austria (140 versos).

Por último se pregunta el autor si el poema acaba con el final que tenemos, pues el texto se corta bruscamente antes del final de la última página del manuscrito, después de que la viuda del enano ha suplicado a Ruodlieb que la tenga como rehén hasta que su marido haya hecho lo que ha prometido, siguiendo en el reverso siete epigramas que no tienen conexión con el texto. El autor piensa que probablemente el poeta quiso acabar "intentionally" su obra en este punto, dejando la coronación y matrimonio futuros a la imaginación del lector.

Otro problema que se plantea Gordon Ford es el de la clasificación del poema dentro de determinado género literario. Ya Manitius había señalado tres elementos característicos en el *Ruodlieb*: el elemento novelesco, el histórico y el de la leyenda heroica. Para Gordon Ford, el poema no pertenece a ninguno de los tres tipos en particular, sino que constituye "a special category by itself and it is difficult to decide what this category should be called". El *Ruodlieb* anunciaría una nueva era de caballería cortesana basada en un ideal de humanismo cristiano, y por eso puede ser considerado como la primera epopeya medieval de caballería.

En la última parte pasa revista a las ediciones y traducciones que del *Ruodlieb* se han hecho, así como de los artículos publicados en revistas sobre el poema, que el autor ha consultado y a veces incorporado al texto.

Para la traducción el autor ha seguido el texto que poco más tarde aparecería en su propia obra *The Ruodlieb. Linguistic Introduction, Latin Text and Glossary,* Leiden, Brill, 1966.

La traducción es bastante fiel y está hecha con gusto, y eso que la labor, como el mismo Ford anota, presenta muchas dificultades derivadas de las lagunas y de la incertumbre de alguna de las restauraciones. El

traductor ha incluido resúmenes de acción correspondientes a partes que no han sobrevivido.

En fin, hay que reconocer el mérito de estas divulgaciones asequibles al gran público que deben servir de ejemplo a los estudiosos del latín medieval. — A. PERIS JUAN.

REVISTA DE REVISTAS

Boletín de la Real Academia de la Historia, tomo CLXIV, cuad. I (enero-marzo 1969):

A. C. Vega: *De Patrología española. En torno a la herencia de Juan de Biclaro* (13-74).

Boletín de la Real Academia de la Historia, tomo CLXIV, cuad. II (abril-junio 1969):

A. Ferrari: *Octavio Augusto, según san Isidoro* (159-187).

Emerita, vol. XXXVII, fasc. 1.º (primer semestre 1969):

F. R. Adrados: *El banquete platónico y la teoría del teatro* (1-28). — C. García Gual: *Apuntes sobre la novela griega* (29-53). — J. C. Davies: *Aristotle's Conception of "Function" and its Relations to his Empiricism* (55-62). — E. Gangutia Elícegui: *Sobre el vocabulario económico de Homero y Hesíodo* (63-92). — T. Santander: *Un manuscrito desconocido de Plotino en Salamanca* (93-98). — L. Michelena: *Comparación y reconstrucción* (99-135). — A. d'Ors: *La ley romana, acto de magistrado* (137-148). — V. E. Hernández Vista: *Redundancia y concisión: su naturaleza lingüística. Funcionamiento estilístico en Tácito* (149-158). — J. de Hoz: *En torno al signo lingüístico. Aristóteles y la tragedia griega* (159-180).

Madrider Mitteilungen, núm. 8 (1967):

E. Kukahn: *Zur Frühphase der iberischen Bronzen* (159-171). — D. Fletcher Valls: *Zur Besiedlungsgeschichte und Siedlungsform der Iberer* (172-175). — K. Spindler: *Fragmente einer Formschlüssel für "terra sigillata hispanica" aus Tiermes (Prov. Soria)* (176-184). — G. Alföldy: *Ein sena-*

torischer "cursus honorum" aus Bracara Augusta (CIL II 2423) (185-195). — P. de Palol: *Das Okeanos-Mosaik in der römischen Villa zu Dueñas (Prov. Palencia)* (196-225). — J. Untermann: *Namenkundliche Bemerkungen zu Constantí und Centcelles* (226-229). — H. Schlunk: *Sarkophage aus christlichen Nekropolen in Karthago und Tarragona* (230-258).

Madrider Mitteilungen, núm. 9 (1968):

H. G. Niemeyer y H. Schubart: *Toscanos und Trayamar, Grabungskampagne 1967* (76-105). — J. M. Solá-Solé: *Textos epigráficos de Toscanos* (106-110). — E. Soergel: *Die Tierknochen aus der altpunischen Faktorei von Toscanos* (111-115). — P. Harbison: *"Castros" with "chevaux-de-frise" in Spain and Portugal* (116-147). — E. Cuadrado: *Tumbas principescas de El Cigarralejo* (148-186). — H.-J. Hundt: *Die verkohlten Reste von Geweben, Geflechten, Seilen, Schnüren und Holzgeräten aus Grab 200 von El Cigarralejo* (187-205). — M. Hopf: *Reste von pflanzlichen Funden aus Grab 200 von El Cigarralejo* (206-212). — H. Herdejürgen: *Ein Athenakopf aus Ampurias. Untersuchung zur archaistischen Plastik des I. Jahrhunderts n. Chr.* (213-229). — R. Wiegels: *Zur Familie des Raecius Gallus* (230-236). C. B. Rüger: *Römische Keramik aus dem Kreuzgang der Kathedrale von Tarragona* (237-258). — C. B. Rüger: *Eine Weihinschrift aus Tarraco* (259-262). — T. Hauschild: *Munigua. Die doppelgeschossige Halle und die Ädikula im Forumgebiet* (263-288). — G. Gamer: *Eine bronzene Panzerstatue in Cádiz* (289-299). — F. Matz: *Das Problem der Orans und ein Sarkophag in Córdoba* (300-310). — M. Sotomayor: *Frühchristliche Sarkophage und Sarkophag-Fragmente aus Stadt und Provinz Toledo* (311-328).

Palaestra Latina, vol. XXXIX, fasc. 3 (núm. 207; septiembre 1969):

J. Jiménez Delgado: *De Sebastiano Brant nobili scriptore Argentoratensi (1457-1521)* (97-108). — P. Fuentes Valbuena: *Hymni instaurandi Breviarii Romani* (115-122).

Perficit, vol. II, núms. 28-30 (octubre-diciembre 1969):

B. Marcos Villanueva: *El concepto de "mimesis" en Platón* (1-64).

Studia Papyrologica, tomo VIII, fasc. 2.º (julio-diciembre 1969):

P. J. Sijpesteijn: *A Mummy-Label in the Private Collection of A. M. Hakkert* (85-88). — M. Iglesias: *Sobre la transcripción "Hijo de Dios"*

(Jn 10, 36) en P^{45} (89-96). — H. Quecke: *Ein Fragment eines koptischen Zaubertextes (PPalau Rib. inv. 137)* (97-100). — S. Bartina: *"Teogonía" 862-872, de Hesíodo. Nuevas consideraciones (PPalau Rib. inv. 24)* (101-109). — S. Marrow: *Two Arabic Private Exchanges (PPalau Rib. inv. 35 and 36)* (111-114). — J. O'Callaghan: *Notas paleográficas sobre PPalau Rib. inv. 126* (115-118). — P. Bellet: *El "logion" 50 del Evangelio de Tomás* (119-124). — H. Quecke: *Berichtigung zu PPalau Rib. inv. 138* (125).

OTROS ARTÍCULOS O FOLLETOS DE TEMA CLÁSICO

M. Rabanal Álvarez: *Materiales para el estudio de "celeuma" y "salomeiro", formas gallegas de un helenismo romance* [*Cuad. Est. Gall.*, tomo XXIV, facs. 72-74 (1969), págs. 585-589].

G. Germain: *Contemplación e interpretación del "cuadrado mágico"* [*Ens. Med.*, núms. 202-204 (marzo-mayo 1969), págs. 387-394].

R. Contreras de la Paz: *Quinto Cecilio Metelo Pío, procónsul de la provincia Hispania Ulterior (79-72 a. J. C.)* [*Omeya*, núm. 13 (1969)].

V. J. Herrero Llorente: *Filología y lingüística en la obra de Séneca el filósofo* [*Ens. Med.*, núms. 205-207 (junio-agosto 1969), págs. 1873-1889].

A. Ruiz de Elvira: *Mitología y estética* [*Rev. Id. Est.*, tomo XXVII, núm. 105 (enero-marzo 1969), págs. 19-51].

F. R. Adrados: *Estructura del vocabulario y estructura de la lengua (Estudios de Lingüística general.* Barcelona, Planeta, 1969. Págs. 25-60).

F. R. Adrados: *Gramática estructural y diccionario* (ibid. págs. 61-90).

F. R. Adrados: *Sobre el significado de las unidades lingüísticas* (ibid. páginas 91-100).

F. R. Adrados: *Las unidades significativas y el principio de indeterminación* (ibid. págs. 101-110).

F. R. Adrados: *Ideas para una tipología del griego* (ibid. págs. 111-135).

F. R. Adrados: *Ley fonética, sonantes y laringales* (ibid. págs. 137-169).

F. R. Adrados: *Fonología, "ley fonética" y sonantes indoeuropeas* (ibid. págs. 171-206).

F. R. Adrados: *La toponimia y el problema de las "Ursprachen"* (ibid. págs. 207-219).

R. R. Adrados: *Gramaticalización y desgramaticalización* (ibid. págs. 221-254).

F. R. Adrados: *Método histórico y método estructural en la Lingüística indoeuropea* (ibid. págs. 255-283).

F. R. Adrados: *Reconstrucción del indoeuropeo y gramática estructural* (ibid. págs. 285-325).

J. Alsina: *Cara y cruz de la Grecia antigua (La Vanguardia Española,* 17-VIII-1969).

J. Alsina: *H. Marrou y el conocimiento histórico* (ibid. 11-IX-1969).

M. Dolç: *La hora siempre actual de Grecia (Madrid,* 31-VII-1969).

J. M.ª Pemán: *Endimión (A B C,* 7-VIII-1969).

J. L. Orella: *La penitencia en Prisciliano (340-385)* [*Hisp. Sacra,* tomo XXI (1968), págs. 21-56].

D. Iturgaiz: *Baptisterios paleocristianos de Hispania* [*Anal. Sacra Tarrac.,* vol. XL, fasc. 2.º (julio-diciembre 1967), págs. 209-295].

M. F. Galiano: *Más allá del nihilismo (A B C,* 9-IX-1969).

D. Quiroga Losada, marqués de Santa María del Villar: *El Bierzo, obra de la época romana (A B C,* 25-X-1969).

M. Rabanal Álvarez: *El "juicio de las vocales" (un curioso artículo escrito en el siglo II de J. C.) (A B C,* 28-X-1969).

M. C. Díaz y Díaz: *Liturgia y latín* (Discurso leído en la solemne apertura del curso académico 1969-1970. Universidad. Santiago de Compostela).

A. Blanco Freijeiro: *La restauración del Laoconte y las esculturas de Sperlonga* [*Goya,* núm. 92 (sept.-oct. 1969), págs. 74-82].

F. Díaz Esteban: *Confirmación hebrea de que hay una errónea traducción en la versión castellana del Padrenuestro* [*Cult. Bíbl.,* vol. XXV, número 222 (sep.-oct. 1968), págs. 300-302].

W. Nippert: *No hubo tal guerra de Troya* [*Deutscher Forschungsdienst,* vol. I, núm. 5 (mayo 1969), págs. 11-12].

H. Henning von der Burg: *Donde Afrodita surgió de las aguas* [ibid. número 6 (junio 1969), págs. 11-12].

M. Rabanal Álvarez: *El pobre marido de Electra III (A B C,* 19-XI-1969).

J. O'Callaghan: *"Padre" en los papiros griegos de san Lucas* [*Bol. Asoc. Esp. Orient.,* vol. V (1969), págs. 206-208].

C. Bourgey: *Hippocrate, médecin de Cos, devant la recherche historique (VI Congreso Internacional de Medicina Neohipocrática. Libro de actas,* Madrid, 1969, págs. 43-56).

P. Laín Entralgo: *Hipocratismo, neohipocratismo y transhipocratismo* (ibid. págs. 57-67).

V. Tomáš: *Hippocrates and Preventive Medicine* (ibid. págs. 223-225).

R. Bircher: *Einige Vorschläge zum hippokratischen Eid* (ibid. págs. 527-530).

L. Gil: *La diagnosis onírica en el "Corpus hippocraticum"* (ibid. págs. 543-548).

S. Palafox: *La frase más discutida del "juramento hipocrático"* (ibid. páginas 561-568).

V. García de Diego: *El latín y el griego (A B C,* 27-XI-1969).

T. Alonso: *Bibliografía del P. Ángel Custodio Vega (La Ciudad de Dios. Homenaje al P. Ángel C. Vega, O. S. A.* El Escorial, Real Monasterio, 1968. Págs. 11-34).

A. Hamman: *La messe et sa catéchèse chez les Pères de l'Église* (ibid. págs. 37-48).

U. Domínguez del Val: *El helenismo de los escritores cristianos españoles en los siete primeros siglos* (ibid. págs. 49-65).

A. Orbe: *La atonía del espíritu en los Padres y teólogos del siglo II* (ibid. págs. 66-110).

P. Courcelle: *Le hennissement de concupiscence* (ibid. págs. 111-116).

J. Campos: *El "propositum" monástico en la tradición patrística* (ibid. págs. 117-129).

M. Mees: *Papyrus Bodmer (P^{72}) und die Zitate aus dem Judasbrief bei Clemens von Alexandrien* (ibid. págs. 133-141).

L. Verheijen: *À propos d'une inconséquence de M. Skutella dans son édition des "Confessions" de saint Augustin (VI, 2, 2)* (ibid. págs. 170-173).

G. de Andrés: *"De martyribus Palestinae et collectio antiquorum martyriorum" de Eusebio de Cesarea. Historia del texto griego escurialense* (ibid. págs. 174-182).

G. Folliet: *Les éditions du "Contra Gaudentium" de 1505 à 1576* (ibid. págs. 183-195).

A. Hall: *I Clement as a Document of Transition* (ibid. págs. 264-274).

E. Sanser: *Zum Bild der unselbständigen Kirche in der Theologie des heiligen Augustinus* (ibid. págs. 329-357).

A. Turrado: *Nuestra imagen y semejanza divina. En torno a la evolución de esta doctrina en san Agustín* (ibid. págs. 358-383).

Ch. Boyer: *Augustinisme. À propos d'une récente controverse* (ibid. páginas 384-388).

A. Salas: *Una fórmula "chiástica" en san Agustín* (ibid. págs. 389-397).

L. Cilleruelo: *El concepto de "regula" en san Agustín* (ibid. págs. 398-406).

J. Oroz: *En torno a una metáfora agustiniana: "el puerto de la Filosofía"* (ibid. págs. 407-426).

J. Vives: *Nuevas inscripciones cristianas de la España romana y visigoda* (ibid. págs. 429-444).

J. M.ª Pemán: *Disputas de sabios y vulgo* (*A B C*, 4-XII-1969).

LAS MEMORIAS DE LICENCIATURA DE TEMA CLÁSICO

(cf. pág. XII 462)

CURSO 1967-1968

Granada

800. Navarro Fernández, Francisco: *Léxico de los fragmentos de Eurípides de tradición indirecta.*

801. Sánchez Reguero, M.ª Carmen: *Léxico de la elegía y el yambo arcaicos griegos.*

Curso 1968-1969

Salamanca

802. Fajardo Caldera, Antonia: *La sociedad en Juvenal.*
803. Huertas Grijalba, Ana M.ª: *Estudio gramatical y léxico de dos cartas de Eugenio de Toledo.*
804. Martínez Fernández, Ramón: *Estudio de la palabra* πολιτεία.
805. Matilla Vicente, Eduardo: *Séneca y la esclavitud.*
806. Nuez Domínguez, Jesús: *El Areópago en la historia de Atenas.*
807. Palomo González, M.ª Pilar: *La guerra en Polibio.*
808. Pociña Pérez, Andrés: *Reflexiones políticas en las tragedias de Séneca.*
809. Teja Casuso, Ramón: *Teoría del poder en Tácito.*
810. Baltar Veloso, Ramón: *El mundo persa en Heródoto.*
811. García Fuentes, M.ª Cruz: *La evolución fonética del diptongo "oi" en latín.*
812. González Sevilla, Argelina: *Algunos aspectos de la alta sociedad romana en los siglos II y III d. J. C., según la "Historia Augustea".*
813. Rabanal Alonso, Manuel A.: *Éfeso en las inscripciones (ss. I y II d. J. C.).*
814. Seisdedos Hernández, Antonio: *Aspectos de la sociedad griega en Píndaro.*

Granada

815. García González, José M.ª: *Las comedias de Menandro.*
816. Calero Secall, Inés M.ª: *Tres tragedias de Eurípides ("Medea", "Los Heraclidas", "Las troyanas").*
817. Martínez López, José A.: *Epicuro.*
818. Cotes Ruiz, José: *Léxico de la "Hipsípila" y el "Alejandro" de Eurípides.*
819. Morano Rodríguez, Ciriaca: *Los prodigios en la "Eneida". Estudio de la expresión.*
820. González Vázquez, José: *Estudio estilístico del libro I de la "Eneida": imagen visual y artificios de orquestación.*
821. Hidalgo de la Vega, M.ª José: *Estudio de las clases sociales y los partidos políticos a través de la obra de Salustio.*
822. Pertíñez Díaz, Antonia: *Los personajes en las "Historias" de Tácito. Expresión lingüística de su psicología.*

Madrid

823. Medina González, Alberto: Αὐτάρκεια. *Estudio sobre el concepto de la autosuficiencia en la cultura griega desde los orígenes hasta Aristóteles.*
824. Suárez Gil, Herminio: *El concepto de justicia en la "Ilíada". Estudio diacrónico estructural semántico.*
825. Serrano Aybar, M.ª Concepción: *La teoría de los sueños en Platón.*
826. Gallego Pérez, M.ª Teresa: *Vocabulario referente al canto en Grecia arcaica y clásica.*
827. Segura Ramos, Bartolomé: *La reflexión nominal y verbal en la "Peregrinatio Aetheriae".*
828. González Rollán, Tomás: *Sintaxis de las preposiciones en Plauto.*
829. Díez del Río, Isaías: *Estudio semántico del grupo "intellectus-intellegentia".*
830. Calero Calero, Francisco: *Los catasterimos en los "Fastos" de Ovidio y en la "Aratea" de Germánico.*
831. Villimer Llamazares, Santiago: *Cambio de la construcción adjetiva al genitivo en la expresión de la fecha.*
832. Muñoz Jiménez, M.ª Remedios: *Los cultos religiosos en Arcadia.*
833. Rodríguez Adrados, Jesús V.: *El uso de la "i longa" en los epígrafes del C. I. L. II.*
834. Picón García, Vicente: *Estilo directo, indirecto e indirecto libre en las sátiras de Horacio.*
835. Piernavieja Rozitis, Pablo: *Epitafios deportivos de la Hispania romana.*
836. Alcalá Cortijo, M.ª Pilar: *El concepto de* ἀσέβεια *en Platón.*
837. Bádenas de la Peña, Pedro: *Tipos y temas comunes en la comedia griega.*
838. Bernabé Pajares, Alberto: *Aportaciones al estudio fonológico de las guturales indoeuropeas.*
839. Carbajosa Sánchez, Manuel: *"Ordo" en la denominación de las clases sociales en Cicerón.*
840. Cruchaga García, M.ª Carmen: *Los contactos culturales entre la India y el mundo helenístico.*
841. Fernández-Galiano Ardanaz, Emilio: *Léxico de los himnos de Calímaco.*
842. Fernández Rodríguez, M.ª Jesús: *Estudio estadístico y distribucional de la diátesis en Homero, Tucídides y Polibio.*
843. Gallardo López, M.ª Dolores: *Estudio mitográfico y estético de la "Fedra" de Séneca.*
844. Gimeno Gracia, Babil: *La homonimia en el funcionamiento de la flexión nominal latina.*
845. Jiménez Conde, M.ª Victoria: *La música y la danza en Ovidio.*

846. Pérez Castro, Luis Carlos: *Estudio semántico del vocabulario militar de César en los "Comentarios a la guerra civil".*

847. Piñero Torre, Félix: *Introducción al estudio de los siete primeros libros de la "Historia eclesiástica" de Eusebio de Cesarea.*

848. Vicente Oreja, Antonio: *El latín de las inscripciones de Miróbriga (Salamanca) y comarca.*

sociedad española de estudios clásicos

XIII ASAMBLEA GENERAL DE LA F. I. E. C.

Como en nuestras páginas XII 609-612 anunciábamos, se ha celebrado en Bonn, durante los días 30 y 31 de agosto de 1969, la XIII Asamblea General de la F. I. E. C., que esta vez revestía una especial solemnidad por cumplirse los veintiún años, esto es, la mayoría de edad, por decirlo así, de tan benemérito organismo. Ello dio ocasión a una lucida recepción dentro del programa de los actos del Congreso a que más adelante haremos referencia.

La asistencia fue muy nutrida; casi todas las sociedades componentes de la F. I. E. C. (que eran cincuenta y una al comienzo de la asamblea, pero que pasaron en seguida a convertirse en cincuenta y dos por la admisión unánime del "Irish National Committee for Greek and Latin Studies") enviaron sus delegados en ambiente de gran entusiasmo y espíritu de colaboración. Citaremos como ejemplo, entre las prestigiosas personalidades de los estudios clásicos que formaban parte de la reunión, a los profesores Bendz (Copenhague) o Yorguntsos (Atenas), aparte de otros que han sido ya mencionados en nuestra revista o lo van a ser como ponentes o participantes en el Congreso. Se daba, además, la curiosa circunstancia de que tres de los delegados venían de sociedades que precisamente en este año celebraban su primer centenario, siendo así mucho más gloriosamente ancianas que su joven madre la Federación; tal es el caso de la "Association pour l'Encouragement des Études Grecques", representada esta vez por el profesor Weil (París); de la "American Philological Association", que ha designado al profesor Willis, de la "Duke University", como delegado permanente en todas las reuniones de la Federación y que conmemorará en el próximo mes de diciembre, con una reunión extraordinaria en San Francisco, tan fausto suceso; y también de la "Jednota Klasickych Filo-

logů", asociación de filólogos checos cuyo representante, el profesor Janaček (Brno), fue saludado con una salva de significativos aplausos. Es de notar igualmente la presencia, como delegado de la "Sociedade Brasileira de Romanistas", de su presidente, profesor de Nóbrega, quien convocó a los especialistas en latín y Derecho romano a un coloquio que ha de desarrollarse en Río de Janeiro en julio de 1970.

En el capítulo de la renovación reglamentaria del "Bureau" anotaremos la permanencia en él del vicepresidente primero, profesor von Fritz (Munich), y de la secretaria Srta. Ernst; y también que, debiendo cesar por imperativo reglamentario, cumplida una larga etapa de eficaz labor, los profesores Norberg (Estocolmo), Broughton (Chapel Hill) y Salmon (Hamilton), pasó el que suscribe a la segunda vicepresidencia y fue unánimemente elegido para la presidencia del "Bureau" el profesor Marcel Durry (París), tesorero hasta ahora y uno de los que con mayor celo, asiduidad y éxito han colaborado durante largos años en las tareas de la Federación. Actuará como tesorero en adelante el profesor Bingen (Bruselas) y entran a formar parte como miembros adjuntos del "Bureau" los profesores Lloyd-Jones (Oxford) y Pippidi (Bucarest). En fin, deseosa la F. I. E. C. de no verse privada de los preciosos servicios del profesor Salmon, que ha venido ocupándose largamente de las relaciones con el C. I. P. S. H. ("Conseil International de la Philosophie et des Sciences Humaines"), se acordó que actúe en el futuro como representante permanente de la Federación cerca de aquel organismo. Precisamente dicho profesor tuvo ocasión de informar sobre la asamblea bienal del C. I. P. S. H. celebrada en Bucarest en 1967 y sobre las perspectivas que presentaba la que en Palermo iba a tener lugar a continuación del Congreso de Bonn.

A pesar de los esfuerzos del secretario general del C. I. P. S. H., sir Ronald Syme, gran especialista del mundo clásico, y del secretario adjunto Sr. d'Ormesson, existen ciertas dificultades, especialmente de tipo económico y relacionadas con la importancia cada vez mayor, quizá excesiva, que van tomando en todos los organismos de la O. N. U. las cuestiones relacionadas con la extirpación del analfabetismo y la implantación de nuevas técnicas; excesiva, nos atrevemos a decir, porque no conviene en modo alguno negar a las ciencias del espíritu el modesto rincón en que se resignan a instalarse como promotoras de bellas iniciativas culturales y com-

ponentes de una especie mal definible de vivificadora levadura gracias a la cual podrá llegar a buen fin este mundo mejor en cuya creación estamos todos empeñados.

Realmente las peticiones de la F. I. E. C. al C. I. P. S. H. en cuanto a subvenciones para proyectos concretos no pueden ser más modestas, y ello a pesar de las objeciones promovidas en esta y otras asambleas por varios delegados. Con miras a los años 1971-1972, nos imaginamos que la asamblea de Palermo habrá ya aprobado los 8.650 dólares correspondientes a cada uno de ellos, cuyo reparto conocen ya nuestros lectores y de los que 800 serían entregados a fines de 1971 y otros 800 a fines de 1972 para el *Complemento a los catálogos de manuscritos latinos existentes en Bibliotecas españolas* que va a ser publicado bajo la dirección de nuestro compatriota D. Lisardo Rubio. En cuanto a las cantidades previstas para 1973-1974, año este último en que corresponde la celebración del VI Congreso, se acordó muy sensatamente que, en vista de la constante tendencia a la inflación que en todas las monedas se advierte, quizá resulte prematura la fijación de cifras definitivas. Llegado el momento informaremos de lo acordado a este respecto por el "Bureau".

La asamblea recibió información de varias actividades concretas. En cuanto al proyectado coloquio de Burdeos de que en su tiempo hablábamos, el profesor Étienne, que acaba de fundar en dicha ciudad un "Institut de Démographie Antique", trabaja activamente para que estas conversaciones se celebren, como está previsto, en septiembre de 1970, inmediatamente después del Congreso de Estudios Históricos que ha de celebrarse en Moscú. Entre los participantes del mismo, además de aquellos a que ya hicimos referencia, se cuenta con los profesores Kotula, Straub y la señora Ruggini.

L'Année Philologique continúa con la acostumbrada puntualidad. Hace poco acaba de ver la luz el tomo correspondiente al año 1967 con la colaboración inestimable de la rama americana en que tanto trabaja el profesor Broughton con sus colaboradores. Se ha hecho necesario, por desgracia, reducir un poco el campo de materias a que primitivamente se daba acogida en la que ya va siendo quizá demasiado voluminosa bibliografía. Así los capítulos del Antiguo y Nuevo Testamento, tan exhaustivamente recogidos en las listas de la revista *Biblica,* y los libros y artículos dedicados a temas humanísticos o pedagógicos no podrán ya ser objeto de recopilación sistemática. Noticia grata es para los españoles que el profesor Rodríguez Adrados ha sido designado miembro del Comité de la "Société Internationale de Bibliographie Classique", que, afiliada a la F. I. E. C., se ocupa directamente de los problemas generales de esta magna obra de que sigue siendo alma la secretaria de la Federación, Mlle. Juliette Ernst.

El profesor Durry, representante de la F. I. E. C. en el patronato de la "Fondation Hardt", explicó una vez más la situación de esta empresa que, vencidas ciertas dificultades de orden administrativo y económico, se dispone a continuar con sus ambiciosos planes. Aparte de las ya conocidas posibilidades de generosa acogida dada en la residencia y biblioteca a los investigadores, siguen publicándose los resultados de los coloquios (últimamente ha visto la luz el correspondiente al epigrama) y desarrollándose cada verano conversaciones sobre temas en general muy candentes: en esta última ocasión nada menos que Menandro, del que luego tendremos que volver a hablar, ha sido la figura literaria a la que el coloquio internacional se ha consagrado.

El profesor Forni, de Roma, ofreció a la asamblea, como primicias, un ejemplar del recientemente publicado catálogo de ediciones de clásicos existentes en las bibliotecas de los Institutos internacionales establecidos en Roma. Es éste un precedente estimulante que quizá debería impulsar a la Sociedad Española de Estudios Clásicos a reconsiderar su plan, de momento interrumpido, sobre recogida de materiales bibliográficos dispersos entre nosotros, no sólo en Madrid, sino también a lo largo y a lo ancho de España.

Y, como no todo pueden ser éxitos, anotaremos finalmente que ha quedado completamente abandonado, y es lástima grande, el plan de ayuda a los arqueólogos del norte de África en que tanta ilusión pusieron antaño el "Bureau" y la Federación misma.

La XIV Asamblea General, gracias a la generosa propuesta de la Sociedad Turca de Estudios Clásicos a que prestó voz su presidente y delegado profesor Sinanoğlu, desarrollará sus actividades en Izmir (Esmirna) durante la primera semana de septiembre de 1972. Por lo que toca al VI Congreso Internacional de Estudios Clásicos, cuya celebración se prevé en principio para la primera semana de septiembre de 1974, podemos comunicar con satisfacción a nuestros socios que se ha hecho realidad la posibilidad que en el lugar citado apuntábamos.

Al entrar la asamblea en la discusión del correspondiente punto del orden del día, se dio lectura a la propuesta oficial de la Sociedad Española de Estudios Clásicos para que dicha reunión se celebre en Madrid; y a continuación el autor de estas líneas pronunció las siguientes palabras cuyo texto traducido reproducimos:

"Hace ya algunos años que nuestra Sociedad Española de Estudios Clásicos piensa en la posibilidad de organizar un Congreso Internacional; pero no hemos querido realizar ninguna gestión definitiva mientras no pudiéramos garantizar que no habría demasiada diferencia con respecto a los magníficos logros que han sido los últimos Congresos. La situación de los estudios clásicos en España es ahora relativamente próspera después de un largo período de casi total inactividad, y especialmente resulta muy grande el entusiasmo de nuestros jóvenes profesores e investigadores, como hemos podido comprobar en los tres Congresos nacionales, en los coloquios de Madrid y Barcelona y en nuestras publicaciones, el producto de las cuales es precisamente lo que nos permite pensar en una organización tan complicada como la que comporta un Congreso de este género. Estoy seguro de que la presencia de tantas personalidades de los estudios clásicos en Madrid no podrá menos de animar a nuestros colegas; y quizá si, lo que no es imposible, en el curso de los próximos años las Humanidades volvieran a verse una vez más amenazadas en España, con ocasión, por ejemplo, de las reformas del plan de estudios que se anuncian, esta distinción obtenida por nuestro país se convertiría en un argumento precioso para nosotros. Puesto que no hemos tenido todavía la oportunidad ni el honor de acoger a una asamblea internacional de humanistas, yo quedaría muy conmovido si aceptarais la propuesta de nuestra Sociedad y creo poder aseguraros que, en los límites de la modestia con la que trabajamos, intentaremos por todos los medios estar a la altura de nuestra tarea".

Aprobada por unanimidad, en medio de grandes aplausos, la propuesta, el delegado de la Sociedad, D. Antonio Ruiz de Elvira, pronunció las siguientes palabras:

"La Sociedad Española de Estudios Clásicos, compuesta en su mayoría por profesores y estudiantes de las lenguas y literaturas antiguas, ha sido, desde hace bastantes años, uno de los más antiguos y entusiastas miembros de la F. I. E. C. Varios de entre vosotros asistieron a la asamblea general que tuvo lugar en Madrid en fecha no demasiado lejana y pudieron allí ser testigos del afecto y el interés con que esta reunión fue acogida por los humanistas

españoles. Ahora nuestra Sociedad debe agradecer muy sinceramente a esta asamblea la aceptación de nuestra propuesta y el honor que se nos ha conferido al encargarnos de la organización del VI Congreso, que, en principio, se desarrollará en Madrid durante la primera semana de septiembre de 1974. Esta atención nos halaga extraordinariamente: intentaremos imitar los magníficos precedentes de los demás países y concretamente el espléndido ejemplo que en esta ocasión nos está dando Alemania. A su debido tiempo tendréis noticias de la actividad de los Comités internacional y nacional que van a constituirse en seguida y en el último de los cuales esperamos contar con la colaboración fraternal de las otras sociedades humanísticas hispánicas, cuyos delegados nos acompañan hoy. Esperamos, pues, ver en Madrid a la mayor parte de vosotros y una vez más os damos las gracias con la seguridad de la mayor devoción por parte de nuestra Sociedad Española de Estudios Clásicos".

Durante los meses próximos, en efecto, los Comités internacional y nacional comenzarán a funcionar. En este último aspecto, tuvimos la satisfacción de que el profesor Aramon i Serra, delegado de la "Societat Catalana d'Estudis Històrics" y del "Institut d'Estudis Catalans", se sumara de manera decidida y positiva a nuestra propuesta. Es, pues, ya un hecho la celebración en Madrid del próximo Congreso. No habrá tampoco dificultades, como es lógico, en cuanto a la utilización en él de la lengua castellana por parte de ponentes y congresistas.

Tenemos, por lo tanto, ante nosotros una gran labor en la que todos debemos participar con unidad y desprendimiento en pro de los estudios clásicos que tanto amamos los redactores y lectores de esta revista.

V CONGRESO INTERNACIONAL DE ESTUDIOS CLÁSICOS

(Bonn, 1-6 de septiembre de 1969)

También en esta información, como en la anterior, podemos limitarnos a dar noticias parciales, ya que nuestros lectores cono-

cen lo más esencial del programa. Terminada hace tiempo la actuación del Comité Internacional, que en esta ocasión había estado compuesto por la secretaria de la Federación, Srta. Ernst, y por los profesores den Boer, Grimal y Turner, las tareas de organización pasaron al Comité nacional alemán. Difícil sería describir en breves líneas los méritos contraídos en tan ardua empresa por el profesor Wolfgang Schmid, de Bonn, que ha sido no sólo el presidente de dicho Comité, sino el alma misma del Congreso y el principal factor del gran éxito que ha constituido. Le auxiliaron eficazmente en su tarea, como componentes del mismo Comité, los profesores Himmelmann-Wildschütz (Bonn), Snell (Hamburgo) y Vittinghoff (Colonia); y las más modestas, pero no menos importantes labores de organización concreta fueron espléndidamente llevadas a cabo por Christian Gnilka y Elisabeth Schneider. Gracias a todos ellos pudimos disfrutar de unos deliciosos días llenos de grata y fructífera actividad intelectual.

Además, los organizadores no descuidaron el piadoso deber de conmemoración de nuestros predecesores en el mundo filológico; de la misma manera que en el Congreso de Copenhague se había honrado a Madvig y a Housman en el de Londres, aquí la excelsa pareja de filólogos compuesta por Usener y Bücheler fue objeto de un conmovido y perfecto homenaje plasmado en el libro *Wesen und Rang der Philologie* (Stuttgart, 1969), editado por W. Schmid; y también se tuvo especial interés en dedicar otra publicación especial del Congreso (*Johann Joachim Winckelmann 1768 / 1968,* Bad Godesberg, 1968) a la que debe ser figura augusta para todo especialista de las ciencias de la Antigüedad. Asimismo la editorial "Artemis" causó las delicias de los congresistas al distribuir entre ellos una reimpresión (*Herodot im Zoo,* Zurich, 1968) del delicioso "pastiche" de J. D. Beazley.

También cabe destacar, como acto muy especial y muy trascendente del Congreso, la conferencia previa, llena de contenido y de profundo significado humanístico, dada por el profesor Hans Jonas y titulada *Wandel und Bestand. Vom Grunde der Verstehbarkeit des Geschichtlichen.*

Según nuestra costumbre, seremos muy parcos al enumerar los actos sociales o recreativos que suelen acompañar a las reuniones de este tipo. No podríamos, sin embargo, omitir, como pruebas preciosas del cuidado y el cariño que se pusieron en la organización del Congreso, la recepción que al mismo concedió el presidente del "Bund", Dr. Gustav Heinemann; el agasajo ofrecido por el ministro-presidente del "Land Nordrhein - West-

falen"; el acto hermosísimo celebrado en "Inter Nationes", donde pudimos oir una bella conferencia del profesor Himmelmann-Wildschütz sobre la colección arqueológica de Bonn y donde fuimos obsequiados con un estupendo catálogo de la misma; la inolvidable representación de la *Alkestis* de Gluck, dada exclusivamente para el Congreso, etc. No quisiéramos silenciar tampoco la forma muy intensa e inteligente en que la reunión ha sido atendida por toda clase de medios informativos, especialmente por la prensa y televisión.

Puede ser curiosa una estadística del número de asistentes que se inscribieron, de los cuales no todos estaban allí. Faltaron bastantes; e incluso se dejó notar la ausencia de países enteros o de personalidades muy destacadas de otras naciones sometidas a controversia política internacional. Es lástima que no consigamos depurarnos de todas las deformaciones externas que aún perturban el normal desarrollo de nuestra ciencia. En fin, el caso es que tuvimos la paciencia de contar los inscritos en la lista oficial, de los que, como puede suponerse, el mayor número con mucho era el de los congresistas alemanes (295); seguían los Estados Unidos con 98, dato extraordinario si se tiene en cuenta el problema de la distancia; y bastante más atrás, el Reino Unido (52), Italia (47), Holanda (42), Francia (37), Rumanía (28; otra cifra interesante tratándose de un pequeño país tan aislado hasta hace poco), Suiza (25), Canadá (18), Bélgica (17) y, luego ya, España con 16. Tras nosotros vienen los checoslovacos (15), suecos (14), daneses (12) y griegos (10). Cierran la marcha muchos países con menor número de participantes: Austria, Finlandia, Hungría, Israel, Japón, la U. R. S. S., Irlanda, Polonia, Turquía, África del Sur, Bulgaria, Yugoslavia, Noruega, Méjico, Chipre, Australia, Brasil, el Líbano, Luxemburgo y Venezuela.

Como suele ocurrir en tales casos, los encuentros o reencuentros de los congresistas resultaron fructíferos en todos los sentidos. Citaremos, un poco al azar, algunos nombres de los que no iban ya incluidos en nuestra primitiva lista de participantes. Profesores ingleses como Arnott (Leeds); franceses como el tan hispanófilo y querido Carrière (Toulouse) o Schwartz (Estrasburgo); italianos, tan afines como siempre a nosotros, entre los que merecen mención especial Corbato (Trieste), del Corno (Milán), Manni (Palermo), la Srta. Stella (Trieste); muchos alemanes, de entre quienes los más conocidos, al menos para nosotros, eran Merkelbach (Colonia), Mette (Hamburgo), Sicherl (Münster), Treu (Munich) o Ziegler (Göttingen); muchos americanos, como ya se ha dicho, de entre los que recordamos muy bien a Solmsen, que enseña actualmente en Wisconsin; y también un conocido helenista a quien no habíamos tenido el placer de tratar hasta ahora, el profesor Rosén, de la universidad de Jerusalén. Venezuela estaba representada por el profesor Thiele, que tuvo la gentileza de pronunciar

atinadas palabras como comentario a nuestra ponencia. Del mundo hispánico mencionemos a los mejicanos Navarro y Srtas. Pastrana y Tapia; y el número de españoles, si bien pudo haber sido mayor, no nos defraudó completamente: aparte de los ya citados Ruiz de Elvira y Aramon, encontramos allí a catedráticos de Universidad (Dres. Fontán y Blázquez); catedráticos de Instituto (D. Julio Calonge, D.ª Eulalia Rodón, D.ª Mercedes González-Haba de Kröner); religiosos (los PP. Barcenilla, Bartina, López Caballero, Sola); licenciados en Filología Clásica como las Srtas. Espinosa y Salas; y también a la Dra. D.ª Mercedes Vegas, que lleva mucho tiempo dedicada en Bonn a estudios arqueológicos y que tomó parte en la asamblea como delegada de los *Rei Cretariae Romanae Fautores.*

Este equipo realmente numeroso debió haberse visto acrecentado con la presencia de D. Antonio Tovar, profesor hoy en Tübingen, el título de cuya anunciada comunicación puede verse en nuestra nota anterior; pero por desgracia, y como consecuencia de un accidente de automóvil sufrido este verano, el Dr. Tovar no pudo comparecer personalmente y su trabajo hubo de ser leído ante una concurrencia que mostró deseos de su pronto restablecimiento.

La lista de los relatores y ponentes se hallará en la tantas veces mencionada información. Las modificaciones sufridas fueron mínimas. Faltaron, como hemos dicho, algunos de ellos, y, probablemente por razones de otra índole, también el profesor italiano Pallottino y el P. Busa, especialista en utilización filológica de medios electrónicos que nos dejó con las ganas de escuchar la única ponencia que iba a ser desarrollada en lengua latina. En cambio, se pudieron oir tres aportaciones no previstas: una del profesor Krandžalov sobre los relieves del caballero tracio y la tradición moderna de la historia protobúlgara; otra de Greifenhagen sobre interpretación de un vaso en relación con *Los Heraclidas* de Eurípides; y una tercera de Skutsch, que nos habló de la suplementación de los fragmentos de Ennio. También en este aspecto nos hemos divertido estableciendo una elemental estadística de ponencias previstas. Los alemanes, organizadores del Congreso, no han abusado, ciertamente, al reservarse solamente diecisiete. Las demás, hasta un total de 87, corrían a cargo de once norteamericanos, once franceses, diez ingleses, ocho italianos, cinco belgas; tres rusos, rumanos, holandeses y checoslovacos; dos griegos, austríacos, finlandeses y españoles; y un sueco, polaco, chipriota, suizo, australiano y húngaro. En cambio, el balance se inclina decididamente en favor de la lengua alemana por lo que toca al idioma en que las comunicaciones fueron leídas: corresponden a ella nada menos que 43, frente a 19 leídas en francés, 15 en inglés y 10 en italiano.

Difícil sería, realmente, distinguir unas comunicaciones de otras en cuanto a calidad, pues casi todas tuvieron gran altura. Lo que únicamente ocurre

es que en estos Congresos de contenido muy amplio, sobre todo si, como éste, comprenden secciones simultáneas, cada uno tiende instintivamente a preferir lo que más le interesa. Así nosotros asistimos con particular gusto y provecho a ponencias como las del veterano profesor Chantraine (bonita visión panorámica de las relaciones entre la interpretación filológica y la lingüística, con conocidos casos típicos del género de los homéricos νήδυμος, ὀκρυόεις; epítetos como ἑκάεργος, γερήνιος, ἐριούνης; uso de ἵπποι significando "carro"; particularidades que pueden dar luz en las cuestiones de la composición de la *Ilíada* y la *Odisea*, remontándose luego a ejemplos de arcaísmos en Píndaro e incluso a pasajes tan instructivos como alguno de Aristófanes), Thesleff (coloquialismos en *Las leyes* y otras obras tardías de Platón), Bühler (expresiones ilógicas en Esquilo y Tucídides), Marcovich (curiosísimos casos de superstición popular en los textos), Strunk (lingüística descriptiva y lingüística histórica aplicadas a la interpretación textual, con atención preferente a Homero, los líricos y Heródoto) y Bloch (la recogida de fragmentos de historiadores griegos con la que se está completando la magna obra de Jacoby). A los lectores españoles les interesará saber que el profesor Niemeyer trató el tema importantísimo de la colonización fenicia de España a la luz de excavaciones recientes como las de Almuñécar.

Una de las secciones en que más llamativos resultados suelen producirse es la papirológica. En este aspecto pudimos aprender cosas que, aunque sea con un tópico, podemos calificar de sensacionales. Handley (Londres) eligió a Menandro como autor paradigmático para su doctrina de la restauración y la interpretación. Henrichs nos ofreció las primicias de un apasionante papiro de la colección de Colonia que comprende partes importantes del primer libro de la novela, hasta hoy desconocida, de un tal Loliano, obra cuyo título es Φοινικικά (recuérdense casos similares como las Ἐφεσιακά de Jenofonte, las Λεσβιακά de Longo, las Βαβυλωνιακά de Yámblico y las Αἰθιοπικά de Heliodoro, sin olvidar las más conocidas Μιλησιακά de Aristides); el nuevo texto, cuyo término *ante quem* nos está dado por la fecha del papiro (siglos II-III a. J. C.), está destinado sin duda a hacer correr mucha tinta, sobre todo porque contiene elementos histórico-religiosos de un interés extraordinario en relación con los cultos orientales y su difusión por el mundo romano.

En el campo concreto de los papiros de Herculano, ya Snell, en el Congreso papirológico de Milán, había apuntado la interesantísima posibilidad de que lleguen algún día a descubrirse más papiros; en efecto, la *uilla* de los Pisones no está todavía excavada en su totalidad y existen ciertas perspectivas de que pueda tal vez iniciarse la terminación de la obra. Pero incluso los papiros conservados desde hace tiempo en Nápoles están siendo sometidos, gracias a los cuidados de Fackelmann, a una restau-

ración que, si hasta ahora no ha producido grandes resultados, promete llegar a ofrecerlos en un futuro más o menos próximo. Además se nos comunicó la existencia de un recién fundado "Centro Internazionale per lo Studio dei Papiri Ercolanesi" que preside de Falco, del cual es secretario Marcello Gigante y de cuyo Comité forman parte, dentro de la órbita del "Istituto di Papirologia" de la Universidad napolitana, filólogos de la talla de Snell, Schmid, Merkelbach, Sbordone y otros italianos. Gigante mismo, infatigable estudioso de estos temas, acaba de publicar (Nápoles, 1969) unas importantes *Ricerche filodemee* y ahora ha dedicado al Congreso unas *Note epigrafiche e filologiche* (Nápoles, 1969) donde estudia, entre otras cosas, el rótulo del retrato menandreo de Pompeya donde aparece el título de la comedia *Las gemelas* (Δίδυμαι, no Δίδυμοι). Todo esto es preludio sin duda de nuevos avances en el campo de la Papirología herculanesa.

Huelga decir que otro de los temas predilectos del Congreso han sido las nuevas comedias de Menandro. Como es sabido, este verano, por fin, ha aparecido la edición crítica (a cargo de Kasser y publicada en Ginebra, 1969) de *La samia* y *El escudo,* obras ambas copiadas en el mismo códice del famoso *Díscolo.* Inmediatamente después hemos podido también apreciar la fina labor crítica de la edición de dichas comedias que Colin Austin acaba de publicar en Berlín, 1969. Todo ello no es más que el principio de lo que sin duda será larga bibliografía en torno a piezas ciertamente difíciles y en que las sorpresas han abundado y van a abundar más aún; por ejemplo, sabemos ahora que la comedia Κηδεία, *El matrimonio,* a la que están atribuidos los fragmentos 248 y 249 Körte, no es otra cosa sino *La samia* con otro título.

Quisiéramos aquí tener tiempo para extendernos sobre problemas de orden personal a que la dificultosa y lenta gestación de estos papiros adquiridos por el bibliófilo Bodmer ha dado lugar, pero ni vale la pena ni el tema es agradable. Sí lo es, en cambio, contar cómo Lloyd Jones nos obsequió con una interpretación y explicación sencillamente magistrales del argumento de *La samia.* El Congreso emitió también un voto en el sentido de que se llegue cuanto antes a la creación de un archivo internacional de fotografías de papiros publicados e inéditos. Esto ya había sido objeto de anteriores propuestas en otras reuniones internacionales.

No podía faltar, en un Congreso celebrado en 1969, la sección dedicada al aprovechamiento del material electrónico, sobre todo por lo que toca a la lexicografía y estilística; aquí Delatte con su grupo fueron, incluso con la organización de un viaje final de algunos congresistas a Lieja, los incansables promotores de este género tan prometedor de investigaciones en que la técnica y el Humanismo se aúnan de modo perfecto.

Citemos, por fin, unas últimas noticias de las muchas que en el Congreso hemos podido conocer. El profesor rumano Barbu, que nos hizo también la atención de dedicar un comentario a nuestra comunicación, leyó en bello latín una proclama en la que se invita al VII Congreso del Latín Vivo, que se celebrará en Bucarest en septiembre de 1970. Algunos de los congresistas nos manifestaron que venían de la citada reunión celebrada en torno a Menandro o bien de otro coloquio sobre Heráclito que acababa de desarrollar sus actividades en Kronenburg entre el 25 y el 30 de agosto. En él habían participado especialistas como Diller, Hermann Fränkel, Herter, Hölscher, Kerferd, Snell, Solmsen y con ellos nuestro amigo Markovich, profesor hoy día de la universidad de Urbana, que tuvo la gentileza de darnos un ejemplar de su ponencia.

En fin, una reunión llena por todas partes de interés y satisfacciones, especialmente para la pequeña representación española. Esperemos que dentro de cinco años pueda decirse otro tanto en relación con el proyectado Congreso de Madrid.

X ASAMBLEA GENERAL DEL C. I. P. S. H.

A última hora nos llegan noticias de la celebración de esta reunión en Palermo durante los días 8 a 11 de septiembre de 1969. Simultáneamente con las deliberaciones se desarrolló un coloquio sobre las vías marítimas a través de la historia del Mediterráneo. La F. I. E. C. estuvo representada por su delegado permanente, profesor Salmon, y por su secretaria, Mlle. Ernst. Lo que más nos afecta es el reparto final de subvenciones a las Federaciones asociadas para los años 1971-1972, del que resulta un ligero incremento, pues la suma asciende a 9.550 dólares, con aumento de 700 para *L'Année Philologique,* que pasa a 5.000, y 200 para el *Thesaurus Linguae Latinae,* que recibirá 2.000. Desde luego fueron aprobados los 800 dólares consagrados cada uno de dichos años al proyecto Rubio.

Fue reelegido como secretario general del Organismo nuestro colega en Humanidades profesor sir Ronald Syme. La próxima Asamblea desarrollará sus actividades en 1971, en lugar no fijado aún.

M. F. G.

SUPLEMENTOS DE «ESTUDIOS CLÁSICOS»
SEGUNDA SERIE DE TRADUCCIONES NÚMERO 8

APOLONIO DE RODAS

EL VIAJE DE LOS ARGONAUTAS

LIBRO III

INTRODUCCIÓN, TRADUCCIÓN Y NOTAS
DE
CARLOS GARCÍA GUAL
CATEDRÁTICO DEL INSTITUTO «BEATRIZ GALINDO» DE MADRID

MADRID
1969

No conozco ninguna traducción castellana de las *Argonautica.* Las versiones de esta obra en otras lenguas europeas son, en su mayoría, recientes. En francés contamos con la más antigua, la de H. de la Ville de Mirmont (1892), con comentario, y luego la de J. Trabucco (1933). En inglés están las de R. C. Seaton (col. Loeb, 1912), E. V. Rieu (Penguin Classics, 1959) y E. Coleridge (Nueva York, 1960); en alemán, la de Th. v. Scheffer (Leipzig, 1940); y en italiano, las de los libros I y III de A. Ardizzoni (Roma, 1967 y Bari, 1958). El texto de Apolonio es bastante difícil, y para su completa intelección requiere con frecuencia comentarios y notas críticas. Hoy, sin embargo, tenemos ya la edición fundamental gracias a los cuidados de H. Fraenkel (Oxford, 1961). Con anterioridad teníamos las ediciones de R. C. Seaton (1900) y G. W. Mooney (Dublin, 1912, con abundantes notas, reimpresa en Amsterdam, 1964); y para el canto III, las de M. M. Gillies (Cambridge, 1928), A. Ardizzoni (o. c.) y E. Vian (París, 1961), con anotaciones muy interesantes. H. Fraenkel ha completado sus estudios sobre el texto de Apolonio con la publicación de *Einleitung zur kritischen Ausgabe der Argonautika des Apollonios* (Gotinga, 1964) y de *Noten zu den Argonautika des Apollonios* (Munich, 1968), obra muy amplia. En ella, o en la de A. Hurst (*Apollonios de Rhodes, manière et cohérence. Contribution à l'étude de l'esthétique alexandrine,* Roma, 1967), puede verse bibliografía bastante completa y reciente sobre este autor.

Al presentar aquí una traducción del canto III no suponemos que los otros tres le sean secundarios. El poema forma un todo

con una estructura literaria que la presentación parcial desfigura un tanto. Sin embargo, cedemos a una cierta práctica tradicional, que tiene sus ventajas: el interés más concentrado que ofrece la variada acción en este canto central, muy superior en valor dramático y que contiene menos digresiones que los otros.

La composición poética en Apolonio ha sido objeto de recientes estudios, como el de A. Hurst; pero, además, para este canto contábamos con los de M. M. Gillies y E. Vian. El de este último, así como sus notas, nos ha sido útil para la presente traducción: de él procede la división en escenas, que adopto.

Dos observaciones sólo sobre la presente traducción. He procurado que ésta fuese muy literal, por lo que a veces parece un poco recargada, sobre todo si se la compara con la agilidad de alguna otra, como la de Rieu; creo, sin embargo, que esa sensación la recibiría el lector griego ante la obra de Apolonio.

Al mismo tiempo he prescindido casi de las notas, que en este pequeño intento no podrían emular la amplitud que tienen en las ediciones antes citadas, a las que para este aspecto remito.

* * *

La saga de los Argonautas estaba aureolada del prestigio de muchas genealogías heroicas y de los atractivos y sugestiones de cien avatares marinos. De nuevo las olas odiseicas batiendo las naves de los héroes y las islas de perdidos paraísos; de nuevo los monstruos y las magas sabias y enamoradizas; de nuevo una intrépida geografía que surcar mirando de lejos y topando con lo inesperado; y, por encima de los toros de aliento de llama y de los orgullosos reyes tentadores, de nuevo el alegre botín y el regreso al hogar [1].

---

[1] Como apunta R. GRAVES *The Greek Myths* II, Londres, 1955, 221, parece notarse en la leyenda de los Argonautas la combinación de dos temas. En primer lugar, una expedición, más o menos histórica, de unos aventureros griegos, de los llamados Minias eólicos, a las tierras nórdicas del oro y del ámbar (N. del mar Negro y del Adriático); expedición en la que participan muchos héroes, ya que gran cantidad de ciudades y nobles familias se interesan por incluir en la lista un campeón de su estirpe. En segundo lugar tenemos una serie de pruebas de carácter mítico —domar toros, arar el campo, matar a los belicosos rivales, reconquistar el símbolo sagrado que

Que los ingenuos rapsodos errantes hicieron resonar, por las plazas de Jonia, la Eólide o el Ática, en solemnes hexámetros, las fabulosas hazañas de los viajeros de la nave Argo, parece indudable. Sin embargo, los antiguos cantares del tiempo de la época sobre la ποντοπόρος νηῦς / Ἀργὼ πασιμέλουσα (μ 69-70) se perdieron; y la leyenda nos llega en los versos de un poeta helenístico [2].

Un hombre curioso éste, Apolonio de Rodas, que iba para erudito y a quien, en contra de la minuciosa poética de moda, le dio la vena de componer un gran poema épico. Murió sin darnos sus razones poéticas, y luego no ha podido defenderse de las hipótesis con que los críticos alejandrinos y los modernos iban a explicarlo. Μοισᾶν ὄρνιχες, ὅσοι ποτὶ Χῖον ἀοιδόν / ἀντία κοκκύζοντες ἐτώσια μοχθίζοντι, llamó Teócrito (VII 47-48) a ciertos poetas épicos de su época, y un chismorreo de escoliastas poco dignos de crédito nos habla de las discusiones de Calímaco contra el amplio intento de Apolonio. Quizá, me gusta creerlo así, una sed personal de aventura, un gusto por narrar otra vez las viejas historias, a pesar de todos los críticos literarios en favor del preciosismo en boga, le hizo incurrir en esta tentación juvenil que fue luego la obra de su vida. Le gustaban la arqueología, la cadencia del hexámetro, los epítetos, la fabulosa geografía; y, sobre todo, Homero era su poeta. Pero era, al mismo tiempo, un artista de su época; componía en breves episodios y tenía debilidad por las escenas sentimentales. Era un temperamento romántico que se complacía en la pintura psicológica. En sus escenas mitológicas, como la visita de Hera y Atenea a Afrodita, pintura

---

es el vellocino— que son las pruebas iniciatorias, los ἄεθλα que el joven candidato a la corona del viejo rey debe superar. Este tema se ha cruzado con otro: la pretensión de la mano de la princesa, por la que hay que competir también. Jasón frente a Ayetes juega el mismo papel que Pélope frente a Enómao; pero en su caso, la historia no concluye con la consabida victoria. K. KERÉNYI *Die Mythologie der Griechen* II, Munich, 1956², 200 cree que se trata de un viaje "más allá del mundo de los mortales".

[2] No sabemos hasta qué punto la versión de Apolonio se ajusta a la saga, que no parece muy fijada en sus detalles, a juzgar por la *IV Pítica* de Píndaro (462 a. J. C.), sobre la cual puede verse el amplio tratamiento que le dedica L. RADERMACHER en *Mythos und Sage bei den Griechen*, Viena, 1938, 157-237.

costumbrista de una redomada burguesía que recuerda a Teócrito y Herodas, o el juego de tabas entre Eros y Ganimedes, dos pilluelos angelicales sacados de un cuadro helenístico, se nos muestra más cerca del idilio y del mimo que de la épica. A través de las viejas palabras de una jerga épica ya borrosa, que resulta, con sus muchos ecos cultos, afectada y pedante, pinta un mundo que tiene mucho de moderno.

Esta ambigüedad estética de Apolonio se halla transfundida en el carácter de su héroe, Jasón. El tiempo de los héroes había pasado ya cuando Apolonio intentó poner en acción a su nuevo Ulises[3]. Del aventurero marino hizo un caballero cortés; pero cortés ya en demasía. Jasón está en camino hacia el héroe paciente de la novela; es un personaje irresoluto que se encuentra metido en unos apuros de los que no lograría salir por su propio impulso. Es un hábil diplomático y un protegido de las mujeres, de la diosa Hera y de la princesa Medea. Si su modelo Ulises tenía el epíteto de πολυμήχανος "fecundo en recursos", es característica de Jasón la ἀμηχανίη, la "incapacidad", de abolengo lírico. Ἀμήχανος se le llama repetidamente en el poema. "Héroe banalizado", según P. Diel[4], es una figura de dudosa heroicidad desde su presentación en el drama de Eurípides. Era excesivamente civilizado para su destino aventurero.

Frente a Jasón, Medea ocupa el centro del canto III. Su intervención es decisiva; y el combate más apasionante de la obra se libra en el interior de la joven doncella. Pasión contra entendimiento, desfallecimientos y sueños inquietantes; toda la gama de expresiones que sus vaivenes sentimentales podían ofrecer, resultaba un tema psicológico cuya modernidad no dejaba de tentar al romántico Apolonio. Las comparaciones que Homero introducía en el monótono ardor de los combates, subrayan en Apolonio instantes líricos de reposo en esa batalla psicológica que se libra

---

[3] Cf. mi art. *Apuntes sobre la novela griega,* en *Emerita* XXXVII 1969, 29-53.

[4] P. Diel. *Le symbolisme dans la mythologie grecque,* París, 1966². La comparación con Ulises fue ya estudiada por K. Meuli *Odyssee und Argonautika,* Berlín, 1921.

en el alma de Medea[5]. Personaje ambiguo, entre el candor juvenil con que se entrega al apasionado amor por el extranjero y su trasfondo de maga poderosa y mujer violenta, es sin duda su primer aspecto el que triunfa en Apolonio. Sus temores nocturnos, su congoja y sus soliloquios angustiados se expresan con una maestría que no carece, sin embargo, de efectividad. El razonamiento cede a la pasión; "Eros invencible en el combate" domina, tras la lucha, el destino de Medea, que es aquí mucho más joven y amable que en Eurípides. En hondura psicológica supera a Jasón, cuyo carácter no muestra, en ningún autor, gran interés. El encuentro de ambos, una gran escena lírica en nuestro libro, tiene su resonancia grande si pensamos en el resto de la leyenda. Glorioso y fatal encuentro que dará a Jasón su triunfo y su desgracia. Después que Jasón traicionó a Medea, sufrió su dura venganza; sin hijos y perjuro, abandonado de los dioses, recorrió errante extrañas tierras, y un día que, sentado a la sombra de la renombrada Argo, meditaba amargado en su pasado fabuloso y su futuro incierto, se desprendió el palo del navío y le aplastó. ¿Fue un justo destino?

Además de los dos protagonistas hay todo un paisaje muy interesante por sus resonancias misteriosas: el mundo de la magia y de las extrañas costumbres de Colcos, con sus cadáveres que cuelgan de los árboles, sus toros llameantes, sus gigantes nacidos de la tierra, sus dragones bajo la noche y las estrellas, que nuestro poeta evoca con frecuencia; la sangre titánica que fluye por las raíces del filtro prometeico y por los surcos en que se siega la gavilla de los gigantes, hijos de la tierra y de los dientes agudos de una sierpe; la tenebrosa Hécate invocada en sus tinieblas; todo ello en contraste con la amable poesía de sus símiles y junto al aburguesado Olimpo, con cuya pintura comienza el libro, y el palacio de Ayetes, hijo del Sol y señor soberbio de la tierra Cólquide, Aya oriental y misteriosa.

---

[5] Sobre la construcción simétrica de estas escenas, cf. GILLIES *Apollonius Rhodius III 616-832*, en *Cl. Rev.* XXXIX 1925, 115-116.

Proemio (1-5)

Ven ahora, Erato, colócate a mi lado y cuéntame cómo de allí a Jolcos llevó Jasón el vellocino con ayuda del amor de Medea. Pues tú también participas del lote de Cipris, y con tus encantos hechizas a las indómitas doncellas. Por ello también tu nombre resulta amable [1].

Escena primera (6-166)

Mientras tanto, permanecían contra lo previsto entre las espesas cañas los nobles emboscados; y los vieron ellas, Hera y Atenea. Se retiraron, lejos de Zeus y de los demás dioses inmortales, a su aposento para deliberar. Hera sondeaba a Atenea:

Tú ahora primero, hija de Zeus, comienza el consejo. ¿Qué hacer? ¿Acaso vas a tramar algún engaño con el que se apoderen del vellocino de oro de Ayetes y se lo lleven a Grecia? ¿O podrían incluso convencerle si le halagan con discursos amables? No hay duda de que es terriblemente soberbio. Sin embargo, no conviene rechazar ningún intento.

Así dijo. Atenea le contestó en seguida.

Hera, me preguntas abiertamente cosas que yo misma meditaba en mi pensamiento. Pero aún no sé decirte ese engaño que aprovechará al ánimo de los nobles, y he vacilado en muchas decisiones.

---

[1] Juego de palabras (Ἐρατώ - ἐπήρατον) intraducible en la invocación a la Musa. También los cantos I y IV tienen una breve invocación, a Febo y a la Musa respectivamente. Cf. A. HURST o. c. 134 ss.

Dijo, y sobre el umbral las dos fijaron los ojos ante sus pies, agitándose cada una en su interior. Luego Hera, después de meditar, expresó su pensar la primera:

Vayamos allí, a casa de Cipris, y, al visitarla las dos, hagámosle decir a su hijo, si nos obedece, que hechice con sus flechas a la joven hija de Ayetes, la que sabe muchos filtros, en favor de Jasón. Creo que él con los consejos de aquélla podrá llevarse el vellocino a Grecia.

Así dijo, y su aguda astucia agradó a Atenea, que le respondió en seguida con dulces palabras:

Hera, mi padre me crió ignorante de esos flechazos y no sé en absoluto el hechizo de su atracción. Pero, si te gusta el recurso, yo te acompañaría desde luego y tú, al encontrarla, puedes decirle tu idea.

Y saliendo se dirigían a la magnífica casa de Cipris, que le había construido su patizambo esposo cuando la recibió como mujer de manos de Zeus. Cruzando el patio, se detuvieron ante la solana del dormitorio, donde arreglaba la diosa el lecho de Hefesto. Él, sin embargo, había salido de mañana a su yunque y a su fragua, una amplia caverna de la isla Errante en la que forjaba todas sus obras al soplo del fuego. Así que ella estaba sola en casa, sentada en un torneado trono frente a la puerta, y se había soltado los cabellos a uno y otro lado sobre sus blancos hombros, y los peinaba con su peine de oro, y se disponía a trenzar sus largas trenzas. Al verlas enfrente, se detuvo; las invitaba a pasar; se levantó de su asiento y las hizo sentarse en unas sillas. Después también a su vez se sentó, y recogía los cabellos sueltos con sus manos. Sonriendo les decía con graciosa cortesía:

Queridas señoras, ¿qué pensamiento o qué necesidad os trae así tan encarecidas? ¿A qué venís, que no me frecuentabais antes, ya que sobresalís entre las diosas?

Le contestó Hera con estas palabras:

Bromeas. Se nos estremece el corazón en un apuro. Pues ya detiene su nave en el río Fasis el Esónida y cuantos le siguen en pos del vellocino. Por todos ellos, pues se halla cerca su objetivo, tememos de modo extraordinario, y sobre todo por el Esónida. Al que yo protegeré, aunque navegara al Hades con intención de

liberar allí abajo a Ixión de sus cadenas de bronce, mientras haya fuerza en mi cuerpo; para que no se burle, escapando a su funesta perdición, Pelias, quien por presunción me dejó desprovista de sacrificios. Por otra parte también me es muy querido Jasón desde que me salió al encuentro, cuando yo intentaba probar la benevolencia de los hombres, junto a las corrientes del Anauro muy crecido, al regresar de caza. Todos los montes y las cimas muy altas se blanqueaban con nieve, y desde ellas los torrentes discurrían revolviéndose con estruendo. Se compadeció de mí, que me había disfrazado de vieja, y, levantándome en sus hombros, él me transportó al otro lado del agua. Por eso me resulta grato sin cesar, y no le va a pagar Pelias su ultraje si tú no haces posible su retorno.

Así habló. Una carencia de palabras dominó a la Cipria diosa. Reverenciaba, sin embargo, a Hera y veía que había venido a pedirle un favor, y se le dirigió con amables palabras:

Respetable diosa, no se encontraría nada peor que Cipris si, cuando me suplicas, no te auxilio, con la palabra o la acción, en lo que estas débiles manos alcancen. Y que no sea un favor a cambio de otro.

Así habló. Y Hera de nuevo le dirigió cuidadosamente la palabra:

No venimos a solicitar nada violento de tus manos, sino que así, sin fatigarte, mandes a tu niño que hechice a la joven hija de Ayetes con el deseo del Esónida. Pues si aquélla le aconseja con ánimo propicio, creo que fácilmente ha de regresar a Jolcos tras apoderarse de la dorada piel. Pues es una hechicera.

Así dijo. Y respondió Cipris a ambas:

¡Hera y Atenea, quizá os obedezca más que a mí! Pues en presencia de vosotras tendrá, aunque es un sinvergüenza, un poco de respeto por lo menos. Pues de mí no se preocupa ni me hace caso, haciéndome enfadar muy a menudo. Hasta quise, cansada de su maldad, romperle el arco y sus flechas chillonas delante de él. Y me amenazó muy irritado: que, si no contenía mis manos lejos hasta que dominara mi genio, luego me hiciera reproches sólo a mí misma.

Así habló, y sonrieron las diosas y se miraron de frente entre sí. Ella siguió hablando quejosa:

A los demás les causan risa mis penas, y no tengo por qué contárselas a todos. ¡Bastante las sé yo! Pero, ya que lo queréis ambas, le trataré de modo cariñoso y no va a desobedecer.

Hera le palmeó su suave mano y, sonriéndole cerca y de soslayo, le contestó:

Así ahora, Citerea, este asunto, como dices, hazlo pronto. Y no te irrites ni te molestes enfadándote con tu hijo. Ya cambiará más tarde.

Dijo y abandonó su sillón, y Atenea la acompañó, y salieron ellas dos, ya de regreso. Por su lado, la diosa sola se puso a andar por los repliegues del Olimpo a ver si lo encontraba. Lo halló lejos, en el jardín florido de Zeus, no solo, sino con Ganimedes, al que una vez Zeus estableciera en el Olimpo, huésped de los inmortales, deseoso de su belleza. Ellos, con tabas doradas, compañeros infantiles, jugaban. Y el desvergonzado Eros ya mantenía un puñado lleno del todo con su mano izquierda a la altura de su pecho, y un dulce rubor florecía bajo su piel en ambas mejillas. El otro al lado estaba de rodillas en silencio, confuso. Retenía dos huesecillos, y luego los iba arrojando uno tras otro, y se enfadaba mientras él se reía. Y así perdiéndolos éstos tras los anteriores, se quedó desprovisto con las manos vacías, y no vio a Cipris que se acercaba. Ella se colocó frente a su hijo y, cogiéndole de la barbilla, le dijo:

¿Por qué te ríes, pillastre? ¿Es que ya le has engañado, y sin justicia te aprovechaste de que era un principiante? A ver si eres bueno y me haces el favor que yo te diga. Entonces te regalaría un juguete precioso de Zeus, aquel que le hizo su nodriza Adrastea en la cueva del Ida cuando aún jugaba como un niño pequeño: una pelota espléndida. Otro juguete mejor que éste no lo adquirirás tú de las manos de Hefesto. Tiene alrededor hechos unos anillos, y, por encima y debajo de cada uno, unos semicírculos continuamente giran. Las costuras están ocultas y sobre todas está corrida una ondulada tira de azul brillante. Luego, si la haces saltar en tus manos, como una estrella lanza una estela de brillo a través del aire. Te la daré yo. Pero tú a la hija de Ayetes hechiza fle-

chándola en favor de Jasón. No haya demora alguna. Pues entonces sería más débil el agradecimiento[2].

Dijo así, y al que escuchaba le resultó un relato muy agradable. Dejó todos sus juguetes y, con las dos manos, del vestido sin parar por aquí y por allí agarraba a la diosa, asaltándola por todos lados. Le pedía que se la diera en seguida allí mismo. Ella, resistiéndole con amables palabras, atrayendo sus mejillas, le besó abrazándolo y le contestó sonriendo:

Sabe ahora, por esta cabeza tuya querida y por la mía propia, que yo te ofreceré este regalo, y no te engañaré, si asestas un dardo a la hija de Ayetes.

Dijo. Él recolectó sus huesecillos y, después de contados bien, los arrojó todos al brillante regazo de su madre. En seguida se ciñó el carcaj con su dorada correa, que estaba apoyado en un tronco. Y recogió su arco curvo. Cruzó el fructífero jardín del gran Zeus y luego salió fuera de las etéreas puertas del Olimpo. Desde allí hay un camino celeste descendente. Como dos ejes se alzan dos cumbres de muy altos montes, cúspides de la tierra, por donde, al levantarse, el sol alborea con sus primeros rayos. Al fondo unas veces la tierra vitalizadora y las ciudades de los hombres y los sagrados cursos de los ríos, y otras en cambio las cumbres, y a uno y otro lado el mar, se aparecían al que cruzaba por lo alto del éter.

Escena segunda (167-608)

Abajo los héroes sobre los bancos de su nave, emboscados en el río junto al pantano, mantenían una asamblea. Hablaba el mismo Esónida. Los otros atendían en silencio en aquel lugar, sentados uno tras otro.

Amigos, voy a deciros yo lo que a mí personalmente me parece. A vosotros os toca cumplir el fin de esto. Pues la necesidad

---

[2] El tema de Eros jugando a las tabas y a la pelota se remonta a Anacreonte, aunque estas escenas gozan especial predilección en la época helenística, y es probable que Apolonio tenga presentes algunas representaciones artísticas determinadas. La pelota con que juega Amor simboliza al mundo, según MOONEY ed. c., n. a v. 130 (cf. notas de E. VIAN o. c. y H. FRAENKEL *Noten, ad l.*).

es común, y comunes son las palabras para todos de igual modo. Aquel que retenga en silencio su parecer y deseo, sepa que sólo él priva a esta expedición de su regreso. Quedaos los demás tranquilos por la nave en armas. Pero yo iré al palacio de Ayetes, tomando a los hijos de Frixo y a dos compañeros con ellos. Intentaré tratarle primero con palabras, por ver si quisiera por amistad regalarnos el dorado pellejo o si, al contrario, confiado en su poder ultrajará a los que se le enfrenten. Pues así, sabiendo antes su perversidad, meditaremos si acudir a la guerra o si alguna estratagema será eficaz en caso de que nos abstengamos de aquélla. De modo que no le arrebatemos su posesión por la violencia antes de tratarlo con nuestras razones; sino que antes es preferible que, yendo a su encuentro, le congraciemos de palabra. Muchas veces, desde luego, la palabra logra con facilidad lo que a duras penas alcanzaría el valor, suavizando del modo conveniente. Ése, además, recibió en una ocasión al irreprobable Frixo, que huía del engaño de su madrastra y de los sacrificios de su padre. Puesto que cualquiera en cualquier lugar, aún el más perro de los hombres, reverencia y teme la justicia de Zeus Hospitalario.

Así habló. Y aprobaron los jóvenes la palabra del Esónida con rápida unanimidad, y no había nadie que propusiera nada en contra.

Y entonces invitó a los hijos de Frixo y a Telamón y Augias a seguirle. Y él tomó el cetro de Hermes. Y en seguida desde la nave, sobre los juncos y el agua, arribaron a la escarpada planicie ribereña. Circea se llama ésta. Allí, en hileras, tamarindos y sauces han crecido, de los que, precisamente de los más altos, cuelgan los cadáveres atados con cuerdas [3]. Pues aún ahora entre

---

[3] Según el escoliasta, Apolonio toma la noticia de Ninfodoro en sus Νόμιμα Ἀσίας. Cf. también Eliano *Var. hist.* IV 1; Sil. Itál. XIII 486; Nicolao de Damasco en *FHG.* III 461 fr. 124. Parece que tal rito funerario continúa aún en el Cáucaso entre los Osetas. El hombre es identificado con el toro, animal procreador y solar, y las mujeres son enterradas por su afinidad con la Tierra Madre (cf. VIAN *ad l.*). El carácter sagrado del fuego, que no debe contaminarse en usos funerarios, estaría de acuerdo con el culto solar en un país gobernado por Ayetes, hijo de Helio: tal creencia es conocida entre otros pueblos, que por ello exponen los cadáveres sobre una elevación para que los devoren los buitres, como los

los habitantes de la Cólquida es un sacrilegio quemar en el fuego a los hombres que partieron. Y tampoco es lícito sepultarlos en la tierra y amontonarla luego sobre su tumba, sino que, después de envolverlos en pieles de buey, se les cuelga lejos de la ciudad. También la tierra participa del mismo destino que el aire, puesto que en la tierra sepultan a las mujeres. Pues esta costumbre ritual se ha establecido.

Mientras ellos avanzaban, Hera, que planeaba en su favor, echó mucha bruma por la ciudad para que la innumerable tribu de los Colcos les ignorara al acercarse a la morada de Ayetes. Y apenas llegaron a la ciudad y al palacio de Ayetes, entonces dispersó la niebla Hera. Se detuvieron en el pórtico del soberano, llenos de admiración en cuanto a los muros y las vastas puertas y columnas, que estaban inmediatamente alrededor del muro. Un pétreo entablamiento estaba fijado sobre los capiteles de bronce en lo alto de la casa. A paso sosegado franquearon después el umbral. Junto a éste, unas parras verdes levantadas en alto formaban muy en sazón una cubierta con sus pámpanos. Cuatro fuentes continuas fluían bajo éstas, que había cavado Hefesto. La una brotaba con leche, la otra con vino, la tercera rebosaba de perfumado aceite. La otra chorreaba agua, la cual se calentaba al sumergirse las Pléyades y en cambio, al surgir éstas, manaba de la cóncava roca semejante al hielo.

Tales obras divinas, en los jardines de Ayetes en Colcos, había tramado el ingenioso Hefesto. Y le construyó unos toros de pies de bronce, y broncíneas eran sus bocas, desde las que exhalaban un brillo terrible de fuego. Además forjó también un carro de una pieza de duro acero, para dar gracias a Helio, que con sus caballos le recogió a él, fatigado en la matanza de Flegra. Allí estaba también forjado el portón. Además de éste, muchas puertas de doble batiente y habitaciones había aquí y allí. Más allá, el atrio muy decorado se extendía por uno y otro lado. En los ángulos se habían

---

parsis y algunos indios americanos. El doble tratamiento según los sexos recuerda a la pareja de dioses supremos, Úrano y Gea, el cielo y la tierra, que ἠέρι... ἴσην / ...ἔμμορεν αἶσαν (vs. 207-208). Medea, nieta de Helio, es a la vez sacerdotisa de la tenebrosa Hécate. El gusto por las costumbres extrañas de otros pueblos se mantiene desde la historiografía jonia a la novela helenística.

hecho por ambas partes unas habitaciones más elevadas. En una de ellas, en la que resultaba más alta precisamente, habitaba el poderoso Ayetes con su esposa. En otra vivía Apsirto, hijo de Ayetes. A éste le engendró la ninfa caucásica Asterodea antes de hacer a Iduya su esposa legítima, la más joven descendiente de Tetis y Océano. Y los hijos de los Colcos le llamaban como sobrenombre Faetón, porque se distinguía entre todos los jóvenes solteros. Las otras habitaban las criadas y las hijas de Ayetes, las dos, Calcíope y Medea. Allí la vieron éstos, cuando ella iba de su habitación a la de su hermana. Pues Hera la retenía en su casa. De costumbre no se demoraba en el palacio, y durante todo el día frecuentaba el templo de Hécate, puesto que era sacerdotisa de la diosa. Y cuando les vio cerca, dio un chillido. Y oyó Calcíope su grito agudo. Las esclavas ante sus pies arrojaron los hilos y los husos, y todas arremolinadas corrieron fuera, y ella entre éstas. Al ver a sus hijos se quedó con los brazos en alto de la alegría. Así también ellos tendieron sus manos y abrazaron a su madre, muy alegres de verla. Lamentándose les dijo este discurso:

A pesar de todo no ibais a abandonarme en el desamparo ni a vagar a lo lejos. Os hizo regresar el Destino. ¡Desgraciada de mí! ¡Qué nostalgia de Grecia, por causa de una maldita desgracia, habéis escogido bajo las órdenes de vuestro padre Frixo! Él, al morir, os ordenó unas penas odiosas para nuestro corazón. ¿Por qué llegaríais a la ciudad de Orcómeno, sea quien quiera este Orcómeno, por deseo de las riquezas de Atamante, abandonando a vuestra dolorida madre?

Así dijo. Por último se dirigió a la puerta Ayetes, y le impulsaba su misma esposa Iduya, al oir a Calcíope. Todo el recinto entonces estaba lleno de tumulto. Unos esclavos, en buen número, se afanaban en torno a un gran toro; otros cortaban con hacha leños secos; los otros calentaban los baños con fuego. No había nadie que abandonara su trabajo, obedeciendo al rey. Mientras tanto Eros llegó a través de una clara bruma invisible, tumultuoso, como se lanza sobre las jóvenes reses el tábano, al que los pastores de bueyes llaman moscón. Rápidamente junto a la parte inferior de las jambas del vestíbulo extendió su arco y escogió de su

carcaj un resonante dardo aún no lanzado. Desde allí cruzó con sus ágiles pies el umbral, sin que nadie le viera, mirando a uno y otro lado agudamente. Diminuto y oculto a los pies del propio Jasón, ajustó las muescas de la flecha al centro de la cuerda y, tendiéndola directo con ambas manos, disparó sobre Medea. Su corazón se quedó atónito.

Aquél, en vuelo de regreso, desde la sala de alto techo salió riendo, y la flecha prendía en el interior de la doncella, en su corazón, semejante a una llama. Situado frente a él, una y otra vez despedía sus brillos hacia Jasón, y como por un vendaval era arrastrada su razón aguda fuera de su pecho con pasión, y ningún otro cuidado tenía; su corazón se inundaba de una dulce tristeza. Como se aplica con su ardiente tizón en torno a las briznas de paja la pobre tejedora, a la que ocupan sus labores de lana, para obtener una luz en su noche casera, mientras vela en soledad, y la luz inefable surgida del pequeño tizón pulveriza todas las briznas de paja; de tal modo el destructor Eros, encubierto en su corazón, ardía a escondidas y remudaba sus suaves mejillas hacia la palidez y hacia el rubor alternativamente con los vaivenes de su pensamiento.

Después que las criadas les sirvieron una selecta comida, y ellos se habían lavado en baños tibios, saciaron su ánimo agradablemente de comida y bebida. Después de esto Ayetes preguntaba a los hijos de su hija, interpelándolos con estas palabras:

Hijos de mi hija y de Frixo, al que honré sobre todos los huéspedes en nuestro palacio, ¿cómo volvéis navegando de regreso a Aya? ¿Acaso alguna desgracia por el camino os agitó e hizo tornar? No me creísteis cuando os expuse los términos infinitos de vuestra ruta. En efecto, yo lo sabía, desde que di vueltas en el carro de mi padre Helio, cuando conducía a mi hemana Circe hacia el interior de la tierra occidental y llegamos a la ribera de la península Tirrena, donde aún ahora habita muy lejos, mucho, de la tierra Cólquida. Pero ¿qué se saca de estos relatos? Decidme claramente lo que tenéis entre manos y quiénes son estos hombres que os acompañan y por dónde descendisteis de vuestra cóncava nave.

Él preguntaba estas cosas. Se apresuró a contestarle amablemente Argos, que era el mayor de los hermanos y empezaba a temer por la expedición del Esónida:

Ayetes, a aquella nave pronto la deshicieron las impetuosas tempestades, y a nosotros, refugiados sobre el mástil, nos arrojaron las olas a la tierra de la isla de Enialio en una noche tenebrosa. Un dios nos salvó. Pues al principio ni siquiera campeaban por el aire en la isla desierta las aves de Ares, y ni siquiera las encontramos. Pero estos hombres nos sacaron de allí, ya que habían desembarcado en el día anterior, y nos protegía la compasiva providencia de Zeus, o algún destino. Después en seguida nos dieron comida en abundancia y vestidos, al oir el nombre famoso de Frixo y el tuyo propio. Navegan en dirección a tu ciudad. Si quieres saber del todo su anhelo, no te lo encubriré. A éste un rey deseoso de arrojarlo lejos de su patria y sus posesiones, a causa de que extraordinariamente aventaja por su poder a todos los Eólidas, le envía a navegar hasta aquí sin recursos. Pretende que la raza de los Eólidas no evitará la enfurecida cólera y el rencor del implacable Zeus ni la insoportable mancha y los castigos de Frixo hasta que llegue a Grecia el vellocino. Su nave, que trabajó Atenea, no es, por cierto, de la clase que son las naves entre los hombres Colcos, de las que nosotros conseguimos la más terrible. Pues por entero el violento golpe del agua y el viento la quebró. Ésta, en cambio, se mantiene firme sobre las olas aunque todas las tempestades se abatan sobre ella. Igual corre bajo efecto del viento que cuando los hombres solos la impulsan sin descanso con sus brazos a los remos. Dirigiéndola lo más noble de los héroes de toda la tierra aquea, llegó a tu ciudad después de vagar por las ciudades y las regiones del odioso mar, por si se les hace el regalo. Así será, como a ti te guste. Pues no viene con intención de usar la violencia de sus manos. Está dispuesto a pagarte dignamente tu donación. Me ha oído hablar de los belicosos Sauromatas, y los someterá a tu cetro. Y si además deseas, a lo mejor, saber el nombre y su linaje, quiénes son, puedo contártelo todo. A éste, por el que los demás han sido conducidos desde Grecia, llaman Jasón, hijo de Esón el Creteida. Si es de verdad de la estirpe de aquél, de Creteo, nos resultaría así pariente por parte

paterna. Los dos, Creteo y Atamante, eran hijos de Éolo. Y a su vez Frixo era hijo del Eólida Atamante. Y en cuanto a éste, si has oído que existía un Augias, descendiente de Helio, ya lo ves. Y Telamón, éste, el nacido del ilustrísimo Éaco. Zeus mismo había engendrado a Éaco. De este modo todos los demás, cuantos les acompañan como compañeros, son hijos y nietos de inmortales.

Tales cosas explicó Argos. El rey se indignó al oir sus palabras. En lo alto se cernieron sus pensamientos con cólera. Habló con indignación. Estaba encolerizado sobre todo con los hijos de Calcíope, pues creía que habían llegado por la culpa de ellos dos. Sus ojos, bajo las cejas, despedían chispas de indignación.

¿Es que no os iréis lejos de mi vista, miserables, volviendo de nuevo a esta tierra con los mismos engaños, hasta que veáis esa piel fatal de Frixo? Recogiendo compañía, de pronto, desde Grecia, no sólo por el vellocino, sino por el cetro y el título real habéis venido aquí. Si no hubierais participado antes de mi mesa, en verdad que, después de cortaros la lengua y destrozaros las manos, os hubiera enviado con solos los pies para que no pudieseis ya luego intentar otra cosa y porque habéis dicho falsedades de los dioses inmortales.

Así habló lleno de indignación, y mucho desde su fondo se hincharon de cólera las entrañas del Eácida. Y su ánimo por dentro quería contestar una respuesta violenta, que les hubiera sido funesta; pero se lo impidió el Esónida. Pues antes respondió él con palabras amables:

Ayetes, contente, te ruego, a propósito de la expedición. Pues en absoluto hemos llegado a tu ciudad y al palacio, como tú sospechas, por nuestro propio deseo. ¿Quién osaría por su propio impulso atravesar tan amplia mar por un botín ajeno? Pero la divinidad y el cruel mandato de un rey despiadado me impulsó. Concede la gracia a los suplicantes. De ti yo llevaré la fama divina por toda Grecia. Y desde ahora estamos dispuestos a pagarte una rápida compensación de guerra si deseas someter a los Saurómatas o algún otro pueblo a tu cetro.

Lo expuso halagándole con hábil voz. Pero el ánimo de aquél agitaba en dos sentidos su deseo dentro del pecho; si saltaría sobre ellos de inmediato y los mataría, o si pondría a prueba su

fuerza. Esto le pareció mejor, después de meditado, y le contestó siniestramente:

Extranjero, ¿por qué explicas todo esto tan detalladamente? Si de verdad sois linaje de dioses, o si de algún otro modo, sin ser inferiores a mí, venís por bienes extraños, te daré la piel de oro para que te la lleves, si quieres, después de probarte. Pues, cuando se trata de personas nobles, nada les rehuso por envidia, como vosotros contáis que hace el que gobierna en Grecia. Pero, como prueba de tu valor y resistencia, tendrás un trabajo que, aunque es terrible, yo lo supero con mis manos. Tengo dos toros que pacen esta llanura de Ares, dos toros de pies de bronce, que resoplan llama por la boca. Después de uncirlos los empujo a lo largo de la dura tierra de Ares de cuatro acres; abriéndola en seguida con el arado hasta su límite, lanzo a los surcos, no la semilla para el grano de Deméter, sino los dientes de una horrible serpiente que al crecer se cambian en guerreros armados. A ellos luego los destruyo y los siego bajo mi lanza, a la que se enfrentan todos en torno. Por la mañana unzo los toros y al atardecer dejo la cosecha. Tú, si realizas estas cosas igual, en ese mismo día te llevarás el vellocino a casa de tu rey. Antes no te lo daría, ni lo esperes. Pues es vergonzoso que un hombre nacido noble ceda a un hombre inferior.

Así habló. Él en silencio fijó los ojos en sus pies ante sí y se quedó así sin voz, sin saber qué hacer en su desgracia. Revolvía por arriba y abajo su decisión durante mucho tiempo, y no sabía por dónde aceptarlo animosamente, puesto que le parecía una enorme empresa.

Al fin le respondió y habló de modo astuto:

Ayetes, está muy en tu derecho que me obligues en extremo. Por eso también yo soportaré esa prueba, aunque sea excesiva y aunque fuera mi destino morir en ella. Pues nada más duro pesará sobre los hombres que la mala necesidad, la cual hasta aquí me ha forzado a navegar por orden del rey.

Así dijo, envuelto en su incapacidad. Luego el otro le contestó enfadado, con palabras terribles:

Vete ahora con tu tropa, puesto que estás dispuesto al trabajo. Pero, si tú sientes temor de poner el yugo a los toros o retrocedes

ante la destructiva cosecha, a mí en persona me ocuparían estas cosas, para que cualquiera tema presentarse a competir ante un hombre más digno.

Dijo implacablemente. Jasón se levantó de su asiento, y Augias y Telamón al instante. Y Argos les seguía solo, ya que hizo señas a sus hermanos de que se quedasen aún allí mientras tanto. Y salieron ellos de la sala. De modo divino destacaba entre todos el hijo de Esón por su hermosura y sus gracias. Sobre él manteniendo su vista con ojos fijos, inclinados junto a su ligero velo, la joven le miraba, consumiendo de pena su corazón. Y su pensamiento, como un sueño deslizándose, revoloteó tras sus pasos al marcharse. Y ellos del palacio salieron afligidos. Calcíope, para evitar la cólera de Ayetes, rápidamente se había marchado con sus hijos a su cámara. Así a su vez salió Medea después. Muchas cosas se agitaban en su corazón, de las que los Amores incitan a ocuparse. Ante sus ojos, pues, aún aparecían todas aquéllas, cómo era él, con qué manto vestía y qué dijo, cómo se sentó sobre el asiento y cómo se dirigía a la puerta. Creía agitándose que no existía ningún otro hombre igual. En sus oídos siempre se movían su voz y las palabras amables que dijo ante todos. Temblaba por él, con temor de que le mataran los toros o Ayetes mismo. Le lloraba como ya muerto del todo, y un tierno llanto de muy dolorosa compasión le corría por una y otra mejilla en sus preocupaciones. Y, sollozando con agudo son, dijo entre suspiros:

¿Por qué me domina a mí, desgraciada, este dolor? ¡Si va a morir como el más brillante de los héroes o como el peor, no me importa! Pero si hubiera podido escapar a su muerte... ¡Oh, sí, ojalá que eso ocurriera, venerable diosa Hécate, hija de Perses, y regresara a su casa, escapando a la muerte! Pero si es su destino ser vencido por los toros, ¡que sepa antes esto, que yo no me regocijo por causa de su mala ventura!

La doncella así se revolvía con sus preocupaciones en su pensamiento. Después que ellos hubieron salido de la ciudad y la parte habitada, ya por el camino por el que antes ascendieron a la ciudad desde la llanura, se dirigió entonces Argos a Jasón con estas palabras:

Esónida, encontrarás reprobable el plan que voy a proponer; pero no conviene abandonar ningún medio en la desgracia. Antes me has oído que hay una doncella práctica en filtros bajo los consejos de Hécate Perseida. Si la convenciéramos, creo, ya no habría temor de que perecieras al competir. Pero muy en serio temo que de ningún modo en esto me apoye mi madre. Sin embargo, ahora mismo iré a entrevistarme con ella, puesto que una muerte común se cierne sobre todos nosotros.

Habló con buena intención. Él le respondió con estas palabras:

Amigo, si eso te parece bien, no lo rechazo. Ve y con firmes palabras persuade suplicando a tu madre. Nos queda una esperanza de verdad miserable cuando abandonamos nuestro regreso en manos de las mujeres.

Así habló. Y pronto alcanzaron el pantano. Allí los compañeros les preguntaban gozosos cómo los veían de nuevo presentes.

A ellos el Esónida abatido les expresó su relato:

Amigos, el corazón del duro Ayetes se halla manifiestamente irritado con nosotros. Que os diga o me preguntéis cada cosa en detalle sería muy largo. Dijo que dos toros habitan la llanura de Ares, toros de patas de bronce y que respiran llama de su boca. Tras ellos me mandó arar un campo de cuatro acres, y va a darme semilla de las mandíbulas de un dragón, la cual hace salir hijos de la tierra con armas de bronce. Y en el mismo día hay que destruirlos. Esto precisamente —no tenía nada mejor que planear— le prometí sin rechazarlo.

Así dijo. A todos les pareció un trabajo irrealizable. Durante un rato, callados y en silencio, se miraban unos a otros, apesadumbrados de apuro e impotencia. Al fin, valerosamente, Peleo habló entre todos los nobles:

Es hora de pensar qué haremos. No confío que haya tal beneficio de la deliberación cuanto de la fuerza de nuestras manos. Si es que tú, héroe Esónida, piensas uncir los bueyes y estás dispuesto al trabajo, bien puedes cumplir tu promesa con mucho cuidado. Pero, si tu ánimo no tiene plena confianza en su propio vigor, ni te esfuerces tú ni busques con la mirada, deteniéndote, a ningún otro de estos hombres. Pues yo al menos no me detendré, ya que el peor mal será sólo la muerte.

Así habló el hijo de Éaco. El ánimo se le enardeció a Telamón, que se levantó apresurado. Luego Idas, el tercero, se alzó con grandes pensamientos, y luego los dos hijos de Tindáreo. Y junto con ellos también el hijo de Eneo, Meleagro, que se contaba entre los guerreros en pleno vigor, aunque no le despuntaba apenas la barba joven. Con tal fuerza estaba exaltado su ánimo. Los otros, dejándoles, guardaban silencio. En seguida habló Argos a los dispuestos a la lucha este discurso:

Amigos, cierto que éste es el último partido. Pero creo que la protección de mi madre nos será afortunada. Por ello, aunque estéis furiosos, ojalá os contuvierais en la nave aún un poco, como antes; puesto que, a pesar de todo, es mejor esperar que sufrir una mala muerte por precipitarse. Una joven ha crecido en el palacio de Ayetes, a la que sobre cualquier criatura la diosa Hécate enseñó a fabricar sus filtros, los que producen la tierra firme y el agua muy versátil. Con ellos apacigua la llama del fuego infatigable, y al momento detiene los ríos que fluyen con estruendo y varía el curso de los astros y de la sagrada luna. De ella nos hemos acordado ya, fuera del palacio, por el sendero al venir hacia aquí, por si pudiera nuestra madre, que es su hermana, convencerla a socorrernos en la prueba. Y si esto os parece bien también a vosotros, yo regresaría de nuevo en este mismo día a la casa de Ayetes para intentarlo. Quizá lo lograría con el apoyo divino.

Así habló. Les dieron un signo los dioses benévolos. Una trémula paloma, que huía de la violencia de un halcón, desde lo alto se dejó caer asustada sobre el pecho del Esónida. El halcón se clavó en una estaca de la popa del barco. En seguida Mopso, interpretando el augurio, habló entre todos:

Para nosotros, amigos, está destinado este presagio por voluntad de los dioses. No es posible interpretarlo de otro modo mejor: que aborde con sus palabras a la doncella tratándola con toda astucia. Creo que no será en vano, si con verdad nos dijo Fineo que nuestro regreso estaba en manos de la diosa Cipris. De aquélla es el suave pájaro que escapó a la muerte. Ojalá ocurra como mi ánimo en el corazón lo prevé, según este augurio. Pero, amigos, celebremos que Cipris nos proteja y, ahora ya, confiemos en los consejos de Argos.

Dijo. Y lo aprobaron los jóvenes que recordaban las órdenes de Fineo. Sólo protestó Idas, el hijo de Afareo, irritándose de modo terrible; y gritó con su enorme voz:

¡Maldición! ¿Ahora resulta que vinimos de compañeros de viaje de unas mujeres que invocan a Cipris que nos acuda protectora, y ya no a la fuerza potente de Enialio? ¿Por mirar a palomas y halcones dejáis los combates? ¡Largaos y no os ocupéis de asuntos de guerra! ¡Y convenced con súplicas a débiles doncellas!

Así dijo furioso. Y muchos compañeros le reprobaron con un tumulto en seguida, pero nadie expuso un discurso contrario. Irritado aquél se sentó. Entre ellos Jasón, preparando su plan, en seguida hablaba así:

Argos, que salga en misión de la nave, puesto que esto parece bien a todos. Y nosotros, por nuestra parte, saliendo del río atemos las amarras sobre la tierra firme definitivamente. Pues ya no conviene que ocultemos la nave por temor.

Así dijo. Y al uno lo enviaba a que rápido y sin demora se dirigera a la ciudad. Ellos sobre la nave izaron las piedras de anclaje y, a las órdenes del Esónida, en poco tiempo, con ayuda de los remos, sacaron la nave fuera del pantano sobre la tierra firme.

Mientras tanto había reunido Ayetes la asamblea de los Colcos lejos de su palacio, donde de costumbre se asentaban, y tramaba insoportables trampas y aplicaciones para los Minias. Planeaba que, después que en primer lugar los toros destrozaran al hombre aquél, el que aceptó soportar su pesada prueba, hendería el matorral de una colina boscosa y arriba quemaría la nave de madera con toda su tripulación, para que expiasen su maldita ambición los que maquinaban planes de violencia. Y que ni siquiera habría aceptado en su palacio como huésped, por necesitado que estuviese, a Frixo Eólida, el que había destacado sobre todos los huéspedes por su dulzura y su respeto a los dioses, si Zeus mismo no le hubiera enviado un mensajero del cielo, a Hermes, para que le aceptara como pariente. Y que no iban a quedar tampoco largo tiempo impunes los ladrones que llegaban a su tierra, con la pretensión de levantar su mano sobre los bienes

ajenos, y tramar engaños ocultos, y destrozar las casas de los boyeros con asaltos de fiero griterío.

Aparte se decía a sí mismo que daría un castigo conveniente a los hijos de Frixo, que habían vuelto como acompañantes de malhechores enemigos en su tropa, como una vez oyó al oráculo funesto de su padre Helio: que le era preciso evitar el fuerte engaño y los designios de su propia familia y de la Desdicha de muchos recursos. Por esto también a ellos, confiados en el mandato de su padre, los había enviado a la tierra aquea por un largo camino. Y no tenía el menor recelo de sus hijas, que meditaran, de algún modo, una odiosa argucia, ni de su hijo Apsirto, sino que en el linaje de Calcíope se habrían cumplido estos presagios funestos. Y revelaba sus intentos incontenibles a los ciudadanos, lleno de irritación. Les exhortaba con amenazas a vigilar su nave y a ellos para que ninguno lograse escapar a su perfidia.

Escena tercera (609-824)

Entre tanto, de regreso a la casa de Ayetes, Argos intentaba convencer a su madre, con toda clase de ruegos, de que suplicase a Medea que los protegiera. También a ella antes se le había ocurrido. Pero retenía su ánimo el temor de intentar aplacar, en vano y fuera de ocasión, a la que estaría ofuscada ante la terrible cólera de su padre; y de que, si la acosaba con sus súplicas, esto se hiciera demasiado visible y evidente.

A la joven un dulce sueño había liberado de sus dolores, al echarse en su lecho. Al momento, como a una persona angustiada, la agitaban engañadores, funestos sueños. Le pareció que el extranjero había ya acometido la prueba, no por deseo alguno de llevarse la piel del carnero, y que no había venido por causa de aquél a la ciudad de Ayetes, sino para llevarse a su casa una esposa legítima. Creía que era ella quien luchaba con los bueyes y los dominaba con facilidad. Pero sus padres no respetaban su promesa, porque no le habían propuesto uncir los bueyes a su hija, sino personalmente a él. Por ello surgía una disputa de final incierto entre su padre y los extranjeros. Y que ambos la remitían a ella,

que sería así, como lo decidiera en su pensamiento. Y ella, al punto, sin cuidarse de sus padres, prefirió al extranjero. Les dio un furioso dolor y gritaron de rabia. El sueño la abandonó con el griterío. Agitada levantóse con temor y recorrió con la vista los muros de su cámara en derredor y a uno y otro lado. Apenas recobró como antes su ánimo en el pecho, suspiró con triste voz:

¡Desgraciada de mí, cómo me aterrorizan pesados sueños! Temo que traiga un gran mal esta expedición de los héroes. Extremadamente se me sobresalta el corazón por el extranjero. ¡Que pretenda lejos en su pueblo una esposa legítima! ¡Y nosotros preocupémonos de la doncellez y la casa de nuestros padres! Y sin embargo, por lo menos, aplicándome un corazón impúdico, aunque no aparte de mi hermana, probaré si me suplica, apenada por sus hijos, que les ayude en el combate. Esto me extinguiría este terrible dolor en el corazón.

Dijo y, levantándose, abrió las puertas del aposento, descalza, con una sola túnica. Deseaba, sí, llegar ante su hermana. Y traspuso el umbral del patio. Largo rato allí permaneció, en la antesala de su cámara, detenida por la vergüenza. Luego se volvió de nuevo atrás de vuelta. Pero salió otra vez de dentro, y de nuevo retrocedió. En vano sus pies la llevaban aquí y allí. Cuando ya se había decidido, la contenía en su interior la vergüenza; y cuando por vergüenza se retenía, el violento deseo la empujaba. Tres veces lo intentó, tres se detuvo, y a la cuarta al fin se echó de cabeza revolviéndose sobre el lecho.

Como cuando una doncella llora en su cámara a su joven esposo, al que le otorgaron sus padres y hermanos y al que alguna fatalidad hizo morir antes de que ambos hubieran gozado de su mutuo afecto; y ella, aún desgarrada por dentro, solloza muy en silencio observando el lecho vacío, y no se reúne con todas las criadas por vergüenza y decoro, y en su retiro doliéndose permanece, y teme que las mujeres se burlen de ella bromeando, semejante a ésta se afligía Medea.

Pronto la vio afligida, en medio de su ir y venir, una de las esclavas, que le servía de acompañante y dueña. Y lo anunció en seguida a Calíope. Ésta se encontraba meditando atraerse a su hermana en favor de sus hijos. De modo que no se descuidó

apenas hubo oído el imprevisible relato de la criada. Y se dirigió con cierto asombro desde su habitación a la habitación en la que la joven estaba echada, dolorida, y se desgarraba las dos mejillas. Cuando vio sus ojos llenos de lágrimas, le dijo:

¿Ay de mí, Medea, por qué viertes estas lágrimas? ¿Qué has sufrido? ¿Qué tremendo dolor ha alcanzado tu corazón? ¿Es que una enfermedad de origen divino recorre tus articulaciones, o te has enterado acaso de algún maléfico mandato de nuestro padre contra mí y mis hijos? ¡Ojalá que no hubiera yo visto esta casa de mis padres ni la ciudad siquiera, sino que habitara en los confines de la tierra, donde no llega siquiera el nombre de los Colcos!

Así habló. Las mejillas de ella enrojecieron. Largo tiempo la vergüenza virginal la retenía, aún dispuesta a contestar. La palabra despuntaba unas veces al extremo de la lengua y otras se le iba al fondo del pecho en un vuelo. Muchas veces saltaba a su boca deseosa de hablar, pero no avanzaba más allá en su voz. Tarde habló estas cosas con astucia. Pues la atropellaban los impulsivos amores.

Calcíope, mucho se sobresalta mi ánimo por tus hijos, que nos los destruya nuestro padre de golpe junto con los extranjeros. ¡Qué horrorosas imágenes he visto hace poco durmiendo en una pesadilla efímera! ¡Ojalá que las deje sin realizar algún dios y no tengas una dolorosa pena por tus hijos!

Así dijo por probar a su hermana, si ella le suplicaría por su cuenta protección para sus hijos. A ésta una pena insoportable le inundó el ánimo tremendamente, de temor de lo que oía. Así le respondió con súplicas:

También yo he venido dispuesta por todas estas cosas, por si meditabas y disponías de algún socorro. Pero júrame, por Gea y Úrano, que mantendrás en tu ánimo todo lo que yo te diga y que serás mi colaboradora. Te ruego por los bienaventurados y por ti misma y por tus padres que no consientas en verlos destrozados bajo una mala muerte de modo doloroso. ¡Que yo sea para ti, si muero con mis hijos, una odiosa Furia vengadora desde el Hades!

Así habló, y derramó luego un llanto copioso. Y a sus pies le abrazaba las rodillas con ambas manos. Y dejaba cada una caer su cabeza en el regazo de la otra, y allí ambas juntas lloraban de modo digno de lástima. Un ligero sollozo de dolor y lamento cruzó por la casa. Habló antes la abatida Medea:

Desgraciada, ¿qué remedio te daré? ¡Y qué cosas nombras, maldiciones odiosas y Furias! Pues ¡ojalá estuviera de fijo en mi mano proteger a tus hijos! Sabe, por el juramento más fuerte de los Colcos, que tú misma te pones a jurar, por el gran Úrano y Gea, la de abajo, madre de los dioses, que, con toda mi fuerza, no te faltaré si pides algo realizable.

Dijo así; y le respondió Calcíope con estas palabras:

¿Y no te atreverías asimismo en favor del extranjero, que también él está apurado, a tramar algún truco o alguna astucia con vistas a la prueba, por mis hijos? También por él ha llegado Argos, exhortándome a intentar tu socorro. Al venir aquí le he dejado entre tanto en la casa.

Así habló. A ella por dentro le brincó el corazón de alegría. Y al mismo tiempo enrojeció en su suave cutis, y la envolvió una neblina de alegría, y contestó:

Calcíope, obraré del modo que os resulte agradable y preferido. Que no brille en mis ojos la Aurora, ni me veas ya viva largo tiempo, si algo de mi vida antepusiera de modo alguno a tus hijos, que son mis hermanos y parientes queridos y compañeros de mi misma edad. Así yo digo que soy tu hermana y tu hija, e igual que con aquéllos me levantaste hasta tu pecho, de niña, según con frecuencia yo le escuchaba a nuestra madre. Pero ve, oculta en silencio el favor mío, para que pase inadvertida a nuestros padres mientras cumplo esta promesa. De mañana iré al templo de Hécate a traer hechizos contra los toros para el extranjero, de quien ha procedido esta disputa.

Así ella salió de la cámara, y a sus hijos contó el auxilio de su hermana. Y a ésta, en cambio, al quedarse sola le entró vergüenza y el terrible temor de planear tales cosas en contra de su padre por un hombre.

La noche después sobre la tierra conducía la sombra. Los navegantes en alta mar miraban hacia la Hélice y la constelación

de Orión desde sus naves. El caminante ya y el centinela de las puertas ansiaban el sueño. Y un triste sopor envolvía a una madre en vela sobre sus hijos muertos. Ni ladridos de perros había ya por la ciudad ni bullicio alguno que resonara. El silencio dominaba la noche ennegrecida.

Pero no se apoderó, no, de Medea el dulce sueño; pues muchas preocupaciones la desvelaban por nostalgia del Esónida, temerosa de la fuerza violenta de los toros, por los que iba a perecer, en injusto destino, en el campo de Ares.

Con ritmo precipitado su corazón latía dentro de su pecho. Como en la casa el rayo de sol se blande al reflectarse en el agua que se ha vertido ha un instante en un cántaro o en una jofaina, y se lanza en rápido torbellino por aquí y por allí agitándose, así también en su pecho se agitaba como un torbellino el corazón de la muchacha. Las lágrimas de compasión corrían de sus ojos. Por dentro el dolor la consumía y atormentaba a través de su piel; en torno a sus nervios finos y el tendón cervical hasta lo profundo, allí se sumerge el más profundo dolor cuando los incansables Amores hincan sus penas en las entrañas. Se decía unas veces que daría sus filtros hechizadores de los toros. Y otras que no, y que también ella parecería, y en seguida que ni ella moriría ni daría los filtros, sino que así, serena, soportaría su desgracia.

Y echada después vacilaba y decía:

Desgraciada de mí, por aquí y por allí entre los males me encuentro. Por todas partes son incapaces mis reflexiones, y no hay defensa contra la pena, sino que así de fuerte arde. Ojalá hubiera perecido antes por las rápidas saetas de Ártemis, antes de verle, antes de que alcanzaran la tierra aquea los hijos de Calcíope. A éstos un dios o alguna Furia nos los trajo como penas muy llorosas. ¡Que muera en la prueba si su destino es perecer sobre el campo! ¿Cómo voy a engañar a mis padres preparando los filtros? ¿Qué excusa les responderé? ¿Qué engaño, qué argucia insidiosa me servirá de protección? ¿Acaso le saludaré benévolamente al verle a él solo, sin sus compañeros? Infortunada, no tengo esperanza, si él muere, de sacudir el yugo del dolor. Entonces nos resultaría un mal él cuando se le prive de la vida. ¡Qué importa el pudor, qué importa la fama! ¡Que él, salvado por mi

voluntad, navegue ya a salvo a donde quiera su corazón! ¡Ojalá yo quede muerta, ya colgando de una soga en el techo, o tomando un filtro destructor del ánimo! Pero aún así, después de muerta, se burlarán de mí, con chanzas. Y a lo lejos voceará ya toda la ciudad mi desgraciado destino. Y llevando y trayéndome en su lengua otras mujeres de Colcos, me achacarán infamias: «Ha muerto la que tanto se preocupó de un hombre extraño, la que ultrajaba su casa y a sus padres cediendo al impudor». ¿Qué vergüenza no será mía? ¡Qué desgracia la mía! ¡Cuán mucho mejor sería dejar la vida en mi habitación en esta noche bajo un inesperado destino, escapando a todos los reproches, antes de llevar a cabo estos hechos deshonrosos e innombrables!

Dijo. Y sacó una caja donde tenía muchos filtros, los unos buenos y los otros destructores. Lo colocó en sus rodillas. Y gemía. Y humedecía su pecho sin cesar con sus lágrimas, y éstas afluían así en chorro, lamentando de modo tremendo su muerte. Estaba dispuesta ya a elegir un veneno mortífero para tomarlo. Ya había desatado las ataduras de la caja, dispuesta a sacarlo, la muy desgraciada. Pero de pronto le vino a su mente un horroroso temor del odioso Hades.

Se quedó atónita largo tiempo; por ambos lados se le aparecían todos los dulces placeres de la vida. Se acordó de todas las dulzuras que se presentan a los vivos. Se acordó de la alegre compañía de su edad, como es propio de una joven, y el sol se le hizo más agradable de ver que antes, a medida que sopesaba cada cosa justamente. Y apartó de nuevo la caja de sus rodillas, arrepentida, por influencias de Hera; y ya no vacilaba en otra dirección. Deseaba que pronto apareciera la aurora para entregarle sus filtros conforme a sus promesas y encontrarle cara a cara. Con frecuencia abría los cerrojos de sus puertas escrutando la claridad. Le envió agradable su luz la Aurora, y empezaban ya a agitarse las gentes por la ciudad.

Escena cuarta (824-1163)

Allí había ordenado ya Argos a sus hermanos que aguardasen para que calcularan el pensamiento y las intenciones de la joven. Y él otra vez se había marchado tomando la delantera a su nave.

Cuando la doncella vio el primer resplandor de la aurora, se recogió con las manos sus rubias crenchas, que le caían desplegándose con negligencia, y enjugó sus rociadas mejillas. Después diose brillo sobre su piel con perfumado aceite y ajustóse un hermoso peplo, ceñido con broches artísticamente curvados. Y sobre su cabeza divina se echó un velo de espléndida blancura. Allí en sus habitaciones daba vueltas y recorría el suelo con olvido de los dolores, enviados por los dioses, que había ya en su camino y de los que iban a alzarse después.

Llamó a sus criadas, las cuales pernoctaban todas las doce en la antesala de su perfumada cámara, de su misma edad y sin haber compartido jamás sus lechos con hombres, a que presurosamente uncieran al carro los mulos, que la transportarían al templo muy hermoso de Hécate. Al punto las criadas empezaron a disponer el carro. Ella entre tanto sacó de la cóncava caja un filtro que se llama, dicen, prometeico. Si uno, después de propiciar a Hécate Daíra la unigénita, se unge con él su cuerpo, ya no es él ni frágil a los golpes del bronce ni ante el fuego en llamas retrocede. Y además resulta en aquel día superior a la vez en valor y vigor. Producido por primera vez, surgió en las cumbres del Cáucaso cuando el águila sanguinaria hizo gotear sobre la tierra el icor sangriento del desdichado Prometeo. De éste apareció una flor, de la altura de un codo, semejante en color al azafrán de Córico, elevada sobre un doble tallo. La raíz en tierra se desarrolló parecida a la carne recién cortada. Su zumo, cual el oscuro zumo del roble de las montañas, lo exprimió ella para convertirlo en fármaco, en el golfo Cáspico, después de haberse lavado siete veces en aguas perennes, de haber invocado siete veces a Brimo criadora de jóvenes, a Brimo la noctámbula, la subterránea señora de los infiernos, en la noche tenebrosa con sus mantos oscuros. Con un mugido, por debajo, se agitó la sombría tierra, al

cortarse la raíz titánica. Y gimió él, el hijo de Jápeto que enloquecía de dolor en su corazón.

Ella después de sacarlo lo colocó en su perfumado cinto, que se anudaba en torno a su admirable pecho. Saliendo a la puerta subió a su rápido carro. La acompañaron dos criadas, una a cada lado. Ella tomó las riendas y el látigo bien formado con su mano derecha, y conducía a través de la ciudad. Las demás criadas, cogiendo por detrás la cubierta del carro, corrían por la amplia calzada. Levantaban sus ligeros vestidos hasta más arriba de la blanca rodilla.

Cual la hija de Leto, después de bañarse en las aguas del río Partenio o del Amniso, erguida sobre su carro de oro franquea las colinas entre las rápidas ciervas para concurrir de lejos a un sacrificio pingüe; y a ella le siguen sus compañeras las ninfas, las unas congregadas desde la misma fuente del Amniso, las otras tras abandonar sus bosques y sus cumbres de múltiples manantiales, y en torno las fieras con su aullido se agitan, temerosas de la diosa que pasa, así ellas se movían por la ciudad.

En torno las gentes se apartaban evitando las miradas de la joven princesa.

Luego, tras de abandonar las bien edificadas calles de la ciudad, llegó, conduciendo a través de la llanura, al templo; y ya allí descendió presurosa del carro de buenas ruedas y dijo así a sus sirvientas:

Amigas, me he alejado ya mucho y no pensé que no debía salir hacia los extranjeros, los que ahora rondan nuestra tierra. Toda la ciudad anda revuelta de impotencia. Por esto no ha venido aquí ninguna de las mujeres esas que de costumbre se reúnen cada día. Pero ya que hemos llegado y ningún otro acude, ¡venga, con canto y baile alegre colmemos sin reparos nuestros ánimos, y después cogeremos las hermosas flores de esta tierna pradera! Y regresaremos luego a la misma hora de siempre, y podéis regresar con muchas ganancias hoy a palacio si me dais vuestra aprobación a este deseo. Pues Argos intenta seducirme con sus palabras, como también la misma Calcíope. Pero ¡mantened en silencio estas cosas que me oís en vuestro interior, para que no llegue el relato a oídos de mi padre! Me aconsejan que al

extranjero, el que se ha comprometido con lo de los toros, le proteja de su terrible prueba y a cambio reciba regalos. Por mi parte, yo he accedido a la proposición, y le he dicho que se me presentara solo, sin sus compañeros; para que sepamos entre nosotros eso, si me dará los regalos que traiga o si, en cambio, le daremos un veneno muy terrible. Pero quedaos aparte de mí cuando llegue.

Así hablaba. A todas les agradaba la engañosa astucia.

Entre tanto conducía al Esónida, a través de la llanura, Argos, que le había separado de sus compañeros tras oir a sus hermanos que ella había salido de mañana hacia el sagrado templo de Hécate. Junto con ellos marchaba Mopso Ampícida, diestro en conjeturar los augurios que aparecían delante y diestro en comunicarlo a los que marchaban.

Nunca hubo otro igual entre los héroes de antaño, ni cuantos eran del propio linaje de Zeus, ni cuantos semidioses habían brotado de la sangre de otros inmortales, como Jasón tal como la esposa de Zeus le dispuso en aquel día tanto para mirarle de frente como para dirigirle la palabra. A él, resplandeciente de encantos, embobados admiraban sus propios compañeros.

Se alegró el Ampícida por el camino, tal vez porque ya conjeturaba todo lo que iba a pasar.

Hay junto a la senda del llano, cerca del templo, un álamo negro con una melena de incontables hojas donde a barullo habitaban las chillonas cornejas. A su paso una de éstas, sobre las ramas de arriba, agitando sus alas expresó los designios de Hera:

¡Infame es este adivino, que no sabe reflexionar en su mente lo que hasta los niños saben! Porque ninguna palabra dulce ni amable diría la doncella al joven soltero mientras le acompañen otros seguidores. ¡Así te pierdas, mal adivino, mal pensante! ¡A ti no te inspira Cipris ni los amables Amores amistosos!

Habló en son de reproche. Sonrió Mopso al oir la palabra profética del ave, enviada por la diosa, y dijo así:

Tú ve ahora al templo de la diosa, en que encontrarás a la doncella, Esónida; y muy dulce la encontrarás bajo los influjos de Cipris, que será tu aliada en las pruebas, como ya nos dijo antes el Agenórida Fineo. Nosotros, Argos y yo, aguardándote

hasta que regreses, nos apartaremos en este mismo lugar. Absolutamente solo suplícale para persuadirla con palabras agudas.

Habló sagazmente, y ambos asintieron en seguida.

No se apartaba a pensar otras cosas el ánimo de Medea, a pesar de la danza. Ningún canto que emprendía le gustaba para distraerse algún tiempo, sino que se cansaba impaciente y ni siquiera mantenía su mirada con tranquilidad en el grupo de sus criadas. Los caminos a lo lejos escrutaba repetidamente desviando su rostro. Y de pronto casi se le quebró el corazón en el pecho, cuando creyó oir el ruido apresurado de un pie o del viento.

Luego, poco después, él se le apareció cuando ya le esperaba ansiosa, apresurándose hacia la altura; como Sirio desde el Océano, hermoso y muy brillante a la vista surge y lanza una densa calamidad sobre el rebaño. Así ante ella llegó con hermoso aspecto el Esónida, y al aparecer provocó una pena de funestos deseos. A ella se le salió el corazón del pecho, y sus ojos al tiempo se nublaron. Un cálido rubor se apoderó de sus mejillas. Sus rodillas no tenían fuerza para llevarla atrás o delante, sino que por debajo se habían fijado sus pies. Mientras, todas sus criadas se alejaron de una y de otro.

Ambos sin voz y sin palabra se quedaron uno frente a otro, parecidos a robles o grandes abetos, que, serenos en las cumbres, se alzan sobre sus raíces en la calma y luego de pronto, bajo el golpe del viento agitándose, resuenan en un susurro infinito. Así entonces ellos deseaban dirigirse la voz largamente bajo los soplos de Amor.

El Esónida se dio cuenta de que ella había caído en un apuro de causa divina, y halagándola empezó a hablar:

¿Por qué, joven doncella, tanto me temes siendo yo así? Que no soy yo, como son otros hombres, de terrible arrogancia, ni lo era antes siquiera, cuando en mi patria habitaba. Por eso no temas en exceso, joven, preguntarme algo, lo que quieras, o decirlo. Pero, ya que nos hallamos bien dispuestos el uno para el otro en un terreno santo, donde no es lícito cometer una falta, habla claro y pregunta. Y no me engañes con amables palabras, puesto que antes prometiste a tu hermana que me darías el filtro reconfortante. Por la misma Hécate te suplico, y por tus padres y por

Zeus, que extiende su mano sobre extranjeros y suplicantes. Y de las dos maneras como suplicante y huésped vengo yo ante ti, a rogarte por una estrecha necesidad. Pues sin vosotras no saldré vencedor del resonante combate. Y yo luego te pagaría el beneficio de tu protección como es natural, como conviene a los que habitan en dos lugares apartados, dándote nombre y fama ilustre. Así también otros héroes gozarán de fama al regresar a Grecia, y las esposas de los héroes y sus madres, las que ahora sin duda asentadas sobre sus riberas nos lloran. De éstas puedes disolver las duras penas. Ya una vez también a Teseo libró de sus malos trabajos la joven hija de Minos, la benévola Ariadna, a la que dio a luz Pasífae, hija de Helio[4]*. Mas ella también, después de que declinó su cólera Minos, subió con aquél en su nave y dejó su patria. Y la amaron incluso los mismos inmortales, y como monumento a ella, en medio del cielo una corona de estrellas, a quien llaman de Ariadna, durante toda la noche voltea con sus celestes figuras. Así también tú obtendrás el agradecimiento de los dioses si logras salvar una expedición de nobles tan famosa. Pues sin duda pareces, a juzgar por tu figura, brillar por tus amables bondades.*

Así habló elogiándola. Ella, lanzando de soslayo su mirada, sonreía dulcísimamente. Y su ánimo se fundió en su interior, al ser ensalzada por el elogio, y le miró de frente con sus ojos. Y no sabía qué palabra decirle antes, pues a un tiempo ansiaba decirle todas juntas. De pronto en un rapto de generosidad sacó de la perfumada cinta el filtro. Y rápidamente lo recogió él en sus manos

---

[4] En la cita mitológica de Ariadna, hecha por Jasón (vs. 997-1004) y recordada en vs. 1074 ss., 1097 ss., IV 433 ss., hay una cierta ironía por parte del poeta. Medea ignora la historia, cuyo final cautamente evita narrar Jasón, de esta prima suya. En efecto, Pasífae es, como Ayetes, hija de Helio, según recuerda su nombre, que, como otros de la familia, evoca el aspecto brillante de su padre; así como su hermano Apsirto, que lleva el sobrenombre de Faetón. Ambas leyendas tienen un notable parecido: la joven apasionada que se enamora del extranjero que debe vencer al monstruo en contra de su padre el rey y huye con él, que la abandona luego. Sobre la familia y el mito puede verse el libro arriesgado de K. Kérenyi *Töchter der Sonne,* Zurich, 1944. Más adelante, cuando se nos hable de Jasón que avanza en la noche como un ladrón sigiloso (1197) y se cubre con el manto regalado por Hipsípila (1206), podemos notar también una malévola alusión irónica a la versatilidad del personaje.

gozoso, y, entregándole hasta la última gota, toda su alma se le acercó llena de pasión por si él vacilaba. Así Amor hacía refulgir desde la rubia cabeza del Esónida su suave llama. Cautivaba los resplandores de los ojos de ella. Se enardecía en su interior consumiéndose en sus pensamientos, como el rocío se consume sobre las hojas al calentarse a las luces de la aurora.

Ambos fijaban unas veces sus ojos sobre el umbral, vergonzosos, y otras veces se lanzaban entre sí miradas, sonriendo agradablemente bajo sus cejas brillantes.

Al fin ya de este modo le dirigió con apuros su palabra la doncella:

Presta atención ahora, que yo te comunicaré tu protección. Después que mi padre al encontrarte te entregue los terribles dientes de las mandíbulas de la sierpe para sembrarlos, entonces, aguardando a la mitad justa de la noche, después de bañarte en las corrientes del río incansable, solo, lejos de los demás, cavas un hoyo circular. Sobre éste degüella una oveja y sacrifícala sin repartir, construyendo bien una hoguera sobre el mismo agujero. Y ojalá te propicies a la unigénita Hécate Perseida derramando desde una copa las obras colmeneras de las abejas. Después de que, acordándote de todo, allí propicies a la diosa, retrocede lejos de la hoguera. Que ni el retumbar de pies te impulse a volver hacia atrás, ni el ladrido de los perros, no vaya a ser que, estropeándolo todo, no te acerques más, contra lo previsto, a tus compañeros. Por la mañana humedece este filtro y unta tu cuerpo, desnudándote, como con un ungüento. En él encontrarás un valor infinito y una gran fuerza, y podrás afirmar que te igualas no a los hombres, sino a los dioses inmortales. Además ten junto a tu lanza el agitado escudo y la espada. Entonces no te herirán los filos de las armas de los hombres nacidos de la tierra, ni la irresistible llama que brota de los toros destructores. Tal no serás por mucho tiempo; sin embargo, en el mismo día tú no abandones la prueba. Y te ofreceré además otro beneficio. Apenas hayas uncido los violentos toros, ararás rápidamente todo el duro campo con hombría y la fuerza de tus manos. Ya se alzarán como espigas en los surcos los gigantes de los dientes de la sierpe, sembrados sobre la oscura mesana. Si te parecen muchos los que salen del campo,

suelta a escondidas la piedra durísima. Por ésta ellos, como perros de agudos dientes en torno al alimento, se destruirán unos a otros. Y tú apresúrate a proseguir hasta el fin la matanza. El vellocino con esto te llevarás a Hélade desde Aya, lejos a donde sea. Marcha, a pesar de todo, a donde quieras, por donde te pareció bien navegar al partir.

Así dijo, y en silencio bajó su vista ante sus pies, y mojaba sus mejillas divinamente con lágrimas tibias, lamentando que iba a marchar errante por el amplio mar lejos de ella. Con triste palabra en seguida le hablaba de frente, y le tomó su mano derecha. Ya de sus ojos había desaparecido la vergüenza:

Acuérdate, si algún día llegas de regreso a tu patria, del nombre de Medea. Así yo a mi vez, aunque estés al otro lado, te recordaré. Dime por favor esto: ¿dónde está tu casa? ¿Adónde desde aquí cruzarás sobre el mar en tu nave? ¿Acaso llegarás a algún lugar cerca del próspero Orcómeno? ¿Acaso cerca de la isla Ayaya? Háblame de la joven, ésa que nombraste muy famosa, hija de Pasífae, que es pariente de mi padre.

Así habló. A él también se le introducía por las lágrimas de la doncella el funesto amor, y de soslayo le decía así:

Ya, en exceso, creo que no sólo ya en las noches, sino ni siquiera de día me olvidaré de ti al escapar al destino; si es que de verdad logro escapar salvo hasta la tierra aquea y Ayetes no nos propone alguna otra prueba peor. Y si te gusta saber mi patria, te la diré. Pues también mi ánimo me incita a ello. Hay una tierra rodeada de escarpadas montañas, muy abundante en rebaños y muy fértil, donde Prometeo, el hijo de Jápeto, engendró al buen Deucalión, quien fue el primero en formar ciudades y edificar templos a los inmortales, y el primero fue rey de hombres. Hemonia la llaman sus vecinos. En ella existe Jolcos, mi ciudad, y también otras muchas donde ni siquiera se ha oído el nombre de la isla Ayaya. Es fama que de allí partió Minias, el Eólida Minias, a fundar la ciudad de Orcómeno, limítrofe con los Cadmeos, en cierta ocasión. Pero ¿a qué te hablo de todas estas vaguedades y de nuestra casa y de la renombrada Ariadna, hija de Minos, aquella joven cuyo nombre brillante califican de amable, por la que me preguntas? ¡Ojalá, pues, que, como entonces con

Teseo se reconcilió Minos por ella, así estuviera tu padre con nosotros acorde!

Así habló, acariciándola con dulces cuchicheos. Su corazón turbaban muy dolorosas penas, y acongojada le replicó con suave voz:

En Grecia sin duda está eso bien, respetar los pactos. Pero Ayetes no es tal entre los hombres, como dijiste que era Minos el esposo de Pasífae, ni yo me equiparo a Ariadna. Por eso no hables de hospitalidad. No obstante, solo tú de mí, cuando llegues a Jolcos, acuérdate. De ti yo, y a pesar de mis padres, me acordaré. ¡Que me llegue de lejos un rumor o un ave mensajera cuando me hayas olvidado! ¡Que me transporten en tal caso sobre el mar desde aquí a Jolcos, arrebatándome, las rápidas tempestades, para que exponga mis reproches ante tus ojos y te recuerde que has escapado por mi voluntad! ¡Ojalá, pues, fuera entonces un inesperado huésped en las salas de tu palacio!

Así habló, dejando resbalar por sus mejillas lágrimas lamentables. A ella le contestó él bruscamente:

¡Desdichada, deja errar sin destino las tormentas, como también el ave mensajera, ya que hablas de cosas sin sentido! Si a aquellas costumbres y la tierra de Grecia llegases, serás honrada por las mujeres y respetada por los hombres. Ellos te tratarán como a un dios, ya que sus hijos de regreso han llegado a su casa por tu decisión, y a su vez de ellas los hermanos, parientes y jóvenes esposos se salvaron de una completa ruina. En las señoriales salas compartirás nuestro lecho. Nada nos apartará de nuestro afecto hasta que nos cubra la muerte fatal.

Así habló. A ella por dentro se le inundaba el corazón al oírlo, y sin embargo se resistía a contemplar estos terribles hechos. ¡Desgraciada! No iba a rechazar largo tiempo habitar en Grecia. Pues así había planeado esto Hera, para que, una desgracia para Pelias, a la sagrada Jolcos llegara Medea, oriunda de Aya, después de abandonar su tierra patria.

Ya las criadas que vigilaban de lejos se afligían en silencio. Pues ya se iba pasando la hora de que la joven regresara a casa junto a su madre. Ella todavía no se acordaba del retorno, pues se regocijaba su corazón a la vez con la figura de él y sus pala-

bras halagadoras; aunque entonces el Esónida que estaba en guardia habló al fin:

Es hora de marcharnos, antes de que la luz del sol presurosa se sumerja; además, cualquier extraño puede ver todo esto. De nuevo nos encontraremos acudiendo aquí.

Así ambos trataron uno con otro, hasta este momento con palabras amables. Y después se separaron. Entonces Jasón se dispuso a regresar a sus compañeros y su nave lleno de alegría; y ella con sus criadas. Éstas le salieron al encuentro todas a la vez. No las vio acercarse en absoluto. Pues su alma fuera del tiempo revoloteaba entre las nubes. Con pies de autómata subió al rápido carro, y con una mano tomó las riendas y con la otra el látigo bien forjado para impulsar a las mulas. Éstas se dirigieron a la ciudad apresurándose hacia el palacio. Al llegar Calcíope, afligida por sus hijos, le preguntaba. Ella con sus pensamientos cambiantes era incapaz de oir ninguna de sus palabras y no deseaba hablar a la que le preguntaba con insistencia.

Se sentó sobre un delicado escabel al pie de su cama apoyando de lado su mejilla sobre la mano izquierda. Tenía los ojos húmedos bajo los párpados, inquietándose por cuán funesta acción se asociaba a su decisión.

Escena quinta (1163-1407)

El Esónida, cuando a continuación se hubo reunido con sus compañeros, en el lugar donde los dejó al apartarse, comenzó a marchar con ellos, relatándoles todo lo ocurrido, hacia la tropa de los héroes. Y pronto alcanzaron su nave. Ellos le abrazaban, a medida que lo veían, y le preguntaban. Entonces él les contó todos los consejos de la joven y les mostró el filtro terrible. Solitario, apartado de los demás, Idas permanecía masticando solo su cólera. Los demás estaban entre tanto alegres; mientras que la oscuridad de la noche los retenía, se ocupaban unos de otros. Al aparecer el alba enviaron a dos a que fueran hasta Ayetes a pedirle la semilla: delante al propio Telamón el belicoso, y también con éste al Etálida, famoso hijo de Hermes. Empezaron a

andar y no hicieron en vano su camino. Cuando llegaron les entregó el poderoso Ayetes los dientes, difíciles para la prueba, de la sierpe Aonia, a la que en la Ogigia Tebas, Cadmo, al arribar buscando a Europa, mató, ya que era el guardián de la fuente Aretíada. Allí también se estableció, en seguimiento de la vaca que le procuró Apolo por sus vaticinios como conductora de su marcha. Arrancó los dientes de sus encías la diosa Tritónide y se los entregó a Ayetes como regalo para él y el matador. Además, en los llanos Aonios sembrólos Cadmo Agenórida, y allí instaló a su gente nacida de la tierra, con todos los que escaparon de debajo de la lanza en la cosecha de Ares. A ellos entonces Ayetes se los ofreció para que los transportasen a su nave; calculadamente, ya que no creía que alcanzara él los términos de la prueba, aunque tal vez lograra echar el yugo a los bueyes.

El sol se sumergía tras la oscura tierra al atardecer, más allá de las últimas cumbres de los Etíopes. La noche echaba el yugo sobre sus caballos. Los héroes preparaban sus lechos en el suelo junto a las amarras del navío. Entonces Jasón, cuando los astros de la Osa Mayor de claro brillo declinaron y en el cielo reinó el éter serenísimo, marchó hacia un lugar desierto, como un ladrón sigiloso, con todo su botín. Pues ya durante el día se había cuidado de todos los detalles. Argos, al venir, había sacado del rebaño una oveja hembra y leche. Esto lo trajo de su propia nave.

Y cuando vio un terreno que estaba fuera del paso de los hombres, en medio de las ciénagas santas a cielo abierto, entonces lavó en primer lugar su suave cuerpo religiosamente en el río divino. En torno a su cuerpo se vistió un manto oscuro, que le ofreció Hipsípila de Lemnos como recuerdo de su amable encuentro. Cavó luego en el suelo un hoyo de un codo y amontonó leños; después cortó el cuello del cordero, y lo extendió por encima ritualmente. Prendía los tizones aplicando el fuego por debajo, y por encima echó las mezcladas libaciones, mientras invocaba a Hécate Brimo como auxiliadora de sus pruebas. Y después de haberla invocado de nuevo, se puso en marcha. La terrible diosa le oyó desde los más profundos abismos y salió al encuentro de los sacrificios del Esónida. Terribles serpientes junto con ramas de encina la coronaban y relampagueaba en torno una luz infinita

de antorchas. A un lado y a otro, los perros subterráneos la aclamaban con agudo aullido. Y todos los prados se estremecían a su paso.

Lanzaron su alarido las ninfas fluviales pobladoras de los pantanos, que se arremolinan en torno a aquella ciénaga del Fasis Amarantio. Desde luego el miedo se apoderó del Esónida, pero, aun así, sus pies le sacaron sin volver la cabeza hasta que se reunió en su marcha con sus compañeros. Ya la luz lanzó, desde lo alto del nevado Cáucaso, la temprana Aurora que aparecía.

Y entonces Ayetes se vestía en torno a su pecho una coraza compacta, que le ofreció Ares después de despojar con sus propias manos a Mimante el gigante de Flegra. Se puso sobre la cabeza su yelmo de oro de cuatro penachos, brillante como resulta el brillo circular del sol cuando acaba de levantarse del Océano. Manejaba en alto su escudo de muchas pieles y su lanza terrible, irresistible. Ninguno otro de los héroes las hubiera resistido, después de abandonar lejos en el camino a Heracles, el único que hubiera combatido con opuesto vigor. Para él un firme carro de caballos de pies veloces tenía parado cerca, para que lo montara, Faetón. Luego él subió y cogió las riendas en sus manos. Lo condujo fuera de la ciudad por una amplia calzada, que llevaba al certamen. Con ellos se puso en marcha una incontable muchedumbre.

Como Posidón marcha al ístmico certamen, subido en su carro, o al cabo Ténaro, o al lago de Lerna, o al bosque sagrado del Hiantio Onquesto, y luego se marcha a Calaurea y a la roca Hemonia, o al boscoso Geresto, tal Ayetes, caudillo de los Colcos, en su aspecto marchaba.

Entre tanto Jasón, según las advertencias de Medea, después de humedecer el filtro roció el escudo y su pesada lanza y, sobre todo, su espada. En torno sus compañeros probaron sus armas, reuniendo todas sus fuerzas. No podían doblar aquella lanza, aunque era ligera, sino que se erguía rígida e inquebrantable en sus fuertes manos.

En cambio Idas, el hijo de Afareo, que mantenía su rencor contra ellos, con violencia golpeó junto al regatón con su gran espada. Y saltó la punta, como el martillo del yunque, rebotada.

Y los héroes alegres lo aclamaron con estruendo, por sus esperanzas en la prueba.

Y él luego se roció. Le entró un valor tremendo, indecible y formidable. Y una y otra mano vigorosas agitaba a ambos lados en todo su poder.

Como cuando un belicoso corcel, ávido del combate, deseoso de partir cocea el suelo con relinchos, y a un tiempo en lo alto levanta su cuello ufano con las orejas enhiestas, tal el Esónida rebosaba su satisfacción en la fuerza de sus miembros. Muchas veces por aquí y por allí blandía en los aires sus pies, mientras agitaba su escudo de bronce y su lanza en sus manos. Se diría que, lanzándose a través de la sombría tempestad, un relámpago tormentoso zigzagueaba con rapidez desde las nubes, que después conducen el negrísimo aguacero. Y, cierto, después no iban a mantenerse largo tiempo aparte de los combates. Luego, sentándose en hilera sobre los bancos de los remos, se apresuraban muy velozmente hacia la llanura de Ares.

Se encontraba más hacia adelante enfrente de la ciudad, como dista de la línea de salida la meta que se alcanza con el carro en la carrera cuando los parientes de un soberano fallecido disponen en su honor los juegos fúnebres para infantes y jinetes. Encontraron a Ayetes y con él a las tribus de Colcos; a ellos empinados en las rocas Caucásicas, y a él, en cambio, junto al borde del río, dando vueltas.

El Esónida, apenas sus compañeros ataron las amarras, marchaba con su lanza y su escudo, saltando de la nave. Había cogido a la vez su brillante casco de bronce, lleno de los cortantes dientes, y colgado la espada de sus hombros. Desnudo de cuerpo, semejante a Ares unas veces y otras a Apolo el de la espada de oro. Al escrutar el campo vio los yugos de bronce de los toros y junto a ellos el arado de una pieza de inflexible metal. Se acercó después en su marcha, y al lado clavó su fuerte lanza enhiesta sobre su regatón, y se quitó, colgándolo de ella, su casco. Y marchó primero, solo con su escudo, en busca de las potentes huellas de los toros.

Éstos, de una inesperada caverna subterránea donde tenían sus establos feroces envueltos en todo su alrededor por un humo fuliginoso, ambos a un tiempo surgieron exhalando una llamarada de

fuego. Se estremecieron los héroes cuando los vieron. En cambio, él los aguardó en su ataque con las piernas bien abiertas como la roca costera en el mar aguarda las olas que la baten en infinitas tempestades. Delante de él oponía su escudo. Ambos le golpearon con sus fuertes cuernos entre mugidos, pero ni siquiera un poco le hicieron retroceder en su embestida.

Como cuando en los huecos crisoles los fuelles de piel de los herreros unas veces reavivan el brillo de llama encendiendo un tremendo fuego y otras suspenden su soplo, y del fuego surge un espantoso bramido cuando se aviva desde abajo, así entonces los dos toros, que resoplaban una rápida llama de sus fosas, resonaban, y a él le envolvía el fuego destructor y le alcanzaba como un relámpago. Pero el filtro de la doncella le protegía.

Y al toro de la derecha cogiéndole por la punta de un cuerno le atrajo con toda su fuerza para que se acercase bajo el yugo de bronce. Y le arrojó de rodillas golpeando hábilmente con su pie su pezuña de bronce. Así también hizo caer al otro, que dio de rodillas, alcanzado por un solo golpe. Echando de prisa por tierra su escudo, por aquí y por allí, por un lado y por otro firmemente plantado, retenía a los dos echados sobre sus patas delanteras, deslizándose veloz a través de la llama.

Admiró Ayetes la fuerza de su enemigo. En ese momento los Tindáridas, pues ya así lo había acordado con ellos, llegaban a su lado; le dieron el yugo de la tierra para que se lo echara encima. Al punto lo ató a sus nucas. Entre tanto, alzando el timón del arado de bronce, lo enganchó rápidamente del yugo; y aquellos dos hermanos ante el fuego se retiraron de nuevo hacia la nave.

Él, después, recogiendo el escudo, se lo colocó por detrás en su espalda y tomó el fuerte casco, lleno de los cortantes dientes, y su irresistible lanza, con la que punzaba hiriendo por debajo los flancos de los toros, como un campesino con una aguijada pelásgide. Y de modo muy firme dirigía el bien construido y sólido mando del arado de acero.

Los toros durante cierto tiempo se enfurecían extraordinariamente resoplando en chorro salvaje de fuego. Se levantó un soplo como el bramido de los vientos ululantes, por temor de los cuales recogen la vela grande los navegantes del mar. No mucho des-

pués, obedeciendo bajo la lanza, se pusieron en marcha. Detrás quedaba desgarrada la áspera tierra, rasgada por la violencia de los toros y el poderoso arado.

De horrible modo un sordo gruñido lanzaban, tras los surcos del arado, los pedazos de tierra que se abrían, del tamaño de un hombre. Aquél avanzaba presionando con su pie la pesada base del arado. Lejos de sí, lanzaba hacia el terruño los dientes, volviendo la cabeza una y otra vez para que no se le opusiera antes de tiempo el destructor racimo de los hombres terrígenos. Los toros, encorvados hacia adelante, con tensión sobre sus pezuñas de bronce, se fatigaban en su trabajo.

A la hora en que queda la tercera parte del día, que se cumple a partir de la aurora, y los fatigados labradores dicen que les llega el momento agradable de desatar los bueyes, entonces ya había quedado labrado bajo el arado inflexible el terruño, aunque era de cuatro acres. Desató el arado de los bueyes. Y a éstos los espantó para que huyeran por la llanura. Luego él regresó de nuevo a su nave, ya que aún vio los surcos vacíos de los hombres terrígenos.

A su alrededor sus compañeros le exhortaban con palabras. Sacando agua del río, con el mismo casco apagó su sed. Flexionó sus ágiles rodillas y llenó su ánimo de valor, impetuoso, semejante a un jabalí que aguza sus colmillos contra los cazadores mientras le cae, en su furia, abundante espuma de sus fauces a tierra.

Ya por toda la tierra empezaban a brotar como espigas los terrígenos. Se erizó en derredor de pesados escudos, de lanzas dobles y cascos brillantes, el terreno de Ares, destructor de mortales. El brillo llegaba, en su refulgir, desde abajo hasta el Olimpo a través del aire. Como cuando, después de caer sobre la tierra una gran nevada, de nuevo rasgan las nubes tempestuosas los vientos en una noche tenebrosa, y brillan de pronto todas las estrellas reunidas refulgiendo en la tiniebla, así entonces éstos brillaban, al surgir sobre la tierra.

De nuevo Jasón recordó las instrucciones de la provechosa Medea y tomó de la llanura una gran roca redonda, horrible disco de Ares Enialio. Cuatro hombres en su pleno vigor no la hubieran alzado ni siquiera un poco de la tierra. Cogiéndola en alto en su

mano, muy desde lejos la lanzó en medio de aquéllos con ímpetu. Detrás de su escudo se sentó en un lugar oculto animosamente. Los Colcos daban grandes gritos, como cuando grita el mar bramando sobre los agudos acantilados. A Ayetes, en cambio, le sobrecogió el asombro ante el lanzamiento del pesado disco. Aquéllos, como rápidos perros en acoso, unos a otros se destruían con estruendo y caían sobre la tierra su madre, bajo sus propias lanzas, como pinos o robles que las ráfagas de viento arrancan.

Como desde el cielo se dispara una estrella de fuego, dejando un surco de luz, prodigio para los hombres que la ven lanzarse con su rutilar a través del aire sombrío, tal el hijo de Esón se lanzó contra los terrígenos. Sacó desnuda la espada de la funda. Golpeaba segando a diestro y siniestro, a muchos que se alzaban a medias hasta el vientre y los costados en el aire, y a los otros que apenas se mostraban hasta los hombros; a los unos que se habían puesto en pie un momento antes y a los otros que ya se apresuraban sobre sus pies al combate.

Como cuando, al despertarse una guerra entre pueblos convecinos, el labrador, temeroso de que no talen su cosecha antes que él, ase en sus manos la curva hoz recién afilada y corta la cosecha verde, presuroso, y no aguarda a que se seque con los rayos del sol en la estación propicia, así entonces cortaba su cosecha de terrígenos. Con sangre los surcos, como las acequias con el agua de las fuentes, rebosaban. Y caían los unos de cara, mordiendo con los dientes el abierto terruño, y otros de espaldas, y los otros sobre un codo o los costados, semejantes en su aspecto corporal a los grandes cetáceos marinos.

Muchos, heridos antes de alzar sus plantas de la tierra, en cuanto sobresalían en el aire, arrastrándose sobre la tierra con sus desmochados cuellos quedaban tumbados. De igual modo que los retoños recién surgidos, tras una interminable tormenta de Zeus, se reclinan sobre la tierra en la plantación, tronchados de raíz, vana fatiga de los sembradores, y al capataz de la labranza de la hacienda le alcanza el desaliento y una destructiva pena, así entonces pesadas angustias llegaban al pensamiento del soberano Ayetes. Iba de regreso a su ciudad en medio de los Colcos, meditanto con ansiedad de qué modo se le opondría con más rapidez.

El día se hundía, y la prueba había sido cumplida por Jasón.

Depósito legal: M. 567-1958

Gráficas Cóndor, S. A., Sánchez Pacheco, 83, Madrid, 1969

Págs.

SOCIEDAD ESPAÑOLA DE ESTUDIOS CLÁSICOS:

XIII Asamblea General de la F. I. E. C., V Congreso Internacional de Estudios Clásicos y X Asamblea General del C. I. P. S. H., por M. F. G. 143

APOLONIO DE RODAS, *El viaje de los Argonautas, libro III*, introducción, traducción y notas de C. GARCÍA GUAL (en suplemento paginado separadamente).

El único responsable de los conceptos u opiniones expresados en artículos o reseñas de ESTUDIOS CLÁSICOS será el autor del respectivo trabajo.

ESTUDIOS CLÁSICOS publica tres números anuales (febrero, mayo y noviembre) que forman, sin contar los suplementos, un volumen de quinientas páginas aproximadamente.

PRECIOS DE VENTA Y SUSCRIPCIÓN:

España:

Suscripción anual	150	ptas.
Número suelto	70	"

Extranjero:

Suscripción anual	240	"
Número suelto	90	"

REDACCIÓN: DUQUE DE MEDINACELI, 4. — MADRID (14)

DISTRIBUCIÓN: LIBRERÍA CIENTÍFICA MEDINACELI

DUQUE DE MEDINACELI, 4 :-: MADRID (14)